195 ptas.
IVA incluido

TENTACIÓN

El deseo convertido en amor

Novelas con corazón

El aspecto no es lo más importante de una persona.

EL MEJOR DISFRAZ

Barbara Turner

Barbara Turner

El mejor disfraz (1988)

Título Original: The blond chameleon (1986) **Editorial:** Harlequin Ibérica

Colección: Tentación 148

Género: Contemporáneo

Protagonistas: Stuart Thorne y Delancy O'Brian

Argumento:

Delancy O'Brian era única imitando a las actrices de los años dorados de Hollywood, pero se sentía incapaz de ser ella misma, sobretodo en presencia del importante productor Stuart Thorne. ¿Qué pensaría él de la "verdadera" Delancy cuando la viera sin todo aquel maquillaje, en un mundo que admiraba sólo la belleza?

Pero Stuart percibió algo extraordinario bajo los disfraces de Delancy, y estaba dispuesto a conocer profundamente a aquella mujer.

Capítulo 1

Stuart Thorne cogió la tercera copa de champán de la bandeja que llevaba un camarero, aunque hubiera preferido un par de que le ayudaran a tranquilizarse. Tratar de forzar a Max Levinson a que accediera a comprometerse era difícil en una fiesta debido a las constantes interrupciones. Pero Stuart no se daba por vencido.

—El diálogo es insuperable, Max, y ya tengo a los artistas. Me gustaría que los Estudios Banner se encargaran de la producción y la distribución, aunque no me importa dárselas a Worl Eagle si no queda más remedio.

—No sé, Stuart… Veinte millones representan muchos dólares, incluso considerando tus pasados éxitos. El guión que escogiste le pareció poco comercial a la junta.

—Caramba, Banner se embolsó una millonada con mi última película, muy bien puede permitirse el lujo de invertir en ésta.

—Cálmate, hijo. Vosotros los jóvenes sois todos iguales, queréis conseguir todo enseguida. Te sugiero que me llames mañana para discutir el asunto. No quiero que Madge se enfade por hablar de negocios en su fiesta.

Max guiñó un ojo y se alejó.

Stuart llamó al camarero y unos minutos después, con un *whisky* en la mano, se refugió en un rincón de la escalera. Desde allí contempló al grupo de privilegiados que llenaba el salón de baile de una de las mansiones más elegantes de Beverly Hills, mientras se tomaba la copa. De pronto vio a un joven actor que había trabajado con él y que parecía muy sorprendido al verle.

—¡Cielos! ¡No puedo creerlo!

Algunas personas se volvieron hacia él haciendo comentarios. Stuart instintivamente levantó la vista hacia el primer piso. Allí de pie, completamente sola, estaba una mujer rubia vestida de satén negro.

—Oye, mira… Es Marilyn Monroe —exclamó alguien en voz alta.

Como obedeciendo una orden, la rubia empezó a descender con paso lento y sinuoso la escalera y se detuvo en la mitad. El color rojo de las uñas hacía juego con el rojo brillante de sus labios carnosos. Todo el mundo tenía la vista fija en ella, pues parada allí causaba más impacto que si hubiera aparecido detrás de un telón. Con la mezcla de ingenuidad y sensualidad que había caracterizado a Marilyn, la rubia bajó seductoramente los ojos y sonrió a la gente.

—¡Qué monumento! —suspiró Max apareciendo junto a Stuart—. Si esa jovencita aceptara, significaría millones para tu nueva película, Thorne. No pondríamos ningún reparo en apoyarte.

Antes de que Stuart pudiese responder, la orquesta comenzó a tocar y la anfitriona se adelantó al centro del salón pidiendo la atención de sus invitados.

—Deseo que me escuchéis, por favor… Ha llegado el momento de recordar a qué habéis venido a mi fiesta esta noche. Con vuestro apoyo lograremos construir el ala más moderna para el nuevo hospital, y como sé que algunos podéis ser más reacios a contribuir, me he tomado la libertad de invitar a una dama de la época gloriosa de Hollywood para que os persuada. ¡Adelante, Marilyn!

La joven ladeó la cabeza, dirigió de nuevo una sonrisa al público, y empezó a cantar con voz tenue y provocativa.

La letra decía algo parecido a que un beso en la mano era algo maravilloso, pero que los brillantes se podían convertir en los mejores amigos de una chica.

Stuart hizo un gesto de aprobación mientras terminaba su *whisky*, y observaba la actuación de la rubia. Su estilo ya había pasado de moda, por supuesto, y sin embargo todo el mundo aplaudía desesperadamente.

Rostros cautivados con expresiones de admiración la contemplaron mientras descendía hasta el centro del salón, acariciando a su paso solapas satinadas y anchos hombros. Stuart se percató que las mujeres estaban tan fascinadas como los hombres, quizás por el fastuoso collar de brillantes que la mujer llevaba puesto.

Cuando estaba a punto de finalizar la canción, ella se dirigió de nuevo hacia la escalera y al quedar frente a Stuart él le miró fijamente, y vio durante un segundo una expresión de sorpresa en sus ojos. Parpadeó y sus mejillas se encendieron. Él sintió una íntima satisfacción masculina, sin embargo deseaba profundamente que no le hubiera reconocido, porque lo que menos necesitaba en ese momento era una estrella ambiciosa que explotase su atractivo para llegar a la fama.

La rubia evitó mirar a Stuart al subir unos escalones y volverse hacia el público, pero le dio la oportunidad de recorrerla con la mirada de arriba abajo, examinando detenidamente su esbelta figura; cuando él levantó los ojos se dio cuenta de que ella se había ruborizado como si hubiera leído sus pensamientos.

Los aplausos y fuertes silbidos de aprobación no se hicieron esperar. Madge subió al lado de la cantante con una bandeja adornada de flores.

—¡Muy bien Marilyn! —exclamó entusiasmada—. ¡Ahora vamos a darles un buen ejemplo!

La rubia, respirando agitadamente debido a la actuación, desabrochó el collar de brillantes y lo puso encima de la bandeja.

En ese momento todos volvieron a aplaudir y Madge sonrió muy

satisfecha.

—Algunos deben haber reconocido el regalo que mi padre me hizo aquel año en que su compañía ganó cinco Oscars, allá por los cincuenta. Lo donaré para la nueva ala del hospital. Sol y yo le hemos prometido al comité que nuestros amigos duplicarían esa cantidad esta noche. ¿Qué opináis? Si una chica como yo ha podido desprenderse de algo tan valioso, estoy segura de que cada uno de vosotros podéis dar un cheque al portador por mil, dos mil… O quizás diez mil.

Enseguida, todos empezaron a sacar los talones y una mujer se desprendió de sus pendientes de brillantes y los echó en la bandeja.

—¡Así se hace, Shelly! —exclamó Madge—. Vamos amigos, hay que llenar la bandeja.

Stuart no despegó la vista de la joven que esquivaba las bromas de algunos hombres con una fingida sonrisa. Unos minutos después, desapareció tras una puerta que había junto a la escalera. Stuart depositó su cheque en la bandeja de Madge, y respondió a un instinto más poderoso que su sentido común, siguió a la rubia.

En el instante en que se marchó del salón de baile, Delancy O'Brien dejó escapar un suspiro de alivio. ¡Gracias a Dios que eso había terminado! Era difícil imitar a Marilyn, sobretodo por su especial tono de voz, aunque no había resultado tan mal.

A pesar de que odiaba la tensión de esos trabajos extras, confiaba que los honorarios complacieran a Chet, y fuese más agradable la vida con él durante un tiempo. Su cuñado era una persona difícil de tratar, aun en sus buenos momentos, y últimamente desquitaba sus frustraciones en Jamie.

Frunció el ceño y atravesó apresuradamente el pasillo que conducía a una salida lateral donde Chet la estaba esperando con el coche. De pronto el tacón de su sandalia se encajó en la alfombra, y ella se tambaleó. Se apoyó en la pared y evitó una caída peligrosa. Lanzó una maldición y decidió quitarse el incómodo calzado.

Descansando en un solo pie con el estrecho vestido levantado, trató de desabrocharse la hebilla de la sandalia con una mano.

—Permítame que la ayude.

Delancy, sorprendida, volvió la vista y casi perdió de nuevo el equilibrio. Era él, el hombre que estaba al pie de la escalera y que casi le había hecho olvidar la letra de la canción. Por un momento, volvió a sentir la emoción que la había distraído segundos antes. Al principio ella no le había visto entre toda la gente que la contemplaba, luego enseguida se fijó en él quedándose totalmente admirada.

—No le reprocho que se esté descalzando. Parecen unas sandalias muy incómodas —dijo él arrodillándose a sus pies para ayudarla.

—Me permiten imitar la manera de caminar de Marilyn —ella suspiró al sentir que el contacto de la mano masculina en su pierna le

producía el mismo efecto que había experimentado al verle—. Me los quitaré mejor si estoy sentada.

Él levantó la mirada y la clavó en sus ojos. Delancy se enderezó ruborizándose, al darse cuenta de la situación en que se encontraba.

—No se moleste —dijo apresuradamente—. Me los puedo quitar en el coche.

—Ya lo he desabrochado —le quitó la sandalia y dijo—: No puede caminar así.

Delancy sintió un ligero estremecimiento cuando él intentó quitarle la otra sandalia. ¿Quién era ese hombre? No era demasiado apuesto ni atractivo, reconoció la joven, pero no le quedaba la menor duda de que tenía algo especial que le ayudaba a conseguir siempre lo que deseaba.

—¿Quién ha diseñado estas sandalias? ¿Houdini?

Sonrió mostrando su blanca dentadura y suavizando la expresión de su rostro.

—Creo que ha sido la misma persona que diseñó los instrumentos de tortura para la Inquisición —bromeó ella a su vez.

Él la contempló impávido, y después de descalzarla completamente se puso de pie. No era mucho más alto que ella descalza, pero estaba bien proporcionado.

—Lista —exclamó él.

—Gracias —contestó ella—. Si es tan amable de darme mis sandalias podré irme.

—Me gustaría que no tuviera usted prisa —la miró con el ceño fruncido ignorando lo que ella acababa de pedirle—. Me encantaría que aceptara cenar conmigo esta noche.

Delancy, profundamente atraída por el desconocido estuvo a punto de aceptar, pero al advertir que parecía muy seguro de sí mismo, contestó:

—Gracias, pero no —cuando Delancy rechazaba algo sabía hacerlo siempre de ese modo—. Lo siento pero no acepto invitaciones de personas a las que no conozco, y además no salgo cuando trabajo de noche.

—¿Qué mejor ocasión para conocernos que disfrutando de una exquisita cena?

—insistió él—. Debe tener hambre; sé que las cantantes nunca comen mucho antes de una representación. Conozco un lugar donde sirven un filete que se puede partir para dos.

Ella movió la cabeza negando, aunque en realidad le apetecía mucho. Sin embargo eso iba contra sus principios, pues sabía por experiencia que era contraproducente salir con hombres que se sentían atraídos por ella sólo por los papeles que representaba.

—No, de verdad no puedo. Lo siento, y si pretende quedarse con

mis sandalias le advierto que pensaba tirarlas de todas maneras.

—Si lo que necesita es una presentación formal —sugirió él caminando a su lado—, regrese y le pediré a Magde que nos presente. Podríamos hacerlo solos… Yo soy Stuart Thorne, ¿y usted?

Un vigilante les abrió la puerta y salieron a la terraza, que estaba llena de olorosas flores que le daba un aroma seductor al calor tropical de esa maravillosa noche de Mayo.

Desde donde estaba Delancy podía ver a Chet reclinado en su lujoso automóvil.

Al darse cuenta de que él les había visto, la joven añadió:

—Señor Thorne, ha sido un placer conocerle, pero me están esperando. No quisiera parecer descortés, pero…

—Entonces no lo sea, al menos dígame su nombre. Sería estúpido pedirle a la telefonista el número de Marilyn Monroe.

—Sería inútil, pues no está mi número en la guía —replicó ella sonriendo ante su insistencia—. No pierda su tiempo.

—¿Por qué entonces no me ahorra todo ese esfuerzo y me da su número de teléfono para ponerme en contacto con usted?

Él parecía no tomarla en serio y ella deseaba continuar siendo amable, pero en ese momento se oyó el ruido de la puerta del coche y pasos de alguien que se acercaba a ellos.

—¿Cómo te ha ido, Delancy?

—Bien, Chet.

Chet ignoró la respuesta y estiró la mano mientras sonreía saludando.

—Usted es Stuart Thorne, ¿me equivoco? Es un placer encontrarle por aquí. Yo soy Chet Tanner, el socio de Delancy. Acostumbramos a presentarnos como pareja, pero esta noche la señora Federsten quería sólo a Marilyn. Lástima, porque hacemos una excelente pareja, ¿no es cierto, Dee?

Stuart estrechó la mano de Chet, y Delancy se percató de que estaba sacando conclusiones erróneas de su relación con Chet, lo cual la molestó bastante.

—¿Nos vamos Chet? —preguntó.

Chet la ignoró, y empezó a describir con detalle la actuación que él y Delancy hacían en el Club Camaleón en Ventura Boulevard, en Encino.

—El público allí es de primera, eso es lo bueno de ese lugar, y esperamos seguir triunfando hasta que nos den una buena oportunidad.

—Es hora de irnos —insistió Delancy, enfadada por lo que estaba diciendo.

—Bueno, tienes razón. Le dejo mi tarjeta, señor Thorne, aquí está la dirección del Club. Debía animarse y venir a vernos alguna noche,

he estado ensayando algunas frases cómicas que son desternillantes — cogió a Delancy del brazo, y agregó

—: Ha sido un placer conocerle, señor Thorne. Espero que nos veamos pronto.

Se apresuraron al coche y cuando Delancy volvió la vista hacia la terraza, Stuart ya no estaba allí. Dentro del coche Chet dio una palmada y exclamó:

—¡Fantástico! Conocer a Thorne puede ser lo que necesitamos para triunfar.

¿Cómo es que te acompaña? No, no me lo digas, puedo adivinarlo… ¿No te he dicho antes que ese vestido haría que todos se derritieran?

—¿Por qué estás tan emocionado de haber visto a Stuart Thorne? ¿Quién diablos es él?

—No sabes nada de nadie —dijo mirándola con desprecio—. Si prestaras atención al *Variety*, sabrías quién es importante en nuestro negocio.

—Bueno, dime ya quién es él. Su nombre me resulta conocido, pero…

—Es el director-productor más importante en este momento, eso es todo. Y el más joven también. Tenía sólo veintiocho años cuando tuvo su primer éxito hace cuatro años. ¿Acaso no viste *Cool Sweet Summer*? ¿O *Sweet Summer II*?

Delancy se sintió sorprendida y desilusionada a la vez.

¿Stuart había hecho esas películas? *Cool Sweet Summer* era una producción sentimental sobre jóvenes que empiezan a enfrentarse a la sociedad, había recibido buena crítica y había dado muchos beneficios a los productores. Delancy la vio y le pareció excelente, sin embargo consideraba que había sido una clara provocación a los adolescentes, que se volcaron en masa a aplaudirla, dando más dinero que ninguna película en esa época.

—Stuart convirtió a más de media docena de desconocidos en estrellas —

continuó Chet entusiasmado—. O al menos les ayudó bastante. Leí en *Variety* que pensaba realizar otra superproducción. ¿Te imaginas lo que significaría para nosotros si nos presentara a algunas personas? Chata, esta puede ser nuestra oportunidad… Si lográramos hacerle venir al Club aunque fuese sólo una vez…

—Yo no me haría muchas ilusiones. No parece el tipo de persona que suele frecuentar el Club Camaleón.

—Yo me he fijado en cómo te miraba —la risa de Chet la hizo sentir un profundo nerviosismo—. No eres gran cosa, nena, pero cuando te arreglas… Puedes resultar sensacional. Sobretodo cuando imitas a Marilyn. Tengo la impresión de que irá con tal de volver a

verte, y luego yo me encargaré de lo demás. No te preocupes.

—Quisiera que no me llamaras nena, Chet; ya sabes que no me gusta —dijo Delancy levantando la voz.

Hacía tiempo que se había dado cuenta de que los hombres sólo se fijaban en ella cuando representaba el papel de sensual rubia, y odiaba la idea de que Stuart Thorne fuese como todos los demás.

—Me cuesta trabajo creer que cuando Penny te trajo a vivir con nosotros te catalogué como una adolescente escuálida sin posibilidades. No fuiste muy feliz con nosotros, ¿verdad?

Delancy prefirió callar, no olvidaría nunca ese período de su adolescencia.

Cuando se fue a vivir con Penny y Chet, ella era una tímida jovencita de quince años.

Después de diez años de haberse quedado viuda su madre, se había vuelto a casar y había dejado el país para vivir con su marido en Australia. Delancy estaba agradecida a Penny cuando le ofreció su casa, pues eso significaba que podría quedarse en Estados Unidos y terminar la preparatoria.

Chet nunca estuvo de acuerdo, aunque el sueldo de Penny como secretaria era suficiente para cubrir los gastos de mantenimiento de Delancy; él trabajaba sin horario fijo vendiendo coches durante el día, mientras trataba de salir adelante en el mundo artístico por las noches, y con frecuencia insultaba y desquitaba sus frustraciones con Delancy. Ahora hacía lo mismo con su hijo, Jamie. Ni siquiera Penny pudo hacer nada por más que lo intentara, y Delancy se había preguntado varias veces cómo habría sido su vida si la brillante, vital y optimista Penny no hubiese fallecido.

—¿Está bien Jamie? —preguntó Delancy de pronto—. ¿Se ha quedado con él la señora García?

—Está bien, te preocupas demasiado —volvió a mirarla clavando la vista en su amplio escote—. Me alegro de que regresaras a cuidar del niño; lo haces muy bien, además.

—Considerando cómo me has humillado mientras me enseñabas, creo que eso es un gran halago.

—No estés tan segura de ti misma. Puedes imitar muy bien, pero nunca llegarás a ser actriz.

Delancy suspiró. Tenía veintisiete años, y sólo los últimos tres había gozado de plena libertad. Cuando terminó la preparatoria alquiló un cuarto en una casa de huéspedes cerca de la Universidad de Los Ángeles, y gracias a una beca y a su trabajo de media jornada, pudo terminar la carrera de arte.

Era muy estudiosa y pretendía conseguir independencia económica a base de hacer ilustraciones en libros y para anuncios de publicidad. Tres años después, cuando su hermana cayó enferma, Delancy se

mudó de nuevo con los Tanner y lo que pareció temporal se convirtió en una necesidad permanente; ahora, cinco años después, la joven dudaba de poder ser algún día independiente.

—No hay motivo para que no mejore nuestra suerte en el Club Camaleón —dijo Chet pisando el acelerador—. Mientras yo siga escribiendo el diálogo y enseñándote, seremos una pareja perfecta; lo único que nos falta es una buena oportunidad —

sonrió satisfecho—. Debes estar orgullosa de que te haya aceptado como socia, si no hubiera sido por mí, nunca habrías llamado la atención de tipos como Thorne. A decir verdad, ahora incluso a mí me interesas. ¿No crees que deberíamos hacer algo para que nuestra relación fuera un poco más íntima? Así quedaría todo en familia…

¿No?

Le acarició la rodilla en un gesto posesivo, y Delancy se separó de él instintivamente. Durante los primeros años después de la muerte de Penny, ella no había sido más que una niñera y ama de casa para Chet. Luego Patrick, el dueño del Club Camaleón, pensó que sería mejor que Chet trabajara junto a otra persona, y éste, angustiado ante la perspectiva de perder el trabajo, había decidido darle una oportunidad a Delancy como imitadora.

Desde que era niña, Penny la había animado a que desarrollara la única habilidad que prometía curarla de su timidez crónica, y le había dado buenos resultados hasta cierto punto. Simulando ser otra persona, podía aparentar una confianza en sí misma que no poseía. Sin embargo, cuando Chet le propuso que trabajara con él, Delancy había madurado y tenía mayor confianza en sus habilidades.

Llegó a poder copiar las expresiones y modales que Chet le enseñaba; cooperó sin ningún tipo de condiciones porque no se podía permitir el lujo de dejar que su cuñado perdiera el trabajo, pues necesitaba cada centavo de su sueldo.

A Patrick le fascinaron las imitaciones y conservaron el empleo. Al principio Chet estaba demasiado interesado en hacer de ella una actriz, y no le prestaba atención a su feminidad, pero a medida que lograba apuntarse más éxitos, incluso contratos sociales como el de esa noche, Chet empezó a tratar de conquistarla, hasta tal punto, que había tenido que poner una cerradura en su dormitorio.

—Jamie ha progresado en la escuela —dijo ella tratando de cambiar de tema—.

Has hecho muy bien al llevarle a un colegio especial.

—Para mí todo eso significa tirar el dinero; yo tampoco iba demasiado bien en la escuela, y ya ves. Dis… ¿Cómo dijeron que se llamaba?

—Dislexia. Y de esto ya hemos hablado muchas veces, Chet. Jamie tiene que aprender a leer con mayor fluidez, sólo así recuperará la

confianza en sí mismo y continuará su desarrollo normal.

—Está bien, está bien, ya va al colegio que querías. No entiendo por qué insistes en seguir discutiendo —dijo él, desviando el tema de la conversación—. Debes reconocer que yo tenía razón cuando te dije que era una locura regresar a la universidad, pues conmigo todo te está yendo muy bien.

Delancy tuvo que hacer un esfuerzo para no decirle que las obligaciones que tenía al trabajar con él y el cuidado de Jaime, le habían impedido buscar empleo como dibujante.

—Puede que Thorne se haya fijado en ti esta noche, pero creo que también yo he despertado su interés. Te apuesto a que mañana vendrá al club a vernos a actuar

—y luego añadió en tono condescendiente—: No olvidaré que tú le conociste primero, tendrás tu parte si nos va bien.

Sabiendo que era inútil decirle que no le interesaba nada de lo que él pudiera decirle, Delancy permaneció callada el resto del trayecto.

—He terminado otro cuento hoy, Delancy —parpadeando adormilado, Jamie la miró como solía hacerlo su madre—. ¿Me harás unos dibujos para ilustrarlo?

—¿Dónde está el cuento, querido? —preguntó ella cubriendo el niño con las mantas.

—Sobre mi escritorio. ¿Lo harás esta noche?

—Claro que sí —le besó en la nariz—. Mañana trataré de hacer algún dibujo, te lo prometo. Ahora vuélvete a dormir, es muy tarde.

—Bueno. Buenas noches, Lancy.

Y en un segundo se quedó dormido.

En la habitación estaba encendida la luz de su mesilla de noche, y ella pudo ver alguna de sus ilustraciones clavadas en el corcho de la pared.

En el centro de la mesa había un pequeño cuaderno. Ella leyó el cuento y sonrió.

Trataba de príncipes y caballeros del espacio, muy prometedor para alguien tan pequeño a pesar de los errores de ortografía debidos a la dislexia.

Colocó las hojas tratando de tranquilizarse, pues al darse cuenta de cómo ella estaba dejando pasar los años sin preocuparse por su futuro y sin conocer a ningún hombre a quién amar y que la amara, sintió una profunda desesperación.

En su habitación, Delancy se miró en el espejo. Se veía muy mal con ese vestido y rápidamente se lo quitó. Luego se quitó también las lentillas y se recogió el pelo en un moño.

—¿Qué pensaría Stuart Thorne de mí si me viese ahora? —se preguntó ante su propia imagen.

Era rubia natural, y sin arreglar, sus facciones no resultaban nada

atractivas.

Chet le había dicho en una ocasión que era un lienzo en blanco. Y era verdad, pensó Delancy deslizando un dedo por sus labios. Había aprendido a maquillar su rostro como había aprendido a dibujar sus lienzos. Podía crear la inocencia de Marilyn, la lujuria de Jean Harlow, la sofisticación de Carole Lombard…

Incluso había imitado a Mae West y a Lillie Langstry rellenando su figura. No obstante, ella no era ninguna de esas mujeres seductoras, todo eran máscaras protectoras que representaba, para un mundo que admiraba sólo la belleza física o quizá sólo la ilusión de tal belleza.

No. Stuart Thorne no se hubiera sentido atraído por la verdadera Delancy O'Brien. Si llegaba a ir al club sería porque estaba interesado en la ilusión que ella había creado esa noche, y nada más. No tenía sentido hacerse ilusiones ni seguir pensando que había sentido algo especial nada más verla.

Mientras contemplaba su rostro recuperó el buen humor, y se alejó del espejo sonriendo de sus mismos pensamientos. Pero no percibió cómo aquella sonrisa iluminaba su rostro dándole un atractivo sensual que no necesitaba ningún tipo de maquillaje. No lo percibió porque estaba demasiado ocupada en tratar de parecerse a otra persona para que Stuart Thorne, adinerado, triunfador y apuesto como era, llegara a interesarse por ella.

Capítulo 2

Una semana después, Stuart se encontraba sentado en la barra del bar en el Club Camaleón. Era sábado por la noche, y el último espectáculo estaba a punto de comenzar. Por el ambiente que había allí era obvio que el club estaba en la lista de los de moda. Al menos por el momento.

Mientras se fumaba un cigarrillo fijó la vista en la esbelta figura de Delancy que llevaba un elegante vestido blanco. Sus cejas eran dos finas líneas, y se había peinado al estilo de los años treinta, como Carole Lombard. Tanner, su compañero, imitaba a Clark Gable, con bigote y todo lo demás.

Stuart cogió la cerveza que le sirvió el camarero, y mientras se la tomaba se preguntó qué demonios hacía en ese lugar, pues la impresión que le había causado Delancy casi se había esfumado ya.

Sin embargo reconoció que era una mujer deslumbrante, y resultaba maravillosa cuando Delancy rió ante el diálogo de *«Gable»*. Stuart apoyó el pie en el taburete, y suspiró al recordar que tendría que regresar a su apartamento a revisar los presupuestos de la producción que debía entregar a los directores de Max.

Los espectadores comenzaron a aplaudir y ellos hicieron varias reverencias. En ese momento la joven se encontró con la mirada de Stuart; abrió los ojos asombrada y se quedó inmóvil. Él sintió que un agradable calor recorría sus venas. De pronto el presupuesto de Max le pareció menos importante, y pidió otra cerveza.

—¡Santo Cielo, Thorne está aquí! —exclamó Delancy, mientras seguía a Chet por el pasillo hacia los camerinos de los artistas.

Delancy se sentó frente al espejo y se quitó los brillantes de sus orejas. Le temblaban las manos, pero por un motivo distinto que a Chet.

—¡Ésta es nuestra oportunidad, nena! Y yo que pensaba que no vendría ya nunca… —Chet se desplomó en una silla y empezó a retocarse—. Lo único que necesitamos es que se quede hasta la última parte de nuestra actuación.

Delancy no le escuchaba; estaba preocupada por el impacto que le había producido ver a Stuart. Vestido de negro resultaba muy excitante, y su mirada permanecía aún grabada en la mente de la joven.

—Lanzó a Cara Chasen al estrellato —continuó Chet, mientras se maquillaba—.

Le dio un papel en *Cool Sweet Summer* y le enseñó a actuar, fue todo un éxito. Hace un tiempo la gente decía que pensaban casarse,

pero no hay nada en claro.

Delancy tembló, y dejó la sombra que estaba aplicando a sus ojos. ¿Qué le importaba si Stuart se casaba con una de sus actrices?

—A ti todo esto no te interesa, ¿verdad? —explotó Chet—. Podríamos pudrirnos aquí trabajando duro, y tú como si nada… —la miró por encima del biombo donde se estaba cambiando de traje—. Todo ha sido fácil para ti —le reprochó de nuevo—. Nunca has tenido que trabajar en lugares baratos, donde el gerente no se preocupa por tu talento mientras digas chistes groseros para que los clientes se distraigan, y no se den cuenta de la baja calidad de las bebidas. He luchado mucho para llegar hasta aquí; tú, sin embargo, te lo has encontrado todo hecho.

—Nunca te he pedido trabajo como artista, Chet. Sabes muy bien que todo esto fue idea tuya, no mía.

Chet salió de detrás del biombo. Había cambiado el disfraz de Gable por el de Lil Abner, un gran personaje cómico, y ella sería Daisy Mae en el siguiente acto.

—No me eches a perder una oportunidad como ésta, Delancy. No he llegado hasta aquí para fracasar sólo porque a ti no te importa nada. De lo único que te ocupas es del futuro de Jamie, y te advierto que si no cooperas conmigo para darle una buena impresión a Thorne, Jamie también saldrá perdiendo.

Sus miradas se encontraron en el espejo. Él era un hombre sin escrúpulos, la estaba manipulando y ambos lo sabían. Delancy frunció el ceño y bajó la mirada.

Chet era una persona despreciable, incluso con su propio hijo, y no merecía que le escuchara.

Penny le había contado que su marido era el hijo de un granjero pobre de Tennessee, y que lo habían criado un tío y una tía a raíz de la muerte de sus padres cuando tenía diez años. Ese tipo de gente no tenía otros valores que el trabajo y el deber. Chet había huido a los catorce años y había conseguido llegar a California. La pobre Penny solía decir que su amor, Jamie y el hogar que habían formado, le harían cambiar con el tiempo.

Delancy no se dejaba engañar. Era obvio que el bienestar del niño, dependía de los caprichos de un padre que o lo ignoraba por completo o lo maltrataba sin piedad.

—Será mejor que te apresures —dijo Chet, mirando el reloj que estaba sobre el tocador—. Gina está a punto de acabar. Voy a asomarme a ver si Thorne no se ha ido

—se acercó con gesto amenazador—. Delancy, ambos sabemos que en este momento él está más interesado en ti que en nuestra representación. Sé razonable. Si te pido algo, aceptarás lo que sea con tal de subir algunos peldaños. ¿Entendido?

—¡Si lo que me pides es que me entregue a ese hombre totalmente, olvídalo!

Hay cosas que no estoy dispuesta a hacer ni por Jamie.

—Vamos, vamos… —él cambió de tono—. Yo no he dicho nada de eso, no seas tonta. Lo único que te pido es que seas amable, que no le desprecies.

Se oyeron los aplausos y Chet salió apresuradamente. Delancy se despojó del vestido blanco, y se puso una falda negra ajustada y una blusa blanca de campesina.

Trató de subir el escote que dejaba sus senos casi al descubierto. Una ojeada el espejo le indicó que su *«Daisy Mae»* estaba como debía: Las piernas al descubierto, la cintura estrecha y la boca saliente, y todo lo que tenía que hacer en ese momento era recordar las palabras que Chet había escrito para su segunda escena cómica.

—¿Y ahora por qué no andas detrás de mí como siempre, Daisy Mae? —

preguntó Chet fingiendo tristeza, mientras Delancy arrugaba la nariz.

—Es por el libro feminista, Abner. Me ha llegado hasta lo más profundo.

Muy a su pesar sus ojos se desviaron hacia donde estaba Stuart, y levantó el vaso en silencio y con una sonrisa en los labios.

Ella apartó la vista cuando oyó a Chet repetir una frase, y pudo percibir una profunda ira en su expresión. Delancy recitó su parte y desde entonces en adelante, todo el espectáculo resultó impecable.

Patrick subió a escena y levantó las manos. En ese momento todo el mundo dejó de aplaudir.

—¡Me alegro de que hayan disfrutado esta noche, amigos! Los invito a que escuchen música, beban y disfruten en nuestra compañía.

Delancy se dirigió a los vestuarios, pero Chet se abrió paso entre las mesas apiñadas sonriendo a las personas que le detenían para felicitarle.

En el camerino, Gina Belden, una alegre pelirroja de aproximadamente treinta años, se estaba quitando la máscara de Bette Davis y saludó animada a Delancy.

—Has estado formidable, aunque Chet ha tenido que repetir una frase. Ojalá no se desquite contigo por eso.

—Tú deberías trabajar con él, Gina —respondió Delancy mientras se ponía un vestido de algodón—. Tú eres actriz, no un loro entrenado como yo.

—No, gracias. Seríamos un fracaso porque soy tan orgullosa como Chet.

Pásame mi vestido, por favor. Y hablando de ese hombre, ¿dónde está?

—Se ha detenido a hablar con el público —replicó la joven, pasándole la prenda.

—Quiere tenerte contenta —comentó la pelirroja sonriendo mientras se ponía el vestido—. Lástima que esté perdiendo su tiempo con esta clientela. Yo en cambio tengo una cita con uno de la Paramount. Es sólo un contable asalariado, pero puede conocer a alguien importante —Gina se cepilló el pelo con rapidez y antes de salir, dijo—: Sé buena y ordena mis cosas, por favor. ¡Ciao!

Delancy estaba guardando su disfraz en una bolsa de plástico cuando oyó detrás de ella la voz de Chet.

—¡Ah! Aquí está, Stuart. ¿No te has quitado el maquillaje todavía, Delancy?

Ella se alegró de estar aún maquillada, pues no deseaba que Stuart la viese sin ningún tipo de protección.

—Hola —respondió ella—. ¿Le ha gustado el espectáculo?

—Le ha gustado al público —dijo, evitando decir su opinión.

Al advertir que Stuart la miraba fijamente, ella decidió enfrentarse a él sin la menor timidez. Vestía pantalón de pana negro y la camisa, también negra, era de algodón fino. Estaba realmente atractivo.

—¿Desde cuándo trabajan juntos? —le preguntó a Chet.

—Desde hace casi un año. A veces trabajo solo, pero al gerente le gustan las actuaciones de dos personas.

—¿También forman pareja fuera del escenario?

—Pues… De hecho…

Chet miró de reojo a Delancy.

—Somos socios nada más en el trabajo, señor Thorne. Chet es mi cuñado —dijo ella enfadada.

—En ese caso, Tanner, ¿te molestaría que hablara unas palabras a solas con Delancy?

—De ninguna manera —era obvio que no le gustaba la idea, pero no podía poner ninguna objeción—. De todas maneras Patrick me espera para decidir nuestro horario de la semana que viene. ¿Le gustaría tomar una copa después?

En medio de un profundo silencio, Chet salió, decepcionado.

—Creo que sería conveniente que supiera que Chet se encarga de todos los detalles financieros, señor Thorne.

Y después de decir eso, Delancy se sentó frente al espejo y empezó a cepillarse el pelo.

Stuart se puso detrás de ella, colocó las manos en el respaldo de la silla, y la miró fascinado.

—Primero Marilyn, luego Lombard y ahora Daisy Mae. ¿Podría la verdadera Delancy O'Brien levantarse?

—No creo que sea tan buena idea… Como le he dicho, Chet se encarga…

—No soy un agente, Delancy.

—Ya lo sé. Usted es un famoso director y productor, lo cual me hace dudar acerca del motivo de su visita a un club de tan poca importancia como éste.

Bajó el cepillo y le miró, sintiendo el calor de su cuerpo y el excitante aroma masculino.

—Te dije que deseaba volver a verte, ¿recuerdas?

—Eso es muy halagador, señor Thorne, pero…

—Quisiera que me llamaras Stuart. La verdad es que he venido porque deseaba verte de nuevo, conocerte mejor.

—¿Por qué?

—¿Por qué quiere cualquier hombre llegar a conocer a una mujer hermosa?

—Sí… ¿Por qué? —preguntó con ironía—. Creo que hay otras mujeres hermosas en los círculos que usted frecuenta, señor Thorne.

—Quizás no me he expresado correctamente. No eres sólo una mujer hermosa, hay algo en tu personalidad fuera de lo común. Soy curioso como el que más, y quiero averiguar de qué se trata.

—Me temo que sufrirá una desilusión —ella hizo un esfuerzo para sonreír—.

Créame que no soy nada extraordinaria, y no me gustaría frecuentar su círculo.

Delancy se puso rígida al sentir los dedos de Stuart sobre su hombro, y antes de que pudiese protestar, la sorprendió levantando su pelo y besándola en la nuca.

—Siempre me dejo llevar por mis instintos, Delancy, y ellos me dicen que existe una fuerte atracción entre los dos. Lo he sentido esta noche, y creo que tú también.

Sal conmigo al menos una vez, te prometo comportarme bien.

—¿Nunca le han causado problema sus instintos, señor Thorne?

Ella se libró de sus manos, y se puso de pie frente a él con los brazos cruzados para disimular el estremecimiento que le había provocado el contacto de sus labios.

—Me llamo Stuart, Delancy. Es inútil que trates de guardar las distancias llamándome señor Thorne. Y sí, me he metido en problemas, pero ninguno que no haya podido solucionar. La excesiva cautela puede ser muy aburrida, ¿no crees?

Ella ni siquiera intentó negarlo. Existía tal poderosa atracción entre los dos, que no tenía sentido hacerlo. Además, reconocía que sus emociones nada tenían que ver con el consejo de Chet acerca de que debía cooperar.

—Está bien —dijo apresuradamente—. ¿Todavía quieres invitarme a cenar…

Stuart?

—Claro. ¿Esta noche?

—No. Vuelvo a repetir que no me gusta salir las noches que trabajo. Mañana estaré libre, el club cierra los domingos y los lunes.

—Entonces quedamos en eso, pasaré por ti a las siete si te parece buena hora.

¿Dónde vives?

—En Van Nuys.

—Conozco el camino —titubeó un instante, luego la cogió por la cintura y añadió con brusquedad—: Pero antes debo asegurarme de algo…

La chica fijó la vista en los labios en el momento en que él inclinaba la cabeza hacia ella. Stuart se quedó sorprendido al advertir la mezcla de curiosidad y deseo que vio en sus ojos. Parecía tan inocente como su disfraz, sin embargo, su boca poseía la pasión de Lombard.

Posó sus labios en los de ella y luego los oprimió con pasión. Al notar que la joven temblaba, él sintió una ola de placer. Era todo lo que había pensado que sería; sensual, dulce y femenina. Lentamente deslizó las manos por la parte superior del cuerpo de la joven y se detuvo en sus turgentes senos.

Instintivamente abrió la boca y la estrechó con fuerza. Enseguida sintió que ella se alteraba, empujándole con todas sus fuerzas. Por un instante Stuart resistió, luego la dejó y dio un paso hacia atrás.

—Siempre pensé que Abner era un estúpido por no saber conquistar a Daisy Mae —sonrió y añadió—: Buenas noches, Delancy. Nos veremos mañana.

Delancy no se movió hasta después de haberse marchado él. Le temblaban las piernas y tuvo que sentarse y cerrar los ojos. ¡Qué manera de besar! ¿Habría respondido Daisy Mae a un hombre que sin duda esperaba hacerle el amor a la primera oportunidad? La invadió una oleada de calor, al percatarse de que ella ya lo había hecho.

Si hasta entonces su vida había sido muy aburrida, desde entonces ya no tendría ese problema, al menos por un tiempo. Sin embargo, eso la mantuvo preocupada durante toda la discusión con Chet sobre lo sucedido entre ella y Stuart.

Le contestó con monosílabos hasta que desesperado, él la dejó en paz, contento de saber que al menos había aceptado la invitación.

Estuvo muy ocupada el domingo. Chet había salido temprano a una representación en Studio City, y Delancy bajó a pedirle a la señora García que cuidara a Jamie. Había sido una suerte encontrar el anuncio de la señora García en el periódico hacía ya cuatro años. Varias zonas de Los Ángeles estaban plagadas de pandillas y venta de drogas, y los buenos vecindarios eran privilegio de los ricos, así que era difícil encontrar un apartamento de tres habitaciones en un barrio

decente y a un bajo alquiler.

Cuando Delancy apareció en su puerta, la señora García, una mujer viuda, mandó a todos sus hijos a jugar al patio y la invitó a tomar café. Veinte minutos después habían cerrado el trato del alquiler del piso superior.

En muchas ocasiones esa mujer la había sacado de apuros cuidando de Jamie, y ese hecho también le había facilitado las cosas, de no haber sido por ella no hubiera podido aceptar la invitación del famoso director.

—No sabe cómo le agradezco su ayuda, señora García. Espero que no sea una molestia.

—No quiero oírte decir eso. Necesitas libertad. Nunca sales a divertirte, en cambio Chet jamás está en casa.

—Chet se habría quedado con Jamie esta noche, pero tenía un compromiso y regresará muy tarde.

—Mira Delancy, Jamie es como uno de mis hijos, ya lo sabes. ¿Por qué no dejas que duerma en mi casa esta noche? Así no tendrás que preocuparte por llegar temprano.

—No pienso llegar muy tarde —respondió la chica ruborizándose.

—¿Por qué no? Eres joven y deberías divertirte. Trabajar, estudiar, cuidar al niño… ¿Cuándo tienes tiempo para ti? Pronto serás demasiado vieja para divertirte.

No, sal esta noche y no te preocupes de nada.

—¿Que no me preocupe? —se preguntó Delancy en voz baja mientras subía a arreglarse para su cita.

Trataba de convencerse de que no era tan fea, de que quizás no había sido un error aceptar la invitación. Le había advertido que no tenía nada de extraordinario, que no era una mujer misteriosa ni fatal como él quería creer, pero no le había convencido.

¿Por qué no divertirse para cambiar? Era halagador que un famoso director de cine la persiguiera e insistiera en salir con ella a pesar de que finalmente le había rechazado. Era emocionante, tenía que admitirlo. Y de ella dependía controlar la situación…

Ante el espejo frunció el ceño al verse sin maquillar. Era verdad que algunos hombres aprenden a apreciar tarde o temprano el carácter o la personalidad de una mujer, sin embargo nadie se tomó la molestia de perder su tiempo en averiguarlo si no les atraía primero la belleza física.

Pasó la mano por el estuche de los cosméticos pensando que ya la había visto disfrazada de tres mujeres diferentes. ¿Qué rostro le mostraría como el de la verdadera Delancy O'Brien?

Desvió la vista hacia la papelera que estaba entre el tocador y la mesa que utilizaba para dibujar. Se inclinó y sacó un esbozo preliminar que había hecho para el cuento de Jamie y lo desarrugó.

Una princesa rubia, etérea, aparecía junto a un castillo envuelto en nubes. Frente a ella había un dragón que echaba fuego por la boca, y Delancy sonrió al recordar en quién se había inspirado para el dragón.

—Sí, cenicienta, irás al baile… —murmuró y empezó a maquillarse.

Una hora después, cuando Stuart llegó, le saludó con el aplomo que requería su papel.

—Buenas noches.

Le sonrió con amabilidad y se hizo a un lado para invitarlo a entrar.

—Buenas noches —respondió él, e inmediatamente se fijó en cada detalle de su aspecto.

Delancy pensó que era parte de su oficio, y sonrió para ocultar el nerviosismo.

¿Podría él ver a través de su capa protectora de pintura? Era exactamente igual que la rubia princesa del esbozo: Mejillas rosadas, sombra azul en los ojos y labios encarnados. Se había recogido el pelo en un moño, y unos mechones caían por su rostro. Vestía un elegante traje color de rosa muy de moda, con amplio escote, y completaban su atuendo unos elegantes pendientes y un valioso collar de oro.

—Estás preciosa —dijo él al fin.

—Gracias… —murmuró ella, insegura acerca de su enigmática expresión—.

¿Quieres una copa? —dijo sin poder ocultar la admiración que sentía por él—.

Tenemos *whisky* y jerez —añadió mientras se dirigía al mueble bar.

Delancy se dio la vuelta, y notó que examinaba la sala de igual manera que lo había hecho con ella. La habitación decorada en tonos pastel era acogedora, aunque los muebles parecían más cómodos que modernos. Advirtió que él fijaba la vista en unos de sus cuadros, y que luego movía la cabeza al verla con la botella de jerez en la mano.

—Preferiría que nos fuéramos. Tengo una mesa reservada.

—Encantada. Estoy lista —respondió, cogiendo el bolso plateado y un chal de encaje.

—Permíteme… —murmuró él cogiendo el chal y colocándolo en sus hombros cuidadosamente.

Delancy se ruborizó, y trató de controlarse mientras le seguía por la escalera, consciente de la cercanía de ese hombre. Después de ayudarla a entrar en el Ferrari negro que estaba aparcado frente a la puerta, y antes de arrancar, él comentó divertido:

—Es realmente increíble. No reconozco a la joven de esta noche, y tengo la sensación de que aún no he visto a la verdadera Delancy O'Brien. ¿Estás jugando conmigo, Delancy?

—¿Y si así fuese?

—Me gustan los juegos. Pero siempre juego a ganar.

Y cogiéndola por sorpresa, se inclinó y acarició sus muslos. Luego le extendió el cinturón de seguridad, puso en marcha el vehículo y añadió entre risas:

—Creo que siempre es bueno ponerse el cinturón de seguridad, ¿no crees?

Capítulo 3

Por fuera, *Aleki's Dasha* parecía un club privado de hombres, pero una vez dentro, Delancy se sintió transportada a un refugio campestre de un hacendado ruso.

Decorado estilo oriental y alumbrado con antorchas, invitaba a gozar del ambiente que ya disfrutaban varias parejas. Stuart saludó al *maître*, quien le condujo a una mesa en el primer piso. Un hombre vestido de cosaco apuntó lo que deseaban beber, vodka con tónica para Delancy y vodka solo para Stuart.

—Me siento como si el doctor Zhivago fuese a aparecer en cualquier momento por las escaleras. Has hablado en ruso con el *maître*, ¿o no? ¿Dónde has aprendido?

—El año pasado estuve un mes en Moscú tratando de producir allí una película, y me enseñaron algunas frases de cortesía, eso es todo.

—*«El Dulce Verano Ruso N° III»*. Una especie de Fort Lauderlade en el Báltico.

Creo que la idea de adolescentes descarriados no es muy común en Rusia…

Delancy inmediatamente se arrepintió de lo que acababa de decir.

—Me imagino que viste *«Dulce Verano N° II»* y que no te gustó. ¿Te importaría explicarme por qué?

—No me agradan las películas en que explotan a adolescentes —declaró ella incómoda—. Dan una idea equivocada de la vida justo cuando necesitan buenos modelos a los que imitar.

—Muy idealista por tu parte. El mundo artístico es una industria. En la actualidad es la moda del cine comercial la que decide qué modelos sociales deben aparecer en los cines del país.

—¡Qué cinismo!

—Es la realidad —se encogió de hombros—. Averigua qué es lo que la gente quiere comprar, y obtendrás muchos beneficios. Esa es la ley básica de la jungla empresarial.

—¿Qué sucedió con tu primera película *Cool Sweet Summer*? ¿No produjo mucho dinero también? Era una película maravillosa; en parte cómica y sin embargo el guión era tan realista que conmovía. La última escena donde Jonathan besa a Miranda, y uno sabe que no volverán a verse después de ese verano… Era tan tierna que me hizo llorar.

Ella extendió la mano hacia él, inclinándose para dar énfasis a su pregunta y añadió:

—¿No demuestra el éxito de esa producción que el público prefiera pagar por películas de calidad?

—Demuestra sólo que tú no eres cínica.

Él le cogió la mano y se la llevó a los labios. Pero ella la retiró con tal rapidez que casi derramó su copa, luego bebió un sorbo y continuó:

—No entiendo… Si puedes hacer una buena película como esa y ganar mucho dinero también, ¿por qué haces las otras? Es un crimen, una pérdida de talento…

—No debes preocuparte. Estoy de acuerdo contigo; tampoco me gustan películas que explotan a alguien.

—Entonces, por qué…

—A veces no tiene uno tantas opciones —respondió él después de una pausa—.

En esa ocasión era mi única alternativa, o tenía que renunciar.

—Debiste tener otras historias, otros guiones para escoger…

—Claro, pero nadie se interesó más que en una que garantizara el éxito en la taquilla. Sin patrocinador y una distribución adecuada, olvídate. Tuve que dar a los productores lo que pedían, desnudos y sexo, y aprovechar la publicidad de mi primer gran éxito.

Stuart movió el vodka en su vaso y bebió un poco, luego prosiguió:

—En raras ocasiones, y ésta es una de ellas, he admitido que todo fue resultado de ciertas presiones. Es difícil resistir la tentación de hacer una película que garantice doce millones de dólares en taquilla el primer fin de semana; el dinero te ofrece muchas posibilidades en esta profesión, y yo las necesitaba —la miró pensativo—. ¿Y

ahora qué opinas de mí, Delancy O'Brien?

—Empiezo a sospechar que bajo esa máscara de cinismo existen ideales que tratas de ocultar. Deseo ver tu próxima película.

—Para ello, pequeña Delancy, quisiera…

Se inclinó hacia ella.

—Su aperitivo, señor.

El camarero colocó un plato frente a ellos. Delancy cogió su copa y bebió.

—Creo que tendré que posponer mi agradecimiento por la confianza que has mostrado en mí —declaró él sonriendo burlonamente.

Delancy suspiró profundamente y le vio sonreír al ver los aperitivos de caviar.

—Toma, te gustará —le dijo dándole un canapé.

—Mmm… —Delancy saboreó por primera vez en su vida tan delicioso aperitivo—. ¿Es ruso, verdad?

—Aquí todo proviene de Rusia —respondió él—, incluso la música.

En ese momento Delancy percibió la dulce melodía que provenía de la planta baja; había estado tan pendiente de Stuart, que ni la había oído. Una mujer cantaba una balada acompañada del sonido vibrante de una balalaika y un violín, y a la joven le pareció maravillosa.

—¿Es una canción de amor? —le preguntó.

—Sí. La oí el año pasado en Rusia. ¿Cómo lo has adivinado si no entiendes la letra?

—Creo que porque es triste, así son todas las canciones de amor.

—Quizás porque las personas dejan que el amor se complique demasiado.

—¿Crees que amar es sencillo?

—Para ser sincero, no creo haber conocido ese sentimiento, sólo lo he visto en mis padres.

—Qué maravilla. ¿Cómo sabes que están enamorados?

—Porque han vivido juntos cuarenta años y criado tres hijos; porque los he visto discutir y besarse después —frunció el ceño ante la expresión de ella—. ¿Qué te pasa? ¿Crees que nací ya en un escenario de Hollywood?

—Ninguno de los artículos que he leído sobre ti hablan de tu familia —él pareció sorprendido y Delancy se ruborizó, aunque sabía que él nunca se enteraría de que ella había pasado varias horas esa semana en la biblioteca buscando en revistas artísticas artículos sobre Stuart Thorne—. La mayoría de los columnistas te describen como un soltero empedernido al que le gustan las pelirrojas.

—¿No crees que sería muy tonto de mi parte? —la miró fijamente —. ¿Tienes predilección por algún tipo de hombre?

—No salgo mucho —respondió sin pensar, y se arrepintió inmediatamente.

—¿Dices que cuidas de tu sobrino? —preguntó él mirándola con incredulidad

—. ¿Por qué?

Delancy le contó brevemente la muerte de Penny, y cómo se había visto obligada a volver a la casa de Chet. Experimentó un gran alivio cuando él empezó a hablar sobre su trabajo en el mundo del cine, y ella se sorprendió de lo relajada que se había sentido en su compañía durante la cena.

—Sinceramente —dijo riéndose a carcajadas—, tuviste suerte de que no te despidieran. ¡Sobornar al camarero para llevar tú los emparedados cuando analizaban los futuros guiones, debió costarte una fortuna!

—Pero valió la pena. Terminé tuteándome con cuatro ejecutivos importantes del estudio mientras que algunos directores debían conformarse con que se acordaran de ellos en la nómina.

—De todas maneras no entiendo cómo lograste que te contrataran cuando descubrieron la verdad.

—Tuve mucha suerte, también los que llegaron a ejecutivos tuvieron que sufrir bastante y mi astucia los conmovió. ¿Otra copa?

—Ya he bebido demasiado, otra copa más y tendrás que llevarme a

casa.

—Me parece muy buena idea.

—Prefiero que bailemos —sugirió ella con voz seductora.

—Todo por complacer a una dama —respondió inmediatamente, pidiendo la cuenta.

Delancy se sorprendió de su osadía, nunca había coqueteado de esa manera.

Posiblemente era la bebida, que se le había subido a la cabeza.

—¿Nos vamos?

De pronto Stuart se puso de pie y cogió el chal de la joven.

—Sí, claro.

Delancy se preparó para sentir el contacto de él sobre la delicada piel de su nuca. Se concentró en pensar que no era posible enamorarse de un hombre al que había visto sólo en tres ocasiones, y resbaló al bajar las escaleras.

—Estoy un poco mareada… —se disculpó, cuando Stuart la sujetó impidiendo que cayera—. Quizás lo que necesito es aire fresco, no salir a bailar.

—Creo que podremos respirar aire fresco y bailar al mismo tiempo.

Salieron a la calle y se dirigieron hacia donde estaba el coche.

—Bajaremos las ventanillas en vez de poner el aire acondicionado.

Stuart puso en marcha el Ferrari, y ella se sintió mucho más aliviada.

—¿Mejor? —le preguntó unos minutos después.

—Mucho mejor, gracias —contestó Delancy sonriendo.

Después se produjo entre ellos un profundo silencio. La joven era demasiado consciente de su cercanía, de los movimientos de sus manos en el volante durante el trayecto. De pronto, Delancy se incorporó y buscó el nombre de la calle, pero fue inútil. A lo lejos se podían ver las luces de Los Ángeles.

—¿Estamos en Beverly Hills? —preguntó ella—. No sabía que había aquí un sitio para bailar. ¿Dónde dices que vamos?

—Es un sitio que pertenece a un amigo mío —el Ferrari giró a la derecha por un camino sinuoso—. Tiene un salón de baile increíble, lo trajo por partes de Europa a principios de los años veinte. Jake lo ha restaurado hace relativamente poco tiempo.

—Entonces… —Delancy titubeó y luego añadió—: Estoy en lo cierto al suponer que se trata de una casa privada, no de un cabaret.

—Mmm…

Stuart disminuyó la velocidad, pulsó un botón en un aparato electrónico y se abrió la verja de hierro. A través de un estrecho camino rodeado de árboles llegaron a la parte trasera de una mansión. Stuart apagó el motor y se volvió hacia ella sonriendo.

—Parece que no hay nadie en casa —dijo Delancy.

—Mi amigo está en Europa, y me ha prestado la casa durante el verano.

—¡Oh!

Delancy se estremeció, preguntándose qué debía hacer. ¿Cómo no había pensado en esa posibilidad?

—¿Entramos? —preguntó Stuart con voz sensual y alegre a la vez —. Es mucho más agradable, y estoy seguro que te sorprenderá ver cómo ha cambiado Jack este lugar.

—Es que… Ya es muy tarde. Creo que no debería entrar, estoy preocupada por Jamie…

—¿No me has dicho que pasaría la noche con la señora García?

—Sí. La verdad es que no me parece buena idea. Yo casi no te conozco ni tú a mí. Yo…

—Acabamos de pasar tres horas juntos. Creo que ya podemos dar el siguiente paso, ¿no crees?

Antes de que pudiera responder la boca de él se apoderó de sus labios, y con la otra mano comenzó a acariciarle los senos.

—¡No, Stuart, por favor!

—¿Por qué no? ¿Acaso no deseabas salir conmigo esta noche?

—¡Sí… No…! ¡No, para esto!

—Qué extraño, al parecer yo estaba equivocado —se apartó de ella bruscamente

—. ¿Entonces para qué has salido conmigo?

Acalorada por sus confusos sentimientos y reconociendo que Stuart tenía razón, trató de defenderse.

—Salir a cenar no significa llegar a esto. Yo estaba convencida de que me llevabas a bailar.

—¿No estás dramatizando? No te he traído para atacarte.

—No creo que hayas tenido nunca la necesidad de hacerlo.

Delancy supuso que antes que ella, muchas mujeres debieron estar en la misma situación, pero intentó convencerse de que eso no le importaba.

—Delancy… —hizo una pausa y luego añadió—: En cualquier lugar habríamos encontrado gente que me conoce, no habríamos podido charlar ni bailar.

Seguramente algún reportero habría venido a molestarnos. ¿Qué tiene de malo querer evitar eso?

Ella, sin embargo, permaneció callada.

—Ya veo que he cometido un error —añadió con sequedad—. Ha sido una tontería no haberme dado cuenta antes de que lo que buscas es dejarte ver y que te fotografíen para la columna de cotilleos. *Aleki's* era demasiado tranquilo, ¿verdad?

Bueno…

Estaba a punto de arrancar el motor cuando Delancy le detuvo,

enfurecida.

—Eso no es cierto, Stuart.

—¿Qué esperas que piense, entonces? Creí que te estabas divirtiendo tanto como yo.

—Así es —Delancy se mordió el labio. ¿Cómo podía explicarle algo que ella misma no comprendía bien?—. Hubiera preferido que me dijeras cuáles eran tus planes, así habría podido tomar una decisión.

—¿Habrías venido?

—No lo sé. Dijiste que iríamos poco a poco —le recordó.

—Esto no me había ocurrido jamás.

Se rió y se pasó la mano por el pelo.

—No me sorprende —señaló ella, alegrándose al verle sonreír.

—La mayoría de las mujeres esperan que termine la velada con un fin romántico —levantó la mano cuando ella abrió la boca tratando de protestar—. Está bien… Ya sé que tú no eres así y que no te gusta ir demasiado deprisa. No acostumbro a tomar lo que una mujer no está dispuesta a ofrecerme, así que conmigo estás a salvo. Entra, te mostraré la mansión, bailaremos una pieza y te llevaré a casa, tu virginidad no corre peligro. ¿Confías en mí?

Delancy titubeó; era extraño, pero confiaba en su palabra más que en sí misma.

Por la expresión de desafío en su rostro, admitió que si ella decía *«no»*, él aceptaría su decisión y la llevaría rápidamente a casa. Eso sería el final de todo… ¿Era eso lo que quería? Se desabrochó el cinturón de seguridad y dijo:

—Entraré sólo durante un rato; sería una lástima perderme la oportunidad de ver de cerca cómo viven los ricos y famosos.

—Jake estaría emocionado si te oyera hablar así —comentó él, mientras la ayudaba a salir del coche—. Es muy rico, pero nunca ha alcanzado la fama. Ven, por aquí.

Rodeándola por la cintura la condujo a través del jardín iluminado por la luna, y detrás de una hilera de árboles, ella vio una piscina. Ascendieron unos escalones y entraron a la casa. Media hora después, tras haber recorrido varias habitaciones decoradas con el mayor lujo posible, Delancy no estaba arrepentida de haber aceptado ver la casa.

—Es increíble —la joven rió mientras él cerraba la puerta de una habitación decorada principalmente por espejos—. ¡Copiar un burdel hasta el más mínimo detalle! ¡Y en la siguiente sentirse como en la antesala de la Reina Victoria! ¿Está loco tu amigo, o qué?

—Jake es muy aficionado al cine —respondió él cogiéndola del brazo para descender a la planta baja—. Cada una de las habitaciones es copia del escenario de diferentes películas. Espera que te enseñe el salón de baile…

El salón de baile en la planta baja era enorme. Junto a las puertas

de entrada, Stuart encendió una serie de candelabros situados a intervalos, iluminando el brillante suelo y el curioso mobiliario.

—¡Santo cielo! —exclamó Delancy cuando miró a su alrededor.

Había visitado el Museo Getty cerca de Malibú, y el salón le recordó aquellas elegantes habitaciones decoradas al estilo francés del siglo XVII. Giró sorprendida, cuando oyó un violín tocar la melodía de un vals. Stuart estaba manipulando un manubrio de control incrustado en la pared.

—De las estepas rusas a Viena en una noche. ¿No te parece demasiado, Stuart?

—Podemos cambiar a música disco y luz intermitente. Mi amigo tiene gustos especiales. Mozart sería más apropiado, pero no sé bailar un minueto.

Se acercó a ella y deslizó el brazo por su cintura, luego levantó la mano izquierda y Delancy no pudo contener una sonrisa.

—Yo tampoco he aprendido bien el minueto en mis clases de baile —bromeó—, pero me gusta el vals.

Colocó su mano en la de él y se volvió a mirarle.

Él sonrió y ambos comenzaron a moverse al ritmo de la música. Un-dos-tres, un-dos-tres, contaba ella en silencio, más para distraerse de la embriagante sensación de estar en sus brazos, que para seguir el compás. Él la llevaba con tanta naturalidad que era un placer seguirle.

—¿Demasiado rápido? —preguntó Stuart haciendo círculos a lo largo del salón.

—¡No, me encanta! —exclamó ella—. ¡No te detengas!

Él la oprimió por la cintura y empezó a moverse tan rápidamente, que ella sentía que volaba sin poder despegar la vista de sus ojos. Cuando la música cesó, sintió de pronto que estaba exhausta, y Stuart la condujo a un sofá de brocado donde ambos se sentaron.

—Nunca… Nunca… Había bailado así en toda mi vida… —susurró ella.

—Considéralo como una lección de aerobic.

—¡Sin duda! —se abanicó el rostro con la mano y añadió—: Ahora comprendo que usaran abanicos las damas.

—Toma —Stuart se inclinó hacia ella ofreciéndole un pañuelo y ella se limpió con cuidado el sudor de su rostro; luego él cogió el pañuelo y secó el cuello de Delancy, hasta el borde de sus senos—. Puedes resfriarte con tanta humedad.

—Nunca me resfrío —respondió ella en voz baja.

—Yo tampoco… —musitó él con voz ronca. Dejó caer el pañuelo y estrechó a la joven con fuerza—. Delancy…

Con un dulce gemido, ella cerró los ojos al sentir los labios de ese hombre en los suyos. Él abrió la boca y sus alientos se confundieron, y para Delancy todo se convirtió en un paraíso de sensaciones.

Stuart sintió una oleada de placer, como si hubiese esperado toda la vida llegar a perderse en la dulzura de ese beso. La larga velada, sentado frente a ella, y el contacto de su piel, habían despertado un deseo que clamaba satisfacción.

La empujó hacia atrás con el peso de su cuerpo hasta reclinarla en el pequeño sofá, y notó la presión de los senos sobre su pecho. Un gemido de placer escapó de sus labios cuando Delancy movió las caderas, y con avidez encajó su cuerpo en el de ella.

La joven entreabrió los labios, y él introdujo la lengua explorando el interior de su boca. Entonces ella se atrevió a acariciar con la punta de su lengua el paladar, su parte más erótica. Una vez perdido el control, buscó la suavidad de su piel, subiendo con manos temblorosas su vestido.

Ella emitió un gemido de protesta, e intentó separarse de él, que suspiró profundamente y levantó la cabeza en un esfuerzo por recuperar el control de su cuerpo, pues sabía que si continuaba un poco más, ya le sería imposible detenerse.

Delancy contuvo la respiración mirándole totalmente confundida, y la certidumbre que reflejaba su expresión pareció convertirse en miedo cuando intentó de nuevo separarse de él.

—Por favor, suéltame… —suspiró—. Me has prometido que no…

Lanzando una maldición, él la soltó y se irguió. Levantó la mano y pasó los dedos temblorosos por su pelo; sus mejillas se encendieron ante la ira que lo invadía en ese momento. Frunció el ceño e ignorando una desagradable sensación de culpa, dijo:

—Vámonos de aquí. Te llevaré a casa.

Ella entró a su apartamento de puntillas, deseando que Chet no se despertara y la viese así. Cerró la puerta y se reclinó sobre ella en medio de fa oscuridad. Apretó los puños mientras trataba de comprender lo sucedido en el salón de baile.

Cuando se marchó, él le había dicho que la llamaría, pero Delancy no estaba muy segura de ello, aunque quizá sería mejor para los dos que no lo hiciera.

—¿Delancy? —en ese momento se encendió la luz y apareció Chet —. ¿Sabes que son las tres de la mañana? ¿Qué te ha pasado?

—Nada —respondió con sequedad—. Hemos ido a dar una vuelta por la ciudad después de la cena. Siento haberte despertado; mañana hablaremos, ¿quieres?

—Te he esperado hasta las dos. ¿Qué ha sucedido? ¿Ha hablado Stuart de nuestra representación?

—No, Chet.

Ella reprimió la risa y se dirigió hacia su habitación.

—¿Por qué no…? —murmuró él cogiéndola del brazo—. Por tu apariencia me parece que habéis hecho algo más que pasear por la

ciudad. ¿Por qué no quieres hablar conmigo ahora? No estarás pensando en separarte de mí… En abandonarme.

Ella soltó una carcajada y entonces él la sacudió, gritando:

—¡Contéstame!

—¡Por amor de Dios, Chet! ¿Cuándo comprenderás que no todo en este mundo tiene relación con tu preciada carrera? ¡Déjame en paz!

Se alejó intentando ocultar las lágrimas que se deslizaban por sus mejillas.

Abajo, en la acera, Stuart apretaba los puños en el volante mientras observaba las sombras en la ventana del segundo piso. Vio cómo se juntaban y apretó los labios esperando que se fundieran en un beso. Pero no fue así, se separaron y sólo quedó una sombra en la ventana. Stuart suspiró aliviado.

Ya no sentía ira consigo mismo, sólo le intrigaba lo sucedido esa noche. Delancy pareció más sorprendida que enfadada con él. ¿Le había malinterpretado? No podía recordar nunca haber perdido el control con tanta rapidez con ninguna otra mujer.

¿Qué quería ella de él? ¿Y qué relación tenía con Tanner?

Las luces en el apartamento se apagaron y la casa quedó a oscuras. Stuart agitó la cabeza y arrancó el motor. Las personas que le conocían, se habrían burlado de él si le hubieran visto sentado como un amante celoso en la acera del apartamento de una mujer, vigilando la ventana de su habitación.

Debía estar loco, pero tenía que descubrir lo que esa mujer sentía realmente por él.

El Ferrari se alejó a gran velocidad. Dentro de su habitación Delancy levantó la cabeza al oír el ruido, luego se volvió a inclinar sobre el lavabo para terminar de limpiarse la cara y quitarse completamente su maravilloso disfraz de princesa.

Capítulo 4

—¡Caramba, Lancy! ¿Es un diamante verdadero lo que tiene en su ojo?

Delancy apenas oyó las palabras de Jaime, pues estaba concentrada en la pequeña caja que tenía en la mano. Grabada con el nombre de los joyeros más famosos de Rodeo Drive, se la había llevado un mensajero unos minutos antes.

—Y mira la cola —Jamie pasó un dedo por el costado del animal —. Parece un lagarto. ¿Para qué es, Delancy?

—Es un camaleón, y es un broche para llevarlo sobre un vestido elegante —

respondió Delancy, quitándose el adorno después de probárselo y

moviéndolo en la palma de la mano.

—¿De dónde ha llegado?

—Sí, eso me pregunto yo también —dijo Chet.

Delancy no le había oído entrar, y en ese momento tiró su chaqueta en el sofá y se acercó a donde Jamie y ella estaban de pie, junto a la mesa del comedor.

—Vaya, vaya… —cogió el broche y acarició el brillante—. Qué regalo tan pomposo. De Thorne, sin duda.

—No lo aceptaré —exclamó Delancy con firmeza—. Es demasiado costoso.

—Claro que lo aceptarás. Una baratija de éstas no es nada para un hombre como Thorne. ¿Ha enviado alguna nota?

—Ha mandado su tarjeta —replicó Delancy, quitándole el broche de la mano a Chet—. Jamie, he dejado galletas y leche en la cocina. Toma algo y luego te pones a hacer la tarea antes de que sea demasiado tarde. Tengo algunas cosas que hacer antes de preparar la cena.

Se dirigió hacia su dormitorio evitando mirar a Chet, y ya dentro, se sentó para leer tranquilamente de nuevo en el revés de la tarjeta que tenía el nombre y el teléfono de Stuart, lo que ésta le decía: *«Tenía todas las intenciones de cumplir lo prometido. Llámame, por favor.»*

Habían pasado tres días desde su cita, y no sabía nada acerca de él. Delancy aún se sentía humillada por haberla dejado ese hombre en su casa sin siquiera despedirse.

¿Y ahora quería que ella le llamase a él? Si esa pequeña nota era un intento de disculpa, la ignoraría por completo. El broche era precioso, no cabía duda, pero eso no significaba que tuviera que acceder a sus deseos. Jamás tomaría ella la iniciativa de llamar primero.

Volvió la tarjeta y comprobó que no tenía dirección; entonces frunció el ceño al pensar que no le quedaba otra alternativa que llamarle, al menos para decirle que quería devolverle el broche, y darle las gracias por su intención.

Sin pensarlo más cogió el teléfono y marcó el número de la tarjeta.

—Thorne Productions —respondió una voz alegre.

—Stuart Thorne, por favor. Soy Delancy O'Brien.

Antes de lo que esperaba, Delancy oyó la profunda voz de Stuart.

—¿Delancy?

—Stuart, acabo de recibir el broche. Quiero agradecerte la atención, pero no puedo aceptar un regalo tan valioso.

—Claro que puedes. No sabes cuánto me alegro de que me hayas llamado. En este momento estoy ocupado con unas personas, y tengo que resolver un problema.

Te veré esta noche en el club, ¿de acuerdo? Quizás llegue tarde,

pero iré.

—Es que…

—Adiós, querida.

Delancy contempló unos minutos el auricular antes de colgarlo. Parecía muy animado, aunque distraído. Y la había llamado *«querida»* como si ya no se acordara de la fría despedida de la última noche que se habían visto. ¿Realmente lo había olvidado?

Claro que no, se respondió a sí misma interiormente. Por ello quería volver a verla. Se miró en el espejo y se asombró del profundo brillo de sus ojos. Se apretó el estómago con las manos para calmar un súbito malestar nervioso y se esforzó por comprender la razón por la cual la idea de volverle a ver la excitaba tanto.

¿Era Stuart o lo que representaba lo que la atraía a pesar de su buen juicio?

Cogió de nuevo el broche y lo miró distraída. Era un hombre poderoso en su campo, y eso resultaba muy seductor, se engañaba si pretendía fingir que eso no la afectaba; y sin embargo mientras charlaba y mientras bailaba con él, pensaba sólo en su atractivo como hombre.

Tenía miedo de salir herida de esa relación, y consideró que lo más razonable sería entregarle el broche y no volver a verle más. Gimiendo sin saber qué hacer, colocó de nuevo el regalo en la caja y la cerró. Tendría que esperar hasta esa noche, si es que él se presentaba en el club.

El resto del día le pareció muy largo. Jamie se portó muy mal y tuvo que regañarle; la cena había sido desagradable, ya que Chet no dejó de especular y preguntar cosas sobre el regalo de Stuart y Jamie se había negado a probar bocado.

Para cuando ella y Chet partieron para el trabajo, tenía los nervios de punta.

Su representación no resultó demasiado bien, aunque tampoco fue un fracaso.

Delancy tenía que hacer un gran esfuerzo para concentrarse, pues constantemente tenía la vista clavada en la entrada esperando ver a Stuart en cualquier momento.

Llegó casi al final de la última parte de su representación. Delancy casi perdió el acento de Mae West cuando al volver la cabeza vio al famoso director mirándola desde uno de los asientos del bar. De pronto comenzó a exagerar los movimientos sexuales de Mae, y dijo su texto en un tono tan burlón, que Chet la miró sorprendido.

Él no había visto aún a Stuart.

La representación terminaba en un abrazo, y Delancy debía volverse hacia el público y decir una última broma, sin embargo antes de que pudiese volver el rostro, Chet la cogió de la barbilla y le dio un

beso en la boca. Luego él dijo esa frase y el público empezó a reír a carcajadas.

Delancy, furiosa, intentó sonreír, y Chet agradeció los aplausos con una inclinación antes de abandonar el escenario.

—¿Por qué has cambiado el final? —le reprochó ella al entrar al vestidor—. ¿Y

por qué no me lo has dicho antes de salir a escena?

—Tenía que ser algo inesperado para que resultara bien —respondió Chet, dejando su sombrero de ribete español en una percha y deshaciéndose después el nudo de la corbata.

—Me has hecho parecer una idiota. Te advierto que será mejor que me avises antes, en caso de que se te ocurra algún cambio. Con permiso, Gina.

La pelirroja estaba terminando de maquillarse, y sonrió inquisitiva hacia ambos mientras Delancy pasaba a su lado detrás del biombo.

—No os preocupéis por mí. ¿Qué ha pasado, Chet? ¿Te están robando el acto?

—Cállate, Gina. Y quita tus cosas de mi vestidor. Aunque compartas este agujero, no tienes derecho a dejar tus pertenencias por todas partes.

—No te enfades, encanto —Gina recogió sus cosas y las amontonó en un rincón, luego se colgó el bolso en el hombre, y se dirigió a la puerta—. Me voy y os dejo solos. Ten cuidado, chica.

Gina abrió la puerta y se encontró a Stuart, que estaba a punto de llamar.

Llevaba unos pantalones vaqueros y una camiseta color vino, que hacía resaltar los amplios músculos de su espalda y de sus brazos.

—Vaya, vaya, pase por favor… —le invitó Gina mirándole interesada—. Uno de mis admiradores, supongo…

—¡Stuart, hola, me alegro de verte!

Chet se encargó de presentarlos, y disculparse por el desorden que había en el camerino. Gina se quedó deslumbrada al ver a ese hombre, y manifestó su placer por haberle conocido.

Delancy colgó su disfraz en un gancho detrás del biombo, y se puso una bata.

Su corazón dio un vuelco al darse cuenta de cómo la miraba Stuart. Finalmente, Chet logró que Gina los dejara solos.

—Así estamos mejor… —dijo—. Siéntate, Stuart. Oye, has debido avisarme de que venías.

Chet se sentó sobre el tocador y empezó a desmaquillarse, decidido a que no le dejaran al margen esta vez.

—Hola Delancy —sonrió Stuart cuando ella apareció—. O Miss West. Has estado formidable esta noche.

—Hola Stuart.

Todos sus consejos de cautela desaparecieron al percatarse del *shock* que le producía su presencia. Sentía que el corazón iba a salírsele del pecho.

A través del pequeño espacio que los separaba, se entabló un diálogo mudo entre ellos mientras Chet hablaba ignorando que Stuart no le prestaba atención.

—¿Cuándo empezarás a buscar los actores de tu nueva película? —la pregunta de Chet interrumpió la silenciosa comunicación.

—Lo siento, Tanner —señaló Stuart retirando la vista del expresivo rostro de Delancy—. No te lo puedo decir. Aún no lo sé.

—Nos sentiríamos muy agradecidos si no nos olvidaras cuando llegue el momento. Sería una gran oportunidad aparecer en un film de Thorne, aunque fuese en un pequeño papel.

—Recuérdamelo un poco más adelante, y te presentaré a la persona que se encarga de repartir los papeles —se volvió hacia Delancy y dijo—: Tengo que asistir a una recepción mañana por la noche. ¿Vendrás conmigo? Empieza muy tarde y es posible que no termine hasta el amanecer. Puedo pasar por ti aquí después de vuestro espectáculo.

—No creo que pueda, Stuart, lo siento, Jamie…

—No te preocupes por el niño, querida —intervino Chet—. Le puedo servir el desayuno y mandarlo a la escuela yo mismo. Puedes regresar cuando quieras. No tendremos ensayo al día siguiente.

Stuart la miraba fijamente animándola a aceptar. Delancy sintió extrañas sensaciones; le estaba pidiendo que penetrara en su mundo, y no tenía ningún motivo para rechazar su invitación.

—Está bien… —titubeó ella—. Tendrás que darme un momento para cambiarme de maquillaje, estoy segura de que no te gustaría llegar con Mae West del brazo.

—Puedes venir disfrazada como quieras —declaró él, sonriendo—. Eso lo hace más intrigante.

Cogió su mano, y sin prestar atención a Chet llevó los dedos a sus labios haciéndola estremecerse.

—Hasta mañana, entonces.

Delancy pensó que los ricos y famosos eran realmente de otro mundo, mientras los observaba la noche siguiente desde un rincón en la fiesta. Reconoció a varios actores y actrices de series de televisión, entre los que se encontraban tres ganadores del Oscar y varias estrellas del *rock*. Un grupo, famoso por su estilo punk, llevaban los trajes más estrafalarios que ella había visto.

—Perdóname, querida. ¿Vienes sola?

Un hombre delgado, de color, con un chaleco de lentejuelas, se detuvo y la miró sorprendido.

—No, mi acompañante anda por aquí —respondió Delancy,

desviando la vista hacia una puerta por donde había desaparecido Stuart hacía más de media hora con un hombre a quien llamó *«Max»*.

—Muy bien. Entonces no te importará que me esconda detrás de ti un minuto.

Hay alguien a quien no quiero ver, y aquí no hay ninguna maceta —Delancy le miró frunciendo el ceño—. Shh… Imagínate que soy una estatua o algo así y no me mires.

Un hombre de mediana edad, cuya ropa parecía hecha de cadenas y trozos de piel, se abría camino entre la gente en dirección a ellos, volviendo la cabeza de un lado a otro. Miró a Delancy y luego siguió su camino. De pronto la joven oyó un suspiro de alivio y se volvió a mirar al negro, que le sonreía.

—Gracias —dijo—. Eres mucho mejor que una maceta, querida…

—Delancy O'Brien. ¿No eres Oliver Casas? He visto tu foto en el periódico. Eres el bailarín principal de la nueva obra musical del Perfoming Arts Center.

—Ése soy yo —dijo examinándola de arriba abajo—. No pareces estar en tu ambiente, Delancy —el hombre echó un vistazo a su alrededor en un gesto despectivo—. ¿Quién te trajo aquí esta noche?

—Stuart Thorne. ¿Le conoce?

—¿Quién no le conoce? Casi nunca aparece en lugares como éste, pero me imagino que está preocupado por su nueva película. Cara Chasen también está aquí.

¡Qué suerte de mujer! Es casi seguro que le ofrezcan el papel principal. Mira, allí están.

Al otro lado del arco Stuart estaba acompañado del sonriente Max y de una pequeña rubia. Stuart sonreía, y no parecía importarle que la mujer estuviese agarrada a él.

—¿Ésa es Cara Chasen…? —murmuró Delancy, tratando de controlar sus celos.

—Más conocida, al menos a espaldas suyas, como *Cara la Gata*. Por la expresión de triunfo en sus ojos, apuesto que ha conseguido lo que buscaba; el papel y a su hombre de nuevo. ¡Oh! Perdona mi indiscreción, me había olvidado de que es tu acompañante.

—No tiene importancia. Stuart no me pertenece y no tengo razón para sentirme celosa.

Hizo un esfuerzo para sonreír.

—Me alegro de no haber sido indiscreto. Bueno, creo que debo buscar a mi agente. Si Stuart ya está repartiendo los papeles, quizás consiga algo para mí también.

Mientras contemplaba a Cara, que intentaba dar un beso a Stuart en la mejilla, Delancy sintió que el entusiasmo por esa cita estaba desapareciendo como el aire de un globo al desinflarse.

¿Qué tenía en común con Stuart y toda esa gente? Oliver parecía

simpático, sin embargo era como los demás: Ambicioso, siempre buscando oportunidades, igual que Chet y Gina, y todos los que conocía en el mundo del espectáculo.

Y en cuanto a Stuart, era mejor no decir nada sobre él. El haberla llevado allí y luego haberse marchado con otra mujer ignorándola a ella por completo, era de lo más humillante.

—No debo encontrarme bien… —musitó en voz baja, arrepentida de haber aceptado la invitación.

Miró su reloj; eran las dos de la mañana y parecía exhausta. Estar desvelada hasta la madrugada era un gran aburrimiento. Le dolían los pies y sentía un cosquilleo en el rostro debido al maquillaje.

¿Pero cómo podía marcharse sin reprocharle a Stuart su comportamiento? Miró hacia el arco. En ese momento levantó la vista y sus miradas se cruzaron durante un breve instante, antes de que la otra mujer llamase de nuevo su atención.

Delancy esperó unos minutos más, luego colocó su vaso en la bandeja de un camarero y empezó a abrirse camino para salir del salón. Tenía que haber un sitio más tranquilo para poder llamar un taxi. Estaba segura de que a Stuart no le apetecería llevarla a casa. Después de todo ya había recobrado a Cara.

Con la gargarita seca Delancy llegó hasta el vestíbulo principal, y en ese instante alguien la detuvo poniendo una mano sobre su hombro.

—¿Acaso intentabas escaparte? —preguntó Stuart.

—Necesito respirar aire fresco —replicó ella con frialdad—. En realidad estoy fatigada. Me he… Divertido, pero no puedo aguantar hasta que tu fiesta se termine.

Será mejor que pida un taxi, tú debes quedarte más tiempo con tus amistades.

—¿Entonces tú sugieres que me despida de ti y siga divirtiéndome?

—¿Por qué no? —contestó ella, sonriendo al advertir que él estaba enfurecido.

—¿Desea que le traigan el coche, señor Thorne? —preguntó el mayordomo al verlos.

—No, gracias.

La cogió del brazo y la llevó hacia la puerta.

—Sé dónde está —añadió entre dientes.

En un instante salieron afuera, caminando por un sendero de piedras, donde había aparcados lujosos coches. Encontraron el Ferrari y Stuart abrió la puerta, la sentó y él se acomodó frente al volante. Estaba furioso, se notaba tanto por el silencio como por la tensión de sus brazos y manos, al tratar de sacar el coche del estrecho espacio donde estaba aparcado.

—Cuando invito a una mujer a salir conmigo —dijo él poco tiempo

después, cuando iban a toda velocidad por Van Nuys para tomar la vía rápida—, prefiero ser yo quien la lleve de regreso a casa. Si no me hubiese dado cuenta de que habías salido del salón principal, te habrías ido, ¿verdad? Sin decir palabra.

—Me he cansado de estar de pie.

—¿Qué? —la miró intrigado—. Mira, si estás enfadada porque te he dejado sola más de lo que esperabas, me disculpas, no obstante he tenido que hacerlo. Te habría explicado todo si…

—He comprendido todo muy bien al verte del brazo de Cara Chasen —dijo ella con sequedad—. Con sus atractivos, no me sorprende que no hayas podido separarte de ella.

—En realidad Cara era el motivo, pero no por lo que tú piensas.

—¿De veras?

—Mira, Max ha venido a hablar conmigo tan pronto llegamos porque Cara y su agente estaban en otra habitación esperando firmar un contrato importante.

—¿Para el papel principal de tu nueva película?

—Sí, así es. ¿Cómo lo sabes?

—Me he enterado en la fiesta. Alguien me lo ha dicho.

—Pues estaba muy bien informado… En fin, el caso es que hemos tardado más tiempo del que esperaba. Siento mucho que te hayas aburrido.

—Al contrario, lo he pasado muy bien. Me he sentido como si hubiese participado en una de esas películas italianas en las que se critican las decadentes vidas privadas de las estrellas y los hombres de mucho dinero. Para una persona tan ordinaria como yo, es una experiencia muy importante.

—Denoto cierto sarcasmo en tu crítica —señaló él después de un silencio—. Es irónico, considerando que tanto tú como tu cuñado estáis deseando alcanzar la fama.

—Eso sólo lo ambiciona Chet, no yo. Yo preferiría ganarme la vida dibujando diseños para las películas, no actuando en ellas. Y después de ver a la mayoría de las personas en estas fiestas, lo que menos me interesa es formar parte de su círculo permanentemente. Este tipo de vida no es para mí.

—¡Ah! ¿Y qué es lo que tanto te ha disgustado de la gente de la fiesta?

—Para empezar, creo que la mayoría son unos farsantes.

Estaba tan concentrada en la discusión que no se percató de que habían llegado a su casa hasta que Stuart aparcó.

—¡Ah, ya hemos llegado! —exclamó ella aliviada—. Buenas noches.

—No tengas tanta prisa por escapar —declaró él cogiéndola del brazo para impedirle que abriese la puerta—. Quiero que me des una

razón de por qué toda la gente de la fiesta te ha parecido hipócrita.

—No creo…

—Criticas con demasiada seguridad a gentes a quienes apenas conoces. ¿Qué opinas de los disfraces bajo los que tú te escondes? ¿Crees que eres más sincera que ellos? —la cogió de la barbilla para mantener fija su cabeza—. ¿Crees que yo no reconozco este rostro? Claro que sí, y no es el de Delancy O'Brien. Dime, ¿cuántos disfraces más tendré que soportar hasta descubrir tu verdadera personalidad?

—¿Para qué quieres descubrir mi verdadero ser? En el mundo en que tú te mueves, la ilusión lo es todo, ¿no es así? —movió la cabeza y se liberó de su mano—.

Yo sé muy bien quién soy, y dudo que la mayoría de tus amigos puedan decir lo mismo. Ahora, si no te importa, quisiera entrar a mi casa. Buenas noches…

—Es que sí me importa…

—Stuart —ella se puso tensa al oírle hablar de ese modo—. Creo que no queda nada más por decir. Todo ha sido un error entre nosotros, en las dos citas hemos terminado peleándonos. Vamos a olvidarlo y a despedirnos como dos amigos.

—¿Como dos amigos? Creo que podemos hacer mucho más.

En medio de la oscuridad la acercó hacia él, cogiéndola por sorpresa. Ella apenas tuvo tiempo de protestar cuando la boca de él selló sus labios en un beso apasionado. Alarmada, empezó a empujarlo y sólo consiguió que él la abrazara con más fuerza, oprimiendo sus senos contra su pecho. Casi sin poder moverse logró levantar las manos y rodear el cuello masculino con la intención de tirarle del pelo para alejarlo de ella.

Antes de que pudiera enlazar los dedos en su cabello, la ira de él desapareció.

Empezó a besarla suavemente y ella no se resistió a que explorara el interior de su boca con la lengua.

Distraída, confusa por sus propias emociones, Delancy olvidó completamente el motivo de su lucha al sentir que las manos de Stuart recorrían todo su cuerpo.

Sintió como si su cuerpo se estuviese derritiendo, y en ese momento reconoció que nada le importaba más en el mundo que ese hombre. Entrelazó las manos en la nuca de él y levantó la cabeza para permitirle explorar todavía más su boca.

—Sabía que esto era inevitable —le oyó decir cuando terminó de besarla—.

Acércate más… —añadió acariciándole los senos—. Tengo que tocarte.

Delancy sintió que su corazón daba un vuelco cuando él introdujo las manos dentro de su sujetador, y apretó sus senos febrilmente.

—Stuart, por favor… —jadeó ella, sabiendo que debía detenerle, a pesar de que no tenía el menor deseo de hacerlo.

Él la empujó hacia atrás hasta recostarla, y hundió su boca en el sensible pezón desnudo. Ella lanzó una exclamación, cerró los ojos y arqueó la espalda.

Después de unos minutos ella sintió que estaba a punto de desmayarse de placer. Él lanzó un gemido, descansó la cabeza en su pecho y con voz entrecortada murmuró:

—Nunca creí que me arrepentiría de comprar un Ferrari con palanca de velocidades, pero esto es más de lo que esperaba… No podemos ir a tu casa, Delancy. Ven conmigo. Quiero hacerte el amor como es debido.

Enseguida la joven recobró el sentido. No podía estar sucediendo eso; era increíble que hubiese perdido la cabeza de ese modo cuando poco tiempo antes habían estado discutiendo.

—Ven conmigo a casa, Delancy —repitió él con voz ronca—. Quédate esta noche conmigo.

Delancy respiró profundamente, y se incorporó tragando saliva a medida que volvía a la realidad. Ella podía imaginarse a Chet a la mañana siguiente con una mirada de desprecio al verla regresar después de haber pasado la noche fuera de casa. Además, no podía olvidarse de Cara. ¿Estaría Stuart aún interesado en ella?

Delancy se estremeció, pues si eso era cierto, no sería capaz de soportarlo.

Bajo la tenue luz del coche vio su pezón enrojecido y erecto, y se lo cubrió. En ese momento los extraños sentimientos que él había despertado con tanta facilidad en ella, se convirtieron en desprecio hacia sí misma. ¿Qué le estaba sucediendo?

¿Dónde estaba su orgullo?

—Delancy —él se había apartado para permitirle que se incorporara—. ¿Qué sucede, cariño? ¿Por qué no me hablas?

—Así no podremos terminar bien, Stuart. Yo creo que todo ha sido un error.

—¿Error? ¿De qué estás hablando?

—Tú tienes tu vida y yo la mía. Somos muy diferentes.

—¿Y qué? Ya sé que eres diferente. Por eso es por lo que me siento atraído por ti.

—Entonces te has equivocado, Stuart —declaró con un nudo en la garganta—.

No dejaré que me manipules.

—¿Qué te hace pensar que deseo manipularte? Acabas de sentir lo mismo que yo, no has podido fingir —oprimió el pezón de su seno que aún estaba erecto—. Ni allí, ni aquí.

Stuart lanzó una carcajada.

—¡Buenas noches, Stuart! —con mano temblorosa intentó abrir la puerta—. Ha sido… Una experiencia conocer al hombre de Hollywood, ¡pero no deseo que se vuelva a repetir!

Cuando cerró la puerta y se apresuró hacia su casa le oyó gritar por la ventanilla:

—¡Maldición, Delancy, regresa por favor!

Ella cerró la puerta de entrada al edificio y se apoyó en ella hasta que dejó de oír el ruido del coche que se alejaba. Esperó unos instantes y luego subió cabizbaja la escalera.

Stuart, con mal semblante, se sentó en unos de los taburetes de un bar que había descubierto unos años atrás. El camarero, que tenía excelente memoria para reconocer las caras de sus clientes, le sirvió un *whisky* antes de que Stuart lo pidiera.

—¿Mal día, señor Thorne?

—Sí.

—Sucede a veces.

—Supongo que así es.

—Apuesto que son líos de faldas.

—De muchas faldas —Stuart soltó una carcajada—. Hasta ahora por lo menos seis y no he terminado aún de contar.

—No entiendo…

—Olvídalo, unas cuantas copas más y yo lo olvidaré también. ¡Salud!

Capítulo 5

—Siento no haberme presentado a la cita, señor Crawford. Como le he dicho, no he recibido el aviso del cambio a tiempo… Sí, lo comprendo. Claro que no pudo usted hacer otra cosa. Adiós.

Delancy colgó el auricular del teléfono de la cocina y miró a Chet, que estaba sentado frente a la mesa con una taza de café y el periódico de la mañana. Él la miró y luego fingió estar concentrado en la lectura. Delancy exclamó:

—¿Quieres hacerme el favor de explicarme cómo es que se ha producido este enredo? ¿Por qué no me habías dicho que la secretaria del señor Crawford había llamado para cambiar la fecha de mi cita?

—¿Hmmm? —Chet sacudió las hojas para buscar otra sección—. Te lo dije.

Creo que lo apunté en algún lado para que lo vieras.

—Chet, ¡era una gran oportunidad para mí! Se trataba de la ilustración de un manual de software.

—¿Y por qué te preocupas tanto? Eso no es nada comparado con lo que ganamos en nuestro trabajo. Desde que ha corrido la voz de que Stuart Thorne ha visitado varias veces el club, todas las noches se llena el local, y Patrick ha prometido subirnos el sueldo.

—No me interesa…

—¡Oye, mira esto!

En la sección del periódico que Chet le acercó Delancy, vio una foto a tres columnas donde aparecía Stuart Thorne de esmoquin y Cara Chasen a su lado, entrando a una *premíere* de Hollywood. Delancy cogió el periódico con las dos manos y se dejó caer en una silla sin poder quitar la vista de la fotografía.

—Al negarte a hablar sobre tu última cita con Thorne, me imaginé que habíais roto las relaciones —prosiguió Chet—. Aparentemente no tenías siquiera oportunidad si Cara Chasen era la rival. ¡Maldición! Al menos haremos que cumpla su palabra de presentarnos al director del reparto de papeles. Eso nos lo debe.

—¡No nos debe nada! —gritó exasperada Delancy, arrojando el periódico—.

Chet, te suplico que no me metas en tus planes de aquí en adelante. Estoy harta de la farándula. Quiero encontrar trabajo en mi profesión.

—No puedes retirarte ahora. Tenemos éxito porque somos un dúo.

—Tienes talento y puedes triunfar solo, Chet —dijo ella con desesperación.

—Hace años, cuando quise dejar en adopción a Jamie y abrirme

camino yo solo, me convenciste para que no lo hiciera ¿recuerdas? Dijiste que Jamie necesitaba a su padre y un hogar, y no te importó ayudarme. ¿A qué se debe este cambio?

—Las cosas no han resultado como yo pensaba. Casi nunca estás con Jamie, a veces creo que ni te importa. Quizás sería mejor que te fueras y lo dejases conmigo.

—¿Eso te gustaría, verdad? —Chet sonrió entristecido—. Quiero que sepas que soy su padre, y seré yo quien decida lo que se debe hacer con él. Si quieres dejarnos, es cosa tuya. No te detendré. Siempre puedo enviar a Jamie con la tía Ella y el tío Mac. Un año o dos en la granja le harán madurar.

—¿Cómo puedes decir eso cuando tú mismo tuviste que huir de esa gente? —

añadió Delancy con desprecio e incredulidad—. ¿Cómo puedes siquiera sugerir que Jamie sufra esa experiencia?

—No estuvo tan mal —Chet se puso de pie y la miró fijamente—. Jamie no es un rebelde como era yo. El chico se adaptará pronto. El tío Mac se encargará de eso.

—¡No! —Delancy apretó los puños—. Está bien, Chet, tú ganas. Me quedaré contigo y no quiero volver a oír una palabra más de mandar a Jamie allí. Si lo hicieras soy capaz de…

—Cálmate —Chet se acercó a la puerta con expresión satisfecha—. No tengo ninguna prisa por cambiar nuestra situación mientras todo permanezca como ahora.

Lo único que me hubiera gustado es haber sacado algún provecho de Thorne mientras estaba interesado en ti. ¿No sería conveniente que le llamaras por teléfono?

—¡Nunca haría eso!

—Está bien, está bien… —se encogió de hombros—. No prepares cena para mí, regresaré a tiempo para irnos al club.

Cuando Chet partió, Delancy se dejó caer en una silla luchando contra la depresión. Había caído en una trampa. El precio de su independencia era el bienestar de Jamie, y no se perdonaría permitir que Chet cumpliera sus amenazas. *«¡Oh, Penny…! ¿Qué voy a hacer?»*, se lamentó para sí misma. *«Adoro a tu hijo, pero…»*

Volvió a ver la foto en el periódico y la examinó detenidamente. Él no era apuesto, pero destacaba entre las demás personas, aun en una fotografía en blanco y negro.

Delancy agitó su cabeza intentando olvidar lo sucedido entre ellos. ¿Había sido ella en realidad la culpable de todo?

La verdad era que no tenía ninguna experiencia. Había tenido un novio en la universidad que no había sido capaz de despertar en ella las emociones que le había hecho sentir el famoso director. Después de la humillante experiencia de ser seducida por un campeón de fútbol,

fascinado por el papel que ella representó en una obra en la escuela, juró que no volvería a confundir la lujuria con el amor, ni dejaría que ningún hombre la manipulara.

—¿Qué haces aquí sentada lamentándote por Stuart Thorne? —se preguntó desesperada en voz baja—. ¡No seas estúpida!

Arrugó la página del periódico y la tiró a la basura.

—¿Has pedido el peritaje de los escenarios, Stuart?

—¿Eso es todo? —preguntó Stuart, que estaba sentado detrás del escritorio de su oficina, y frunció el ceño cuando su ayudante, Casey Harrison, le entregó el expediente.

—Todavía estamos esperando oír a Barney, y Judy me ha prometido mandar un télex mañana sobre el peritaje de los Appalachian.

Stuart protestó entre dientes. Empujó a un lado un montón de cintas para dejar espacio en el escritorio y dijo:

—Deshazte de toda esta basura, ¿quieres?

—Ayer estabas gritando que necesitabas toda esta *«basura»* como el aire para respirar…

Casey levantó las cintas y preguntó:

—¿Qué te pasa, Stuart? Por lo general no sueles actuar así hasta que empezamos a filmar.

—¿Qué es lo que te molesta, Casey? Si tienes algo que decirme, hazlo.

—El problema eres tú. Has estado imposible toda esta semana.

—Hmmm… —musitó Stuart—. ¿Eso es todo?

—¿Eso es todo? Tienes que saber que después de que plantaste a Cara ayer, tardé dos horas en calmarla. Además, tuve que invitarla a comer en *Temp's*. ¿Qué ha pasado con tu fama de saber manejar a las actrices?

—Cuanto menos tenga que ver con esa temperamental Chasen, mejor. A veces quisiera estrangularla.

—Saliste con ella la semana pasada y no te quejaste.

—Era todo por publicidad, ayer se lo dije muy claro a ella.

—Pues debes saber que ha amenazado con dejar el papel si no te comportas mejor con ella.

—No puede usar esa artimaña conmigo dos veces. Esta vez tengo su firma en el contrato, y ni con tres abogados puede romperlo. En cuanto a portarme mejor…

—No necesitas decirme más —comentó Casey al oírlo suspirar, enfurecido—.

Sé perfectamente que yo me tendré que encargar de ella si quiero que haya paz durante el rodaje.

—Te advierto que no será fácil. ¿Tenemos algún otro asunto pendiente? Me gustaría estudiar esos peritajes.

Una vez que se quedó solo, Stuart se puso a revisar los peritajes con el ceño fruncido. No era la descripción de los escenarios potenciales de filmación lo que invadía sus pensamientos en ese momento. Era el rostro de una mujer a la que aún no había podido olvidar.

Stuart hizo girar su sillón y miró hacia la ventana. Desde que las columnas de cotilleos habían hablado de su visita al Club Camaleón, el sitio había adquirido más fama, de manera que Delancy había sacado provecho de su relación. ¿Qué es lo que pretendía?, se preguntó sin obtener una respuesta convincente.

A pesar de la posibilidad de que fuese sólo una ambiciosa artimaña para conseguir algo, el hecho era que no podía dejar de pensar en esa mujer. Le confundía, le impedía concentrarse en su trabajo, por lo tanto debía terminar con ese asunto.

Su mandíbula se puso tensa, al darse la vuelta de nuevo en el asiento. La vería una vez más, pero la vería tal y como realmente era, no con otro disfraz.

—¡Casey!

—¿Me ha llamado, patrón? —preguntó el hombre asomándose a la puerta.

—No puedo sacar ninguna conclusión de este expediente. Atiende la oficina esta tarde. Voy a salir.

—¡Anda tigre, manda una rápida y verás!

Delancy pisó la arena con un palo en la mano, en la base principal detrás de la casa de la señora García. Jamie reía mientras se preparaba para manejar el bate.

Algunos miembros de la familia García estaban colocados como si se tratara de un verdadero equipo de béisbol. La bola hizo una trayectoria que apenas llegó a la base, y Delancy tuvo que estirarse para pegarle, pero falló.

—¡Strike! —gritaron cinco voces al mismo tiempo.

—¡Maldición! —Delancy se apretó la sien, y luego miró enfurecida al bateador

—. ¡Lanza de nuevo! ¡La enviaré a otro lado!

Jamie volvió a lanzar la bola.

—¡Strike!

Esta vez fueron seis voces las que gritaron, y la sexta pertenecía a un hombre cuya voz resultó conocida a Delancy. Esta se dio la vuelta y se quedó sorprendida.

Stuart estaba allí mirándola con expresión seria, y a la joven le dio un vuelco el corazón.

—¿Qué haces aquí, Stuart? —exclamó aclarándose la garganta.

Delancy llevaba puestos unos pantalones cortos y desteñidos y una camiseta de manga corta. Tenía las piernas llenas de polvo, y se había

recogido el pelo en una cola de caballo. Estaba realmente irreconocible.

Él sonrió, satisfecho. Por fin veía a la verdadera Delancy. No quedaba duda de que había tomado la decisión correcta al ir allí inesperadamente.

—Nunca llegarás a jugar en las grandes ligas, O'Brien —le dijo mientras se aproximaba a ella—. ¿Nadie te ha enseñado a golpear la pelota?

Delancy apenas le prestó atención. No podía creer que ese hombre estuviese allí, viéndola tal y como era.

—No te preocupes —se burló mientras le quitaba el bate—. Te enseñaré y pronto serás una profesional. Anda, hijo… Sostén esto —añadió mientras se aflojaba el nudo de la corbata.

El pequeño Davie García corrió hacia él. Delancy trató de calmarse mientras Stuart se quitaba la corbata y se desabrochaba la camisa.

—¡Ahora, tigre! —exclamó—. ¡Lánzala!

Jamie arrojó la bola con todas sus fuerzas, se elevó y cayó justo en el bate, que la devolvió rápidamente. Jamie y los otros niños comenzaron a perseguirla. Esta vez, cuando Stuart miró de nuevo a Delancy, ésta estaba preparada para enfrentarse a él, que volvió a examinarla de pies a cabeza con detenimiento. Ella levantó la cabeza tratando de controlar su ira y esperando a que reaccionara para atacarlo.

—Vaya, vaya… —se limitó a decir él, con una indiferencia que molestó profundamente a la joven.

—¡Vuélvalo a hacer, señor! —gritó Jamie al regresar con la pelota —. No ha corrido alrededor del cuadrilátero y tiene que hacerlo.

Correr era lo que Delancy deseaba hacer, pero al ver los rostros alegres de los niños, no tuvo valor para impedir que siguieran jugando con ese hombre. Se dividieron en dos equipos, ella con Jaime, y Paco y Stuart con los otros tres; en ese momento, Delancy se percató de que no podía concentrarse.

—¡Ten cuidado, Dee! ¡Ahí va la bola! ¡Caramba, has fallado de nuevo!

—Lo siento, Jamie. No fallaré en la siguiente —se disculpó.

Una hora después, y viendo que ni el entusiasmo ni la paciencia de Stuart parecían disminuir, Delancy se sintió aún más confundida. ¿A qué había ido? Y lo que es más… ¿Por qué se había quedado? Si lo había hecho para verla sin maquillaje ni disfraces, ya la había visto, ¿por qué no se marchaba?

La señora García los había estado mirando durante un rato y luego los invitó a todos a cenar.

—Tacos, enchiladas, cervezas y refrescos, ¿qué les parece?

—Maravilloso, señora García —Stuart sonrió y se limpió el sudor

de la frente con la manga de la camisa—. Gracias. ¿Te parece bien, Delancy?

—Sí… Por supuesto —titubeó Delancy, sorprendida de que él esperara que ella decidiese por los dos. Habría deseado decir *«no»*, pero todos la miraban entusiasmados y tuvo que aceptar—. Se lo agradezco señora García. Jamie y yo tomaremos una ducha y luego bajaré a ayudarla.

—No te preocupes. Tengo casi todo preparado. Señor Thorne, si gusta puede ducharse en mi baño. Mis hijos le han puesto perdido de polvo.

—Ha sido esa última carrera. Aceptaré con gusto ese baño.

Delancy aprovechó para observarle mientras él estaba distraído, hablando con la señora García. Estaba despeinado, sus pantalones y zapatos llenos de polvo, y la camisa húmeda por el sudor. A pesar de estar tan desarreglado como ella, parecía mucho más atractivo que cuando llevaba puesto su traje impecable.

Delancy en ese momento tiró de Jamie para subir a su apartamento mientras la señora García desaparecía dentro del suyo para preparar el baño de sus hijos. Stuart la detuvo en el primer escalón agarrándola del brazo.

—Espera un momento, Delancy.

—¿Qué sucede?

Levantó la cabeza y enderezó los hombros. Aunque sabía que tenía muy mal aspecto, su orgullo le obligó a enfrentarse a él.

—Ya no estás enfadada conmigo, ¿verdad? Me refiero a lo de la semana pasada

—sonreía con dulzura—. Espero que no, porque así será más fácil disculparme.

—No tienes que disculparte conmigo, Stuart.

—Debo disculparme por abandonarte en la recepción y por haber discutido después.

—No tiene importancia; en realidad juzgué con demasiada severidad a tus amistades.

—Tienes razón respecto a algunos —hizo un gesto de impaciencia —. No sé ni por qué los defendí. Seguramente porque no estoy acostumbrado a que una chica me diga todo lo que merezco oír.

Sonriendo, Delancy se retiró un mechón de pelo que le caía por la frente.

—¿A qué has venido hoy, Stuart? Para serte franca, después de la semana pasada, no esperaba volver a verte.

—Sinceramente, no esperaba regresar; sin embargo he pasado la mayor parte del tiempo pensando más en ti que en mi trabajo, así que aquí estoy. ¿Estás contenta de verme?

—Sí, Stuart, estoy feliz de que hayas vuelto… —suspiró y bajó la

vista.

—Ahora que he visto a la verdadera Delancy, espero que no vuelvas a disfrazarte.

Le cogió una mano y la acarició suavemente.

—Tengo la impresión de que ya no tendrá ningún propósito hacerlo.

—Así es, te reconocería detrás de cualquier disfraz. No tardes mucho, por favor.

Delancy sentía que flotaba al subir las escaleras. Obligó a Jamie a que se duchara enseguida y luego ella se bañó, y se puso unos pantalones vaqueros y una camiseta color durazno. Era una cena familiar y no debía llevar algo demasiado formal.

Su pelo recién lavado y secado lo dejó suelto, y no se aplicó ni siquiera una capa suave de maquillaje. Aunque le daba la impresión de estar desnuda sin pintarse, decidió aparecer tan natural como le era posible. Debía comprobar si el mensaje que había creído leer en los ojos de Stuart era verdadero, tenía que asegurarse de lo que en realidad él sentía por ella.

La cena resultó muy divertida. Platos de diferentes especialidades mexicano-californianas llenaban la mesa del comedor de la señora García. Los niños reían inquietos en sus asientos disfrutando del banquete. Delancy, sentada en la cabecera junto a Stuart, era consciente del roce ocasional de su muslo contra el de él.

Él hablaba en español, haciendo carcajear a los niños. Mientras discutían acerca de quiénes eran los mejores bateadores en la Serie Mundial y cuál era el mejor equipo, desapareció toda la comida. Al final, cuando todo mundo estaba más que satisfecho, la señora García sólo permitió que Delancy le ayudara a llevar los platos sucios a la cocina. Después, les sugirió a ella y a Stuart que diesen un paseo antes de que la joven tuviera que partir a su trabajo.

—Magnífica sugerencia, señora García —Stuart cogió la mano de Delancy—.

Anda, vamos a dar un paseo.

Después de que Jamie se dispuso a hacer los deberes con Juanito, Delancy y Stuart salieron juntos de la casa.

—No recuerdo cuándo fue la última vez que salí a pasear sin rumbo y sin motivo; creo que desde cuando era niño en Detroit.

—En tu mundo los Ferrari y los Porche reemplazan a las piernas, ¿verdad? —

bromeó la chica.

—Quisiera que no insistieras en situarme en otro mundo distinto del tuyo, como si fuese de otro planeta.

Se detuvieron frente a un muro de ladrillo y se apoyaron, respirando aire fresco. Segundos después, Delancy se volvió hacia él y

le miró fijamente.

—Es que habitas en otro mundo, Stuart —afirmó—. Hoy has salido de allí y quizás te hayas divertido, pero tendrás que regresar.

—Tus palabras me recuerdan la historia de Cenicienta, pero con los papeles al revés —bromeó—. ¿Vendrás a buscarme con un zapato?

—Tú haces con frecuencia referencias a los cuentos, ¿verdad? Quizá sea porque vives en un mundo de ficción. Yo no puedo vivir así.

—¿Cómo puedes afirmar eso, Delancy, cuando diariamente ocultas tu verdadera personalidad tras diferentes caras?

—Es mi trabajo —replicó ella ruborizándose—. La mayoría de las mujeres se maquillan para cambiar en algo su apariencia. No soy tan original.

—No se trata sólo del maquillaje. Si no te hubiese sorprendido como lo he hecho, presiento que nunca habría conocido esa faceta de tu personalidad que he descubierto hoy.

—Tienes razón —admitió la joven—, nunca me habrías visto… Así.

—¿Por qué, Delancy?

—Supongo que por vanidad; soy una persona bastante común, ya te lo he dicho.

Intentó agarrar la cadena en su cuello, pero él entrelazó los dedos con los suyos.

—No, esa no es la razón, Delancy. He conocido demasiadas personas vanidosas como para no darme cuenta de la diferencia.

—Soy lo bastante vanidosa como para haber querido huir cuando apareciste esta tarde.

—¿Lo dices en serio? —la cogió de la barbilla para que ella no bajara la cabeza

—. ¿Crees que eres una persona común y corriente? ¡No te imaginas la personalidad que tienes!

—Teniendo en cuenta todas las mujeres que conoces en Hollywood, me cuesta trabajo creer que eres sincero —declaró ella, pensando en la fotografía de Stuart y Cara Chasen.

—En ese caso tendré que convencerte…

Puso el dedo en sus labios como para hacerle callar. La miró fijamente y luego acarició su pelo con la palma de su mano.

—Ahora que empieza a oscurecer —empezó a decir ignorando sus suspiros—, tu pelo parece mucho más brillante… Tus ojos me miran incrédulos y tienen la transparencia del cristal; apenas puedo distinguir su color aunque sé que son azules.

Se quedó en silencio durante unos instantes y luego añadió:

—En fin… Si quisiera describirte en pocas palabras, diría que tienes un tipo de belleza que no es normal, sino muy extraño y especial. Tu boca… —le acarició los labios delicadamente y ella contuvo el aliento—. Es fresca y seductora, y tiemblo cuando la

acaricio. Quiero averiguar si puedo despertar en ella un fuego que sea capaz de arder.

Colocó su mano en la nuca de ella y se inclinó para besarla.

Delancy se quedó inmóvil, absorta en asimilar el ardiente y erótico placer que le producía ese hombre al explorar el interior de su boca. Instintivamente respondió a la creciente tensión de su cuerpo, tan cercano al de ella y lo estrechó con fuerza. En ese momento sintió un profundo fuego en sus entrañas.

—Stuart… —murmuró revelando un urgente deseo.

—Delancy —había una nota de advertencia en su voz—. No quiero llegar más lejos, sin embargo no podré controlarme si tu…

—No digas más, Stuart… —susurró ella—. Bésame, bésame.

Con un gemido ahogado él oprimió sus labios. Cuando al fin él levantó la cabeza ella protestó en silencio clavando los dedos en sus hombros, todavía con los ojos cerrados.

—Basta Delancy —se separó de ella con firmeza—. Eres un paquete lleno de sorpresas y no sé qué vamos a hacer si los dos seguimos reaccionando de este modo.

—Yo tampoco, Stuart —respondió ella después de un momento—. Yo misma estoy sorprendida y ni siquiera sé si hay que hacer algo al respecto.

—Piensa bien lo que quieres, Delancy. ¿Deseas que me vaya y no regrese jamás?

—No. Yo… Yo quisiera volver a verte, Stuart —balbuceó con timidez; no toleraría dejar de verle para siempre.

—Muy bien —declaró él—, ahora lo único que falta por hacer es encontrar tiempo libre; tú trabajas casi todas las noches, y yo tengo ya compromisos para el resto de la semana. ¿Qué te parece el domingo? Así podríamos estar juntos todo el día.

—Eso me gustaría… —pero se detuvo desalentada—. ¡Oh, no, no puedo!

—¿Por qué no?

—He prometido llevar a los niños al zoológico este domingo. No puedo desilusionarlos.

—¿Los llevarás a todos? ¿Tú sola?

—La señora García cuida a Jamie toda la semana y me gustaría que descansara al menos un día —al verle fruncir el ceño, añadió apresurada—: ¿Y por qué no me acompañas tú?

—Magnífica idea —respondió él, sorprendido—, Y sugiero que invitemos a Casey también.

—¿Casey?

—Uno de mis socios capaz de manejar cualquier situación complicada; y aun así será un problema tenerte sólo para mí.

Deslizó el brazo por sus hombros y se dirigieron de regreso a la

casa.

—¿Lo dices en serio, Stuart? ¿Te agradaría acompañarnos al zoológico?

—¿Por qué no? —replicó sonriendo—. Tú me acompañaste a mi *«zoológico»* la semana pasada, es justo que yo vaya al tuyo.

En ese momento se encendieron las luces de la calle, y Delancy notó el gesto de satisfacción y arrogante confianza que se reflejaba en el rostro masculino. Entonces se preguntó si llegaría a comprenderle, si alguna vez podría estar segura de él, a pesar de que nadie le había hablado con tanta ternura. ¿No le había dicho Penny cuando cumplió dieciséis años que el que no arriesga algo, nunca consigue nada? *«Sé valiente, cariño, pero usa tu juicio»*. Delancy nunca podría olvidar ese consejo.

Capítulo 6

—¡No puedo creer que me haya dejado convencer, Stuart! —dijo Casey, mientras ataba las zapatillas de Tonia García por cuarta vez—. ¡Cinco niños, por amor de Dios!

Stuart sólo sonrió y volvió a mirar a Delancy, que señalaba el pequeño hipopótamo que aparecía en la superficie de la piscina en la sección africana del zoológico de Los Ángeles. La joven llevaba puesto un vestido de algodón verde, y estaba realmente atractiva.

—Esta experiencia puede servirnos de algo, Casey; quizá filmemos una película aquí para niños —señaló, distraído.

—Me parece que el exceso de trabajo te está volviendo loco, a no ser que esta chica te esté haciendo pensar en sentar la cabeza. ¿No se te ha ocurrido pensar que puede conseguir engatusarte?

—¿De qué estás hablando? —preguntó él con irritación.

—¿Recuerdas aquella ocasión cuando Cara nos invitó en su casa a una cena que juró había preparado ella misma? Me arrepiento no haberte enseñado las cajas del restaurante que vi en su cocina mientras vosotros os besabais en la sala.

—Delancy es muy diferente a Cara —exclamó Stuart enfadado—. Ella no tiene nada que ver con mi negocio ni estamos planeando casarnos. Además no te he pedido ningún consejo, lo único que quiero es que cuides a los niños un rato para que yo pueda estar a solas con ella, y quisiera que te ocuparas de eso ahora mismo.

—Lo que tú quieras… —suspiró Casey—. Sólo te advierto que si alguno vuelve a derramar algo en mis pantalones, tendrás que comprarme unos nuevos, no creas que me conformaré con que pagues la tintorería.

Recorrieron las diferentes secciones del zoológico, dividido según los continentes de los cuales provenían los animales. Los sinuosos senderos y los bancos situados bajo la sombra de grandes árboles creaban un maravilloso ambiente en casi los setenta acres del zoológico, donde los animales habitaban en lugares naturales.

Los niños iban y venían hablando y gritando, y era Casey quien les prestaba atención, pues Stuart y Delancy caminaban rezagados del grupo. Ella no podía sentirse más feliz al ver a Stuart tan alegre y tranquilo en su compañía.

Al llegar frente a los osos polares la pareja se sentó en un banco, mientras Casey y los niños se entretenían mirando a uno de los osos refrescarse en el agua.

—Casey tiene sentido del humor, ¿no crees? —comentó la joven—. Y creo que es más amigo tuyo que socio.

—Así es —respondió Stuart, mientras pasaba el brazo por el respaldo del banco para luego empezar a juguetear con la cinta que ella llevaba en el pelo.

—Tiene una paciencia asombrosa con los niños para ser un hombre tan joven —

prosiguió ella—. ¿Desde cuándo sois socios?

—Fuimos amigos y contrincantes en los partidos de tenis de la universidad.

Cuando nos graduamos él se dedicó al tenis como profesional hasta que se cansó de viajar. Le convencí para que trabajara conmigo cuando empecé a filmar *Un Verano Fresco y Dulce.*

—Apuesto a que no se ha vuelto a aburrir. ¿No le molesta tener que cuidar a estos niños?

—Después de tener que vigilar a más de cincuenta adolescentes cuando filmamos *Verano*, cinco criaturas no son nada —sonrió al ver a Casey levantar a Tonia en brazos para que pudiese ver mejor—. Nadie diría que es un soltero empedernido.

—En eso os parecéis los dos; tú tampoco te has casado.

—Esa es una experiencia que he preferido evitar hasta ahora.

—Chet me comentó que ibas a casarte con Cara Chasen —dijo ella, bajando la vista.

—Sí —replicó él después de titubear un momento—. Pero por fortuna se ha cancelado la boda.

—Cara se convirtió en una estrella a raíz de tu película, ¿no es así?

Delancy le miraba intrigada, deseando saber qué había pasado entre ambos.

—La conocí cuando estudiaba arte dramático y buscaba desesperadamente que le ofrecieran un papel. Sabía que era ambiciosa, como yo; sólo que el matrimonio no figuraba en sus proyectos artísticos.

—¿Qué sucedió? —insistió la joven.

—Tenía preparado un guión que era un poco arriesgado comercialmente, y el papel principal era perfecto para Cara. La crítica y el público se entusiasmaron con su debut en *Verano*, y todo el equipo decidió volver a combinar nuestros talentos en su nueva película.

—¿Y entonces qué…?

—Lo teníamos todo listo y Cara se retractó a última hora.

—No lo entiendo.

—Recibió una oferta mejor según su opinión, y aunque iba envuelta en las sábanas del productor, decidió aceptarla. Así terminó también nuestro compromiso.

—¿No había firmado un contrato?

—Cometí el error de dejar que lo redactara su abogado, y tenía

una serie de cláusulas que la protegían; es irónico, sin embargo no me afectó tanto personal como profesionalmente.

—Sigo sin comprender, Stuart —Delancy puso la mano sobre la de él—. Si no confías en ella, ¿cómo es que la contrataste para tu nueva película?

—Esta vez Cara descubrirá que los términos del contrato no son los que ella esperaba; para empezar no puede romper el contrato.

Entrelazó los dedos entre los de la chica, con una mirada de satisfacción.

—¡Delancy! —Jamie se acercó a ellos corriendo—. ¡Tengo hambre! ¡Vamos a comer!

—¡Claro que sí! —respondió ella después de mirar su reloj, y de comprobar lo rápido que había pasado el tiempo.

—¿Podemos comprar perritos calientes? —preguntó Tonia tirando del pantalón de Stuart.

—Por supuesto, pequeña —Stuart se puso de pie y en un rápido movimiento cogió a la niña y la puso en sus hombros—. Con mostaza y todo lo que deseéis.

—No podrás volverte atrás —dijo Delancy mientras caminaban por el sendero llamado *Gorilla Lane*—. No es posible bromear con cinco niños cuando tienen hambre.

—No te preocupes, ya he luchado bastante con mis sobrinos y sobrinas, no se te olvide.

Ella levantó la vista hacia Tonia, que reía fascinada mientras se aferraba a la cabeza de Stuart, y sonrió, iluminándose su rostro completamente.

—Es sorprendente cómo te quieren los niños. La señora García nunca se queja, pero yo sé lo difícil que ha sido criar a sus hijos sin la ayuda de un padre.

—Son buenos chicos. Jamie también puedes estar orgullosa de lo que has hecho por él.

—Gracias, Stuart. A veces me desanimo y me preocupo porque Chet no muestra ningún interés por su hijo.

—No debería ser así. Jamie es su hijo, Delancy, tú debes preocuparte por ti misma.

Llegaron a la zona de los restaurantes y no tardaron en pedir mesa en uno.

Stuart sentó a los niños frente a una piscina. Casey se acomodó al lado de ellos, y fijó la vista en Delancy mientras mordía un perrito caliente. Ella le sonrió al mismo tiempo que se ataba la cinta del pelo.

—Me ha contado Stuart que los dos jugabais al tenis en la universidad —dijo ella, en un intento de romper el incómodo silencio que se había producido.

—No creo que pueda decirse que Stuart jugaba al tenis —replicó

Casey con un gesto burlón.

—¿Qué estás diciendo? No me ganaste nunca.

—Tienes razón, perdí una vez, y nunca dejaste de recordármelo —Casey miró a Delancy, con expresión triste—. Por eso me contrató, para desquitarse.

La siguiente media hora transcurrió con rapidez. Delancy pensó que la señora García se agobiaría demasiado si le dejaba a todos los niños para salir ella con Stuart como habían planeado.

—Stuart —le llamó la joven cuando él regresaba con otro paquete de servilletas.

—Un momento, Delancy. Tomad niños, y esta vez tratad de no mancharos de mostaza. Casey, ayuda a Juanito, por favor.

—Parece que estáis filmando una película —comentó Delancy sonriendo, cuando él le prestó atención—. ¿No te ponen nervioso?

—No, mucho —se sentó a su lado y fijó la vista en su boca. Delancy contuvo la respiración al verle inclinarse hacia ella—. También tú necesitas que te cuiden…

Le limpió los labios con una servilleta. Delancy quedó inmóvil mientras él la miraba con ternura.

—Oye, Stu… —Casey les interrumpió en ese momento—. Siento interrumpiros, pero hay un tipo tomando fotografías, y no son de los animales.

—¿Qué?

Ambos miraron a su alrededor. A un metro de distancia aproximadamente, el hombre enfocó hacia ellos y tomó otra fotografía. Era la cámara de un profesional.

—¡Parini! —exclamó Stuart y frunciendo el ceño, se dirigió apresuradamente hacia el hombre.

Delancy les vio discutir y gesticular enfadados.

—¿Quién es? —le preguntó la joven a Casey.

—Parini es un conocido fotógrafo que suele dedicarse a captar situaciones comprometedoras. En fin, es posible que nos dé publicidad para nuestra próxima película.

—No hay nada pecaminoso en comer perritos calientes —protestó la chica.

—Depende de lo que haya conseguido fotografiar.

—¡Oh, no! —musitó ella, al recordar la tierna mirada de Stuart.

—No te preocupes, Stuart se encargará de Parini.

Pero él regresó refunfuñando mientras el fotógrafo trataba de cambiar el carrete.

—¡Es el colmo! —exclamó Stuart, pasándose los dedos por el pelo en un gesto de frustración—. Le he pedido que me los vendiera y se ha limitado a reír.

—Claro —señaló Casey—. Tendrá buenos clientes para esas fotos.

No comprendo qué está haciendo en el zoológico, nadie sabe que estamos aquí.

—Alguien se habrá enterado y se lo habrá dicho —declaró Stuart, arrugando de nuevo el ceño—. Creo que lo único que podemos hacer es regresar a casa y dar por terminada la mañana. No puedo impedirle que siga tomando fotos nuestras. Aunque podemos quedarnos e ignorarle.

Aunque no era lo más juicioso, Delancy se dejó convencer por los chicos y cuando terminaron de comer, siguieron el paseo. Parini se mantuvo a cierta distancia, pero siguió tomándoles fotos, lo cual puso a todos cada vez más nerviosos.

Ella estaba tan preocupada, que saltó cuando Stuart le puso la mano en la espalda en el momento en que pasaban frente a la jaula de las águilas y otras gigantescas aves. A su alrededor había muchas plantas, y todos se sentían como si estuvieran en un bosque tropical.

—Creo que es el momento de perderle de vista… —susurró él a su oído—. Nos está esperando en el otro extremo, pero dejaremos que Casey persiga a los niños mientras nosotros regresamos por donde hemos venido. ¿Qué te parece? ¿Jugamos al escondite?

—Sí —respondió la chica, después de ver que los niños estaban observando entusiasmados los animales acuáticos—. Espero que no le importe a Casey encargarse de los cinco; pronto se cansarán y querrán irse. ¿Podríamos quedar en el aparcamiento dentro de una hora?

Stuart se acercó a Casey y le informó del cambio de planes. Pronto retrocedieron hasta el área principal del zoológico. Como estaba prohibido correr para no asustar a los animales esperaron hasta que vieron a Parini y a que él los viese; entonces Stuart cogió a Delancy de la mano y la condujo por la sección de animales de Sudamérica.

—Ya basta —exclamó la joven exhausta, cuarenta y cinco minutos después, mientras se escondían detrás de un puesto de comida al ver a Parini dar la vuelta hacia el Paseo de los Elefantes en la sección africana—. Tenemos que darnos por vencidos; ese hombre tiene sangre de perro cazador. Creí que lo habíamos perdido allá atrás donde están los orangutanes. ¿Stuart? ¡Te estás riendo!

—Querida… —murmuró él después de comprobar que estaban solos—. No he tenido una cita más emocionante desde que tenía dieciséis años. Mis planes de que estuviésemos solos han fracasado, y necesito que me des un beso para compensarme.

—No creo que sea prudente… Es un lugar público…

Le hizo callar posando sus labios en los de ella, y Delancy fue perdiendo conciencia del tiempo y del lugar. Le abrazó con fuerza y respondió besándole apasionadamente, hasta que un ruido les hizo levantar la cabeza.

—Formidable, Thorne, sólo un minuto más… —Delancy vio a

Parini a un metro de distancia con un gesto triunfal mientras preparaba su cámara para otra toma.

Stuart se acercó a grandes zancadas y el hombre dio unos pasos hacia atrás—. Un momento, no te enfades, hombre. Ya me voy —al alejarse añadió—: Magníficas tomas, Thorny… Gracias. ¡Ya las verás impresas!

—¡Maldición! —exclamó Stuart tan pronto se fue el fotógrafo—. Lo siento, Delancy.

—No importa.

La joven trató de sonreír aunque se sentía muy avergonzada.

—No permitas que este incidente te afecte; estábamos tan contentos hasta que Parini apareció…

—Lo sé, Stuart; de todas formas ya es tarde y los niños deben estar cansados.

—Vámonos entonces, ya hablaremos esta noche.

Delancy casi no habló durante el camino al aparcamiento. Le preocupaba que hablaran de los niños en los periódicos, y sentía que todo había sido culpa suya por no prever ese tipo de problema. Cuando localizaron el coche, Casey ya los esperaba con la puerta abierta.

—Por fin, me alegro de que ya estéis de vuelta —dijo acercándose —. Siento decirte que Jamie se ha caído, y aunque le he llevado a Primeros Auxilios para que lo curaran, no se siente muy bien.

—¡Jamie! ¿Qué te ha pasado?

La chica entró deprisa en el coche.

El niño tenía los ojos llenos de lágrimas, y le mostró un rasguño en la nariz y otro en el codo. Además, tenía la camisa llena de sangre.

—Me han tumbado unos grandullones que iban corriendo —le explicó—. Me ha sangrado la nariz y también el brazo, por eso está sucia mi ropa.

—No te preocupes por la camisa, cariño —Delancy lo cogió en brazos para tranquilizarlo y luego le dijo a Stuart—: Será mejor que vayamos a casa y descansemos un poco.

—Como quieras —Stuart hizo un gesto de desagrado—. Al parecer todos nos acostaremos temprano. ¿Listos, Casey?

La pareja tuvo sólo un momento para estar solos cuando llegaron a la puerta de su apartamento.

—Espero que comprendas que no puedo dejar a Jamie. Chet no habrá llegado a casa y el niño está muy asustado.

—No puedo decir que no estoy desilusionado, sobretodo porque mañana debo volar a Nueva York y no sé cuándo estaré de regreso.

—¡Oh…!

La joven le miró, desalentada. ¿Por qué no se lo había dicho antes?

—Te llamaré desde Nueva York, a tu casa o al Club, depende de la

hora —y luego añadió en tono más íntimo—: No me olvidaré de la cita de esta noche, me la debes cuando vuelva. ¿Me esperarás?

—No tengo planes de irme de aquí, Stuart —Delancy tuvo que contener el impulso de echarse en sus brazos y rogarle que no se fuera —. Será mejor que nos despidamos.

—Como quieras —respondió él titubeando, porque percibía que ella le ocultaba algo que la preocupaba—. No quiero que te preocupes por las fotos que ha tomado Parini; aparecerán un día y luego la gente ya no se acordará de ellas.

—Eso espero. No estoy acostumbrada a ser el blanco de los chismes de Hollywood.

—Te creo, aunque no es lo que uno espera con una actriz.

—Yo no pretendo serlo; trabajo con Chet por obligación, y no me interesa la publicidad.

—¿Delancy?

Jamie la llamó desde su habitación.

—Tengo que entrar, Stuart, yo…

—Buenas noches, Delancy.

La besó apasionadamente y ella tuvo que hacer un esfuerzo para recuperar el equilibrio. Él permaneció besándola hasta que decidió entrar al dormitorio de Jamie.

Pronto descubrió que ella no era la única interesada en la naturaleza de sus relaciones con Stuart. Gina Belden era tan abierta en sus comentarios y especulaciones como Chet; llegó a obligarla a admitir que no habían hecho aún el amor.

—Caramba, Delancy, si yo tuviese esa oportunidad, no la dejaría escapar. El tipo es el hombre más sensual que he conocido.

—Gina, sólo nos hemos visto unas cuantas veces, y en dos ocasiones la velada terminó con una sería discusión.

—Te ha telefoneado todas las noches; es obvio que está muy interesado en ti.

¿Quieres hacerme creer que le ignoras?

—¿Piensas que no es posible que una mujer pueda arrepentirse de tener un corto romance con tipos como Stuart? —preguntó ansiosa Delancy—. ¿Te arriesgarías tú a eso?

—¿Y me lo preguntas? Yo acepto salir con un contable sólo porque está relacionado con gente del mundo del cine.

—No me refiero a aprovecharme de su renombre para abrirme camino como actriz; suponte que en realidad te enamoras y él te rechaza… ¿No sería peor que no haberte dado la oportunidad de conocerle?

—Creo que tú ya estás enamorada —replicó Gina con ironía—. ¿De qué te servirá resistirte?

—Seré franca, Gina… —la joven suspiró—. En ocasiones daría

cualquier cosa por estar en sus brazos, y otras veces me pregunto si lo que siento es sólo atracción física. ¡No puedo entregarme a un hombre por eso!

—¿Por qué no?

Gina frunció el ceño con escepticismo.

—No soy de ese tipo de persona —declaró haciendo un gesto de resignación—.

No obstante tengo que admitir que cuando estoy a su lado, no estoy en mi sano juicio como para decidir qué es lo más conveniente.

—Tienes veintisiete años, ¿no es así?

—Sí, pero qué tiene que ver…

—Es la edad ideal para que tus hormonas empiecen a quejarse, querida. Hasta ahora no has tenido relaciones con ningún hombre —la pelirroja movió la cabeza al ver que Delancy se ruborizaba—. No puedes seguir reprimiendo tus deseos, te aconsejo que te liberes y disfrutes de la vida. Deja de preocuparte de las posibles consecuencias. Sólo se es joven una vez, ¿qué te importa todo lo demás?

Pensando después sobre su conversación con Gina, Delancy concluyó que sus consejos no la habían ayudado demasiado, pero debía sentirse agradecida por ellos.

Las fotos que Parini había tomado en el zoológico aparecieron publicadas en un semanario nacional que se especializaba en ese tipo de publicidad. Uno de los encabezamientos decía: *«Stuart Thorne, el codiciado soltero, comparte con una misteriosa rubia algo más que la admiración por los animales.»* Después, más abajo, decía que Cara Chasen no había querido hacer comentarios a sus preguntas sobre la supuesta reanudación de su romance con el brillante y joven director-productor.

—Quisiera disculparme por todo esto, señora García —le suplicó al ver el periódico extendido en la mesa de la cocina.

—No te preocupes —la señora sonrió, y señaló la foto de Tonia montada en los hombros de Stuart—. Mi hija está muy guapa aquí y ese hombre puede ser un buen padre y un buen esposo. Yo que tú no le dejaría escapar…

—Ni es mío, ni estoy tratando de conquistarlo.

—Me fijé muy bien en cómo te miraba aquella tarde, Delancy; estoy segura de que pronto asistiremos a una boda.

—Stuart no está pensando en casarse —le aseguró la joven—. Tuvo una mala experiencia cuando se comprometió. Los hombres no están tan ansiosos por casarse en estos tiempos, y de hecho, las mujeres tampoco.

—No lo creas. Puede que los hombres estén convencidos de que no quieren casarse hasta que encuentran a la mujer de sus sueños y empiezan a considerar que están perdiendo mucho en la vida —la

mujer señaló la foto donde Delancy y Stuart se estaban besando—. No pienses demasiado las cosas, querida. Los años pasan pronto, y luego ya es tarde. Si yo hubiese esperado tanto, nunca habría tenido a mi Juan, ni a mis hijos para consuelo ahora que él ha muerto.

El día anterior a su regreso, Stuart telefoneó a Delancy a su casa.

—¿Te ha causado muchos problemas las fotografías que Parini ha publicado?

—Al contrario; nunca hemos tenido mayor éxito en el Club, ahora incluso hay gente de pie. Chet está fascinado y Patrick nos ha subido el sueldo.

—Pero tú no pareces muy emocionada.

—Si la señora García no ha protestado porque sus hijos hayan salido en el periódico, no sería justo que yo me quejara.

—¿Estás segura?

—Claro que sí.

Delancy había decidido no decirle nada sobre los comentarios de algunos clientes del Club, aunque le dolía profundamente oír que la llamaban *«la última de Thorne»*, como si formara parte de una larga lista que aún estaba por completar.

—Delancy, regresaré a la costa occidental mañana. ¿Quieres reservar la noche del lunes para mí? Me apetecería llevarte a cenar y a pasar una velada inolvidable.

—¿En serio? —la joven quedó impresionada al oír el tono íntimo de su voz—.

¿En qué estás pensando?

—Si te refieres a la cena —respondió después de una pausa—, podríamos ir a…

Mencionó un restaurante conocido por su decoración de los años treinta y su excelente cocina. Luego añadió provocativamente:

—Si lo que te interesa saber es lo que tengo pensado para después, prefiero esperarme y discutirlo contigo personalmente.

—Hmmm… ¡Qué emocionante! ¿Crees que debo vestirme al estilo de la gente de aquella época? ¿Como la Lombard o la Harlow?

—Serías capaz —dijo, riendo a carcajadas—. Ni se te ocurra, tengo bastante con lidiar con Delancy O'Brien, gracias.

—Veremos de qué humor estoy el lunes por la noche.

—No vamos a permitir que nada ni nadie nos estropee la noche, Delancy. Ya hemos perdido demasiado tiempo, y yo tengo que hacer un gran esfuerzo para concentrarme en los negocios, pues lo único que quiero es estar a tu lado.

—Yo… —la joven perdió el control y dijo—: Yo también te he echado de menos, Stuart.

—¡Maldición…! —gimió él—. Pude haber tomado el último vuelo de ayer por la noche. Mira, será mejor que cuelgue cuanto antes, y por

favor, sigue echándome de menos.

—De acuerdo.

Delancy colgó el auricular y miró deslumbrada a su alrededor, reconociendo que amaba a ese hombre más que a nadie en el mundo, y que no podía hacer nada para remediarlo.

Capítulo 7

Delancy movió el *brandy* en la copa que sostenía, y contempló a Stuart mientras se sentaba en el sillón que había frente a ella dentro de la sala de la mansión que le había prestado su amigo Jake. En el rincón un antiguo reloj marcó las doce.

Había sido una velada especial, tal y como se la había prometido Stuart, desde el momento en que ella abrió la puerta de su apartamento para saludarle. Estaba tan atractivo con el traje gris oscuro y la camisa blanca, que la joven se sonrojó al recordar que en una ocasión había pensado que no era demasiado apuesto. La aprobación en los ojos de él al entrar, le habían hecho pensar que ella también estaba maravillosa, con su elegante vestido rojo de cuello alto y el pelo recogido hacia atrás con unas peinetas doradas.

—Tienes algo de hechicera, Delancy… —había murmurado Stuart, en una mezcla de admiración y deseo.

De no haberse presentado Chet en ese instante, ella estaba segura de que la habría estrechado con fuerza allí mismo.

La cena resultó deliciosa, y después de bailar a un ritmo lento y sensual ella estaba más que dispuesta a aceptar la invitación de Stuart de tomar café y *brandy* en su casa.

—¿En qué estás pensando?

Entristecida porque él no la había besado, miró a su alrededor. Un retrato de Sherlock Holmes que había sobre la chimenea le hizo identificar el escenario de la película en el que se había inspirado el decorador.

—Tu amigo debe ser una personalidad poco común para crear ambientes de otras épocas —señaló, distraída—. Todo en esta casa estimula la imaginación.

—Algunas personas coleccionan sellos o mariposas, él prefiere fantasías.

Stuart bebió un sorbo de *brandy*.

—De alguna manera tú también las coleccionas, ¿o me equivoco? Más bien, tú las creas y luego las compartes con millones de personas.

—Mis películas intentan transmitir un poco de fantasía en la vida de la gente.

Así es la industria del cine, y de hecho, los hombres han intentado reflejar siempre la realidad a través de una u otra forma artística.

—¿Crees que el cine es una forma de arte?

—Quizás no tenga las cualidades perdurables de un Rembrandt o de un Van Gogh, sin embargo, siento que es una forma legítima de arte.

—Estoy ansiosa de ver ya tu nueva película. Creo que será…

—Delancy, ¿por qué estamos perdiendo el tiempo? —ella sintió la garganta seca mientras él le quitaba la copa de su mano temblorosa, y la colocaba en la mesa junto a la suya—. Ven aquí…

La cogió de la mano y sin mayor esfuerzo, la llevó a su asiento y le hizo apoyar la cabeza contra su regazo.

Ella se entregó a sus más íntimos deseos; esto era lo que quería, lo que estaba esperando desde que la había llamado por teléfono la noche anterior. Entrelazó los brazos en su cuello, y suspiró al sentir el contacto de su boca sensual.

—Mi dulce Delancy… —murmuró él poco después de besarla el cuello—.

¿Ahora sí estás segura? No quiero a separarme de ti.

—La primera vez sentí pánico ante mi respuesta a tus caricias, y me sentí muy mal cuando te enfadaste conmigo por ser tan… Tan ingenua.

—No me enfadé contigo sino conmigo mismo por perder el control; aunque sí me extrañó que fueses tan ingenua. ¿No has conocido a muchos hombres, verdad?

—No soy virgen, si es lo que quieres saber. Conocí a un muchacho cuando tenía veinte años, y si crees que ahora soy ingenua, debiste conocerme entonces…

—Parece que no fue una buena experiencia —comentó él al ver la expresión de la joven—. ¿Qué sucedió?

—Creyó que había sido yo quien le había engañado a él.

—¿Qué demonios quieres decir?

—Había aceptado un papel en el teatro de la escuela y allí aparecía como una chica muy sofisticada. Barry era una estrella del deporte y la mayoría de mis amigas estaban locas por él. Me sentí muy halagada cuando me dijo que deseaba salir conmigo, pero cuando me quité el maquillaje terminó el romance, y Barry invitó a la siguiente de la lista.

—¡Qué imbécil! —la acarició con ternura—. Era un pobre diablo que no supo apreciar lo que vales. ¿Es debido a eso por lo que estás convencida de que todos los hombres somos iguales?

—¿No es así?

Sonrió con pesar.

—Yo te haré olvidar todo, Delancy. No tienes por qué tenerme miedo.

—No tengo miedo, Stuart… —murmuró la joven emocionada, acariciando suavemente el rostro masculino.

En ese momento, Stuart le acarició de nuevo el cuello y empezó a desabrocharle el escote del vestido hasta llegar a sus senos.

—Stuart… —gimió ella—. Qué agradable sensación.

—¿Qué llevas puesto debajo del vestido? —preguntó él un poco

tenso.

—Un corpiño —suspiró ella al sentir su pulgar acariciar el pezón rígido de su seno—. Lo he comprado exclusivamente para este vestido.

—Tengo que verlo —terminó de desabrochar todos los botones y ella tembló cuando deslizó el vestido por sus hombros—. Lo has comprado para volverme loco

—su seno quedó al descubierto bajo la transparente prenda roja de encaje—. Delancy, confiesa que me deseas tanto como yo a ti.

—Sí… —logró susurrar—. Te deseo… Mucho. En unos segundos el vestido cayó al suelo y su rostro se volvió del mismo color que el delicado corpiño.

—No es justo que sólo yo esté desnuda —protestó casi sin aliento.

—Eso se soluciona en un minuto —y suspiró mientras intentaba quitarle las delicadas ligas de sus medias—. Tengo que comprar acciones en la compañía que fabrica estas prendas. Deben ganar una fortuna.

—Es cierto que la vendedora me aseguró que eran muy eróticas, y que su efecto era muy rápido —bromeó ella mientras le desabotonaba la camisa.

—Y tenía razón… —gimió Stuart mientras continuaba acariciándola—. ¿Sabes?

Sherlock Holmes se quedaría pasmado si supiera lo que estoy pensando. ¿Qué te parece si cambiamos de ambiente y de fantasías?

—¿Qué es lo que sugieres?

—Hay una habitación que no te enseñé la vez pasada, pensé que te echarías a correr al verla. Ven, vamos —dijo, cogiéndola en sus brazos.

—No tienes que llevarme, iré sola —protestó la joven.

—Es necesario que sea así —replicó él sonriendo, mientras se dirigía por un pasillo y subía dos escalones hasta una puerta de madera labrada—. Quieres abrir, por favor…

—¡Santo cielo! —exclamó ella torciendo el cuello al entrar a la habitación medio iluminada—. Bájame, Stuart, quiero verla bien.

La puso de pie y ella miró admirada a su alrededor. Era como estar dentro de una exótica tienda oriental. Del centro del techo colgaban lujosas cortinas que caían sobre maravillosas alfombras orientales. Estaba iluminada con antiguas lámparas y los únicos muebles eran un par de armarios tallados. Cojines de todos los colores y tamaños estaban apilados, pero lo más admirable era una enorme cama cubierta con sábanas de satén y a ambos extremos dos grandes jarrones moriscos. Una pipa oriental le daba cierto estilo árabe a la habitación.

—Estoy segura de que pertenece al escenario de una película, ¿pero cuál?

Delancy se volvió hacia Stuart, que la observaba con una sonrisa en los labios mientras se despojaba de la camisa.

—¿Has oído hablar de una película llamada *El Sheik*? —preguntó él —. Rodolfo Valentino rapta a la mujer que ama y la lleva a su tienda en el desierto donde le hace el amor.

—¡Ah…!

Delancy apenas le prestaba atención, pues parecía muy ocupada mientras él se desnudaba con ágiles movimientos, pues no dejó de mirarle hasta que se quedó solamente con su prenda interior.

—Como yo lo haré contigo, cariño —dijo acercándose a ella—. Como deseé hacerlo desde el primer momento que te vi, en la escalera de Madge Federsten.

Por un instante sus palabras sonaron discordantes, pero no tuvo oportunidad de averiguar la causa, pues él la cogió en sus brazos y la echó en la cama. El aliento de Stuart la embriagaba más que la copa de *brandy*, y su cuerpo se estrechó contra el de él derribando la última barrera secreta.

Nada de lo que estaba sucediendo en ese momento se parecía a su primera experiencia. Incapaz de hablar, Delancy dejó que sus manos y su cuerpo hablaran por ella, entregándose totalmente al éxtasis del placer.

—Stuart, por favor… —suplicó sofocada.

—Un poco más, querida. Quiero que la entrega sea total.

Y cuando una oleada de calor la invadió, volvió a gritar de placer. Él también se estremeció varias veces, y después de conseguir la plena satisfacción de su deseo, descansó sobre ella.

Sólo la respiración entrecortada rompió el silencio que se produjo entre los dos.

De pronto, Stuart gimió y se movió hacia un lado abrazándola de nuevo.

—Querida, ha sido maravilloso —la miró a la cara y añadió—: ¡Qué pasa! ¿Estás llorando?

—Creo… Creo que tengo derecho a derramar unas lágrimas… Jamás podré olvidar esta experiencia.

Él lanzó una carcajada y colocó la mano en su barbilla para obligarla a enfrentarse a él.

—Fue algo más que memorable —señaló con ternura—. Ha sido…

—¿Algo inexplicable? —se aventuró ella a decir.

—Exacto —dijo él sonriendo—. ¿Y ahora qué sientes?

Experimentaba muchas cosas. Mareo, felicidad… Inmensa felicidad y se sentía completamente relajada, a pesar de que aún tenía los muslos un poco doloridos. Por otro lado, también deseaba confesarle lo que sentía en su corazón, pero lo haría después de que se recuperara de las agradables emociones que la invadían. Bostezó y se

acurrucó en sus brazos.

—Tengo… Sueño —susurró en voz baja.

Él rió de nuevo, acarició su pelo y se estiró para apagar las luces. Luego tiró de las mantas y le dijo:

—Duerme, cariño… Mañana hablaremos.

Unas horas más tarde, Stuart se despertó. Con cuidado apartó la cabeza de Delancy de su brazo, y se levantó para abrir las cortinas orientales y contemplar el jardín a través de una puerta de cristal. Estaba a punto de amanecer, pero Stuart volvió a la cama al lado de Delancy, que continuaba dormida.

Sintió una extraña ternura al contemplarla a la luz del alba. ¿Cómo era posible que ella no se percatara de su propia belleza? Despacio retiró la manta y contempló su cuerpo desnudo. Era todo lo que había imaginado y más. Una sonrisa de placer se dibujó en sus labios al mirarle a la cara. No tenía ya pintura en los labios y las lágrimas le habían corrido el maquillaje.

«Es tan vulnerable…», pensó. *«Tan diferente a todas las otras mujeres…»*. Quería protegerla y amarla, vigilar que nadie pudiese herirla nunca. Aunque no deseaba despertarla sintió un impulso irresistible de acariciar su rostro. Ella emitió un murmullo y luego parpadeó.

—Buenos días, amor mío… —le susurró él al oído.

Desperezándose, ella estiró sus piernas y luego el color iluminó sus mejillas al darse cuenta de que estaba totalmente desnuda. Sus ojos se iluminaron y sonriendo rodeó el cuello masculino.

—Buenos días. ¿No fue un sueño lo de anoche, verdad?

—Podemos repetirlo, si no estás segura.

—Mmm… —ella entrecerró los ojos—. Poco a poco voy recordando. Me siento muy tensa.

—Te ayudaré a relajarte.

—¿Cómo?

Ella abrió bien los ojos.

—Para empezar, nadando antes del desayuno. ¡Anda, arriba!

En unos minutos, Stuart la convenció para que saliera con él al jardín, asegurándole que estaban solos. Sin embargo, ella insistió en que ambos se cubrieran con las sábanas a modo de túnicas.

—Pareces una escultura griega —bromeó ella, cuando él empezó a. rodear la sábana alrededor de su cuerpo.

—¿Por la apostura de mi cuerpo? —preguntó él, bromeando.

—Desde luego —respondió ella, sonriendo.

Luego Delancy empezó a correr, y él la siguió balbuceando amenazas. Él la alcanzó junto a la piscina, y allí la estrechó en sus brazos y la contempló mientras ambos dejaban de reír.

—¡Qué daría por tener una cámara! —confesó—. Eres una mujer

de mil rostros, Delancy; ningún hombre podrá aburrirse contigo —dijo, posando sus labios en los de ella una vez más.

Una hora después entraron en la casa empapados y alegres.

—Ha sido formidable —exclamó Delancy, moviendo la cabeza para después secar su pelo con una de las toallas que le ofreció Stuart.

—Ya me lo has dicho dos veces —bromeó él.

—¡No te burles! —ella le arrojó la toalla—. Me refería a la piscina.

—Quédate aquí conmigo, Delancy… —suplicó él impulsivamente, acercándose a ella.

—Claro que sí, Stuart —la joven parpadeó ante el tono serio de su voz—. Pero tengo que llegar a mi casa antes de que Jamie salga de la escuela esta tarde.

—Quiero decir que te quedes a vivir aquí conmigo.

Delancy se apartó y empezó a secarse apresuradamente. De pronto, toda su euforia se esfumó al enfrentarse de nuevo a la realidad. Stuart le entregó una bata de hombre y ella se la puso antes de responderle:

—No, Stuart. No puedo venir a vivir aquí nada más porque sí.

—¿Qué te lo impide? —ella no se resistió cuando él la rodeó por la cintura y sonrió—: Los dos somos solteros, libres y queremos estar juntos, ¿verdad?

—Yo… Yo no soy libre. Prometí a mi hermana cuidar de Jamie como si fuese mi propio hijo, y yo…

—Y así lo has hecho; ya no es un bebé desvalido y además es responsabilidad de Tanner, no tuya. No puedes entregar tu vida al hijo de otros, piensa en ti, piensa en lo que significa para nosotros poder vivir juntos.

Le acarició la nuca con los labios.

—Suéltame, Stuart, no puedo pensar cuando me acaricias.

—No pienses. Di que vendrás aquí a vivir.

Ella se apoyó en él durante un momento, y luego se alejó sin decir nada, pasó los dedos por su pelo con nerviosismo. Sería maravilloso abrazarle de nuevo y dejarse convencer de que nada podía separarlos jamás, pero ella le había hecho una promesa a Penny, y Jamie la necesitaba. ¿No podía Stuart entender eso?

—¿Delancy? ¿Qué te pasa? ¿No quieres compartir esta casa conmigo?

La chica se inclinó a recoger su ropa que estaba en el suelo, y con voz temblorosa añadió:

—En pocas palabras me pides que tome una seria decisión, sólo para mantener una relación temporal.

—No creo haber dicho que sería temporal —se acercó y la cogió con delicadeza de los hombros—. Aunque pienso que debemos conocernos mejor, darnos un poco de tiempo para convencernos de lo que realmente deseamos.

—Entiendo… —declaró, tratando de controlar el temblor de su voz —. Por lo que a mí respecta, no tiene ningún sentido salirme de casa de un hombre a casa de otro, incluso aunque no me preocupase Jamie. Si me lo permites, quiero vestirme.

Pasó a su lado, pero él la detuvo con brusquedad.

—¿Qué demonios te pasa? —preguntó él mirándola con ira—. Te estás comportando de manera muy extraña considerando lo que ha sucedido entre nosotros.

—Yo no opino lo mismo. Tú me has hecho una proposición y yo la he rechazado. Es posible que no estés acostumbrado a que te digan que no.

—Lo dices como si fuese…

—Como lo que es: Una proposición condenada al fracaso. No pareces comprender que no puedo olvidar mis responsabilidades como si no existiesen.

—No digo que las olvides, sino que las entregues a la persona que debe asumirlas —frunció el ceño—. Empiezo a preguntarme si no estarás usando a Jamie como una excusa para romper nuestra relación.

Delancy hubiese querido discutir en cualquier otro sitio antes que en la habitación donde habían hecho el amor, donde se había entregado totalmente a ese hombre, a pesar de que en ese momento la indiferencia y frialdad de Stuart al decirle que se cambiara a vivir con él, era el mayor desprecio que podía hacerle a ella.

—No creo que esta relación dure mucho tiempo, Stuart —dijo tratando de conservar su compostura—. Anoche fue maravilloso… Sin embargo, pronto tú estarás muy ocupado con tu próxima película y yo tendré que atender a Jamie y ensayar el nuevo guión de Chet.

Stuart no podía creer lo que estaba oyendo. Sentía como si le hubiesen dado un golpe bajo. ¿De qué estaba hablando esa mujer? ¿Para qué tantos pretextos? ¿Acaso deseaba escapar del compromiso que habían creado la noche anterior? ¿Qué demonios estaba pasando? De repente recordó algo que había pensado hacía tiempo, pero que no se había atrevido a preguntarle hasta entonces:

—¿No será que no quieres separarte de Tanner…?

Delancy se volvió a mirarle como si se tratase de un loco, y él prosiguió:

—Me has dicho en alguna ocasión que no existe nada entre vosotros, y sin embargo, te niegas a abandonar su casa y a dejar de trabajar con él.

—¡Chet no tiene nada que ver con mi decisión! —exclamó, reconociendo que en parte lo que acababa de decir no era verdad, ya que seguía con Chet porque éste no le había prometido en ningún momento cuidar de su hijo si ella decidía marcharse de casa.

—Pensándolo bien —prosiguió Stuart con suspicacia—, tengo muchas dudas respecto a ti. A veces creo que estás jugando conmigo.

—Yo no estoy jugando —replicó ella, enfurecida.

—Tienes que admitir que tú y Tanner os habéis hecho famosos gracias a mí.

Cuando Parini nos persiguió por el zoológico parecías molesta, sin embargo no te esforzaste por perderle de vista.

—¡Me das lástima! —exclamó la chica—. Debe ser terrible vivir en un mundo en el que es necesario encontrar razones para todo. Ahora estoy segura de haber actuado correctamente al haber rechazado tu generosa oferta, ¿no crees?

—Posiblemente sí —la miró con ironía—. He conocido un aspecto de tu personalidad que no parece pertenecer a la adorable Delancy que tuve anoche en mis brazos. No sé cómo pude olvidarme de que las mujeres son expertas en ocultar sus verdaderos sentimientos.

—Tú no tienes idea de lo que yo siento, ni entiendes por qué no puedo abandonar a Jamie.

—Comprendo todo muy bien —él estaba pálido a pesar de tener la tez bronceada—. Estás utilizando al niño para permanecer donde quieres… Con Tanner.

Creí que eras diferente, Delancy, que al menos eras sincera. Pero me he equivocado.

No he debido hacerme ilusiones.

—Parece que los dos nos hemos equivocado —admitió ella con voz grave—.

Ahora si me lo permites, quisiera vestirme y regresar a mi casa.

—Llamaré a un taxi —dijo Stuart con cierta indiferencia.

La chica esperó a que él saliera de la habitación y luego empezó a vestirse sintiéndose completamente humillada. Todo había sido tan maravilloso, que apenas pudo contener las lágrimas al pensar en lo que acababa de ocurrir entre ellos.

Sin embargo él no manifestó más que indiferencia veinte minutos después, cuando la acompañó hasta el taxi y dio al conductor la dirección de ella y un billete, a pesar de que Delancy insistió en pagarle con su propio dinero.

Stuart vio alejarse el coche mientras que su ira y frustración se convertían en un molesto sentimiento de culpa. Delancy casi no había podido contener las lágrimas, y él se había dado cuenta de ello, sin embargo, no le había dicho ni una sola palabra de consuelo.

Los reproches de la joven le perseguían obsesivamente; era consciente de que en gran parte, su ira se debía a que Delancy le había rechazado, hiriendo su amor propio. Volvió a la casa pensando que en el fondo, Tanner era el culpable de todo.

¿Acaso no vivía con él porque realmente ella lo deseaba? Le

resultaba difícil creer que permaneciera allí sólo por la responsabilidad de su sobrino.

Cuando se dirigía a su habitación, se detuvo de pronto al ver en el pasillo algo que brillaba. Era un anillo de Delancy. Cerró la mano y comenzó a arrepentirse de todas las acusaciones que le había hecho.

—Iré a verla —dijo en voz baja—. Hablaremos y aclararemos todo…

En ese momento sonó el teléfono y fue apresuradamente a contestar.

—Hola —dijo con evidente nerviosismo.

—Stuart, habla Casey. Malas noticias de Nueva York. Max ha decidido reducir otro cinco por ciento el presupuesto para la película.

—¡Diablos! —gritó pasándose los dedos por el pelo en un gesto de exasperación

—. En ese caso tendremos que modificar el guión.

—Los consejeros financieros del estudio quieren cortar el fragmento de los Appalachian. Opinan que esa parte del guión es demasiado triste.

Stuart intentó tranquilizarse. Debía convencer a los responsables de esa decisión de que lo que pretendían hacer era una locura.

—Hablaré enseguida con Max y sus ayudantes. Salgo ahora mismo para la oficina.

Colgó el auricular maldiciendo de nuevo. Ese día había empezado demasiado mal, al menos para él.

Capítulo 8

Cuando Delancy llegó a su casa, Jamie se había ido a la escuela y Chet estaba sentado en la cocina tomando una taza de café y leyendo el periódico. La llamó al oírla entrar, pero ella lo ignoró y se dirigió a su alcoba. Para estar segura de que la dejaría en paz, echó la llave. Se quitó el vestido y se puso los vaqueros más viejos que tenía y una blusa manchada de pintura.

En un rincón del dormitorio tenía un caballete, y junto a él varias pinturas y pinceles. Sin saber apenas lo que hacía, comenzó a pintar sobre un lienzo. Desde que le regalaron su primera caja de acuarelas cuando tenía siete años, la pintura había sido un escape y un alivio para ella. Aunque ahora era más experta, sus diseños reflejaban las mismas pasiones que sentía de niña frente a un mundo donde al parecer no existía el amor.

Después de una hora dejó el pincel, y con desgana, se dispuso a tomar una ducha con la esperanza de relajarse un poco.

Desde que había llegado a casa no había dejado de pensar en Stuart. ¿Por qué no quería casarse con ella? Él le había asegurado que lo haría después de haber comprobado que los dos estaban convencidos de ello, ¿pero debía creerle? Stuart era una persona práctica que podía vivir perfectamente sin permitir que las emociones le cegasen, y sin embargo, Delancy reconocía que no había actuado bien al desconfiar completamente de ese hombre.

No tenía ninguna duda de que todas sus acusaciones hubiesen sido motivadas por la ira, y debía olvidarse de ellas lo antes posible. Le llamaría por teléfono e intentaría arreglar las cosas entre ellos, si él estaba de acuerdo, por supuesto. Titubeó durante un momento y luego marcó su número, pero fue Casey quien cogió el teléfono.

—¿Quién? ¡Oh, Delancy…! Stuart está hablando por la otra línea. ¿Es muy urgente?

—Necesito hablar con él, Casey. Dile por favor que he llamado y que estaré en casa casi todo el día.

—Cómo no, aunque no sé cuándo estará libre. Tiene muchos asuntos que atender —dijo, colgando el auricular.

Casey no había sido demasiado cortés con ella, sin embargo no le dio importancia. Tratando de no seguir pensando en Stuart, decidió limpiar el apartamento y empezó por recoger sus dibujos.

Llegó Jamie de la escuela, y Stuart no había llamado aún. Después de comer y de fregar los platos, Chet le hizo ensayar un nuevo guión, pero le fue imposible concentrarse.

—¿Qué te pasa, Delancy? —le preguntó su cuñado, enfurecido—.

No prestas atención. Esa frase debes decirla después de que yo cruce el escenario, no antes, si no, no resulta graciosa.

Delancy se frotó la frente y sintió deseos de llorar.

—Vamos a ver… —prosiguió Chet—. ¿Qué te preocupa? Estoy seguro de que no es nuestra presentación.

—Perdóname, Chet. No me encuentro bien.

—Tienes que hacer un esfuerzo; tenemos que mejorar este acto —se acercó a ella—. Estás muy pálida y si pretendes mantener tus relaciones con Thorne tendrás que cuidarte un poco más, porque así no podrás retenerle…

En ese momento, Delancy comenzó a llorar desesperadamente. Chet le ofreció un pañuelo y esperó a que se calmara. Luego le preguntó:

—¿Qué ha sucedido entre vosotros? Es obvio que yo estaba equivocado al suponer que todo iba bien en vuestro romance. ¿Por qué lloras?

—No tiene nada que ver contigo —respondió ella entre sollozos—. Por favor, no sigas haciéndome preguntas.

Le rogó en vano y al fin ella le confesó que Stuart le había pedido que se quedara a vivir con él, y que ella le había rechazado.

—Qué tontería, Delancy —refunfuñó Chet—. Si hubieras sido inteligente habrías podido conseguir de él muchas cosas.

—No quiero nada de él —declaró ella con sequedad—. Tienes un sistema de valores despreciable, Chet. Me pregunto qué demonios vio Penny en ti.

—Me imagino que he esperado demasiado de ti —dijo con resentimiento y luego añadió—: Siendo tan puritana, me sorprende que te haya hecho el amor.

—¡Ya estoy cansada de repetírtelo! —exclamó ella, enfurecida—. Esto es asunto mío, y quiero que me dejes en paz. No tiene ningún sentido seguir discutiendo, él no me ha llamado y eso es un hecho que tengo que aceptar.

—No estoy tan seguro… —replicó él con una mirada calculadora —. Todavía podemos hacer algo. Confía en mí.

Habitual mente Delancy metía a Jamie en su cama y charlaba con el niño antes de irse al club con Chet, a menos que el pequeño se quedase a dormir con la señora García. Cuando dormía en casa, Delancy conectaba un intercomunicador de manera que la señora García podía oír cualquier ruido dentro de la habitación de Jamie. Esa noche Delancy hizo un esfuerzo por reír y bromear con el niño, tratando de ocultar su desesperación.

—¿Verdad que no tendré que usar gafas, Delancy? A veces me duelen un poco los ojos, pero eso no quiere decir que estén mal.

—El oculista no encontró ningún problema con tu vista la última

vez, Jamie.

—Es que Roger se quejaba de que le dolían los ojos y su madre le ha obligado a usar gafas de cristales muy gruesos… Ahora los niños se burlan de él.

Delancy sonrió enternecida.

—No te preocupes —le aseguró la joven, acariciándole la frente—. Si no abusas al leer libros, no te pasará nada. ¿Sabes lo que ha dicho la maestra en la última junta de padres?

—¿Qué?

—Que eres uno de los niños más inteligentes de la clase. Puedes sentirte orgulloso de tu progreso.

Lo besó en la mejilla y añadió:

—Es hora de dormir.

—¿Delancy?

—¿Sí, cariño?

—Te quiero, Lancy —dijo, emocionado—. Más que a nadie en el mundo.

—Yo también, Jamie —respondió ella con ternura, y después de cubrirlo con la manta, abandonó en silencio la habitación.

Una vez fuera, se prometió a sí misma que nunca dejaría al niño al cuidado de Chet, y no sólo porque Penny se lo había pedido, sino también porque le quería como si fuese su propio hijo.

A Delancy ya no le importaba que Stuart no la hubiese llamado, casi se alegraba de ello, pues ahora estaba segura de que le resultaría imposible seguir manteniendo relaciones con ese hombre. Si continuaran viéndose no soportaría la separación.

Quizá Stuart había pensado lo mismo y por eso no había llamado.

—Date prisa, Delancy, o llegaremos tarde —dijo Chet con impaciencia cuando llegó la hora de partir, y sin decir nada, ella recogió sus cosas y salió detrás de él.

Al día siguiente Delancy continuó limpiando la casa. La señora García subió a averiguar por qué hacía tanto ruido, y se quedó a ayudarle a mover los muebles más pesados. Durante un rato la mujer estuvo charlando como de costumbre, pero ante el silencio y las forzadas sonrisas de la joven decidió dejarla sola.

Chet había salido muy temprano y no regresó a mediodía, así que ella preparó su comida y se sentó a comer. Estaba a la mitad de su emparedado cuando sonó el teléfono. Cuando descolgó y oyó la profunda voz de Stuart casi soltó el auricular.

—¿Stuart…? —titubeó un momento—. Creí que ya no me llamarías.

—No sé cómo has podido dudarlo —respondió él, después de un corto silencio.

—No estaba segura. Yo…

—No me gusta discutir por teléfono —la interrumpió él—. ¿Puedes venir a mi oficina?

—Hmmm… Está bien —dijo ella finalmente.

—Mandaré un coche dentro de veinte minutos.

—¿Podrías mandarlo dentro de media hora?

—Muy bien —dijo, colgando enseguida.

¿Era posible que aún pudieran llegar a un acuerdo amistoso? Había tardado un día en llamarla, pero lo importante era que lo había hecho. Entusiasmada y llena de esperanzas ante la perspectiva de volverle a ver, se apresuró a ducharse y a elegir un vestido apropiado.

A medida que se aproximaba al escritorio de la recepcionista en los Estudios Thorne, Delancy sintió un cosquilleo en el estómago. La secretaria la miró fríamente y con actitud despectiva, pero ella trató de ignorar su expresión.

—Soy Delancy O'Brien. Tengo cita con el señor Thorne.

—¡Ah, sí! Señorita O'Brien.

La recepcionista la miró con curiosidad y frunció el ceño ante su sofisticado aspecto.

—El señor Thorne la está esperando —añadió apresurándose a abrirle la puerta.

Delancy entró y fijó la vista en el hombre que estaba parado detrás del escritorio, situado cerca de una ventana.

—Stuart, yo…

Se detuvo al darse cuenta de que alguien estaba a su derecha.

—¡Chet! ¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó, sorprendida.

—Siéntate, por favor, Delancy —dijo Stuart con voz grave—. Ahora que estás aquí podremos acordar los últimos detalles para tu debut en televisión.

—¿Debut en televisión? —la joven se desplomó en una silla—. ¿De qué estás hablando?

—Me he puesto en contacto con Paul Brannon en Nueva York, y él puede presentaros en *La Hora Brannon* dentro de quince días. Me entrevistará y después vosotros dos apareceréis y…

—Un momento, no tiene sentido… —Delancy se sintió completamente decepcionada al notar que Stuart no se alegraba de verla—. ¿Quieres explicarme de qué estáis hablando? Yo creí que querías verme para…

—Stuart ya está enterado de nuestra relación, cariño —intervino Chet—. Ha comprendido todo muy bien, y nos brinda una maravillosa oportunidad. *La Hora Brannon* es el *show* más popular de la noche; y pienso que haremos el acto de Gable y Lombard. Siempre hemos tenido mucho éxito con ése, modestia aparte.

Delancy se percató de que Chet hablaba muy deprisa. ¿Por qué? Frunció el ceño y miró a Stuart que la estaba mirando con expresión

fría. Al cruzarse sus miradas él se volvió hacia Chet, y continuó hablando como si ella no estuviera presente.

—Tenéis que estar en Nueva York un día antes del *show*, Tanner. Alguien ensayará el programa y os dirá si debéis cortar el acto o no, para adaptarlo al tiempo del que vais a disponer. Si Brannon considera que existe la posibilidad de que triunféis en televisión os concederá una entrevista.

Delancy se sentía allí como una verdadera extraña, y no era capaz de prestar atención a lo que Stuart estaba diciendo.

—¿Por qué lo haces, Stuart? —intervino al fin.

—Oye, cariño, es lo que siempre hemos soñado —dijo Chet—. Stuart sabe reconocer el talento y por eso no le importa ofrecernos una oportunidad.

—¿Has hecho todo esto porque consideras que tenemos talento? —preguntó la chica, mirando a Stuart con incredulidad.

Stuart se sentó frente al escritorio, la miró con frialdad y luego dijo brevemente:

—Tienes talento, no me cabe duda. Sobretodo cuando actúas en privado, no necesitas volver a demostrármelo, he visto suficiente.

—¿Qué quieres decir?

Delancy no sabía cómo defenderse.

—Deja de actuar, Delancy. No me gustan tus métodos, sin embargo acostumbro a pagar siempre por los servicios. Incluso cuando no resultan tal y como yo esperaba.

—Creo que me debes una explicación —logró musitar la joven, tratando de controlar su humillación.

—Como te he dicho, tienes talento. Me engañaste al fingir no conocer a Parini, cuando en realidad le habías dicho tú misma que iríamos al zoológico. Creo que son tus ojos azules los que te hacen parecer una mujer inocente. Sin embargo considero que no debías haber ocultado tu relación con Tanner.

—Nunca…

—Puedes dejar de bromear, Delancy, Tanner me ha contado la verdad.

Delancy lanzó una mirada acusadora a su cuñado.

—Chet, ¿qué le has contado a Stuart acerca de nosotros?

Chet se movió con rapidez para colocar un brazo en sus hombros.

—No te molestes, querida. Te perdono, a pesar de que sigo pensando que no deberías haber llegado tan lejos.

Confundida por todo lo que acababa de oír, Delancy se alejó de él, pero comenzó a temblar al ver la amenazadora expresión de Stuart.

—¡No! Chet te ha mentido, Stuart. Yo puedo…

Delancy no pudo seguir hablando. ¿Por qué le había hecho eso su cuñado?

¿Qué pretendía haciéndole creer a Stuart que todo había sido una farsa?

—Preferiría que dejases el tema —dijo el famoso productor, con un gesto despectivo—. Con franqueza, te compadezco a ti y me compadezco a mí mismo, pues a ningún hombre le gusta admitir que le han engañado.

—Y a mí no me gusta que me acusen de algo que no he hecho —la voz de Delancy temblaba de ira—. Has asegurado que yo llamé al fotógrafo y no es cierto.

La mirada de Stuart la dejó completamente helada.

—Me lo ha confirmado Parini esta mañana. Ha reconocido haber recibido informes muy valiosos, acerca de mis últimas andanzas de una mujer que los llamó por teléfono.

Delancy clavó la mirada en Chet.

—Supongo que eso me condena sólo a mí. ¿O no es así? ¿Sin embargo no existe la posibilidad de que haya sido otra mujer?

—Tanner ha admitido que esa llamada la hiciste tú, así que es inútil que sigas negándolo. Puedo comprender todo lo referente a la publicidad que pretendías conseguir, pero lo que no puedo aceptar es la forma en que me has mentido respecto a tu relación con él. No acostumbro a flirtear con la mujer de otro, y no me gusta que me coloquen en una situación comprometida.

—Ya veo… —dijo ella, titubeando—. Te acercas sólo a mujeres libres y eso es digno de admirar, a pesar de que tu lista de conquistas sea muy larga.

Stuart frunció el ceño y contestó:

—Yo siempre he sido así y no tengo intenciones de cambiar.

—Desde luego que no, ¿Por qué habrías de hacerlo? —ella se volvió hacia Chet y sonrió—. Bien, Chet, si ya está todo aclarado, es hora de retirarnos. No debemos robarle más tiempo al señor Thorne. Tenemos mucho que ensayar de ahora en adelante, ya que dentro de un par de semanas apareceremos en televisión.

—Tienes razón, Delancy. Es mejor que nos pongamos a trabajar. Gracias Thorne

—Chet extendió la mano para despedirse de Stuart, pero la retiró enseguida al ver que éste no correspondía a su gesto aparentemente cortés—. Supongo que nos veremos en Nueva York.

Delancy no pudo evitar dirigir la mirada hacia el rostro de Stuart y vio que tenía la mandíbula tensa.

—Desde luego —respondió él con sequedad—. Os veré a los dos en Nueva York.

—Bien —replicó Chet con entusiasmo, obligándole a Delancy a caminar hacia la puerta.

Stuart reaccionó inmediatamente, y con discreción, dejó que

saliera Chet el primero cerrando la puerta antes de que pudiera hacerlo Delancy, quien se enfrentó con aparente serenidad a su mirada irónica.

—¿Hay alguna otra cosa que deseas decirme?

—¿Por qué lo has hecho, Delancy? ¿Por qué has estado jugando conmigo?

—Sigo sin saber de qué estás hablando, Stuart.

La expresión de él se ensombreció.

—Es inútil que intentes convencerme de que estoy en un error. Delancy, yo trato con gente ambiciosa todos los días. Algunos me dicen inmediatamente qué pretenden de mí, otros tratan de fingir. No hay nada malo en buscar una oportunidad, ¿por qué no me dijiste desde el principio lo que pretendías?

—Supongo que ya no puedo hacer nada para arreglar las cosas —mientras él continuaba mirándola sin cambiar de expresión, ella insistió—. No, me imagino que no serviría de nada. Bien, Stuart, de cualquier manera me alegro de haberte conocido.

Él esbozó una sonrisa forzada.

—Te digo lo mismo, Delancy O'Brien. Ha sido una gran experiencia para mí conocer a varias mujeres en una sola. Eres buena actriz. Triunfarás en tu carrera, te lo aseguro.

Ella le devolvió la sonrisa, aunque lo único que deseaba era llorar.

—Pensándolo detenidamente, creo que esta discusión ha sido muy positiva para todos. Ahora me marcharé lo más lejos posible y no volveré a molestarte jamás.

Ella se dirigió hacia la puerta.

Él la cogió de la muñeca.

—¿Tan poco he significado para ti, entonces?

Cuando ella le miró, sus ojos brillaban profundamente.

—Creo que tú puedes decidirlo mejor que nadie, Stuart, aunque ya no importa nada de lo que pienses. El juego ha terminado.

Él palideció.

—¡Oh, maldición! Demos otra vuelta a la ruleta.

Stuart se acercó a ella y le rodeó la cintura, impidiéndole que se moviera.

Luego, posó sus labios en su boca y no le permitió protestar.

La joven le empujó, trató de librarse, pero fue inútil. Stuart la tenía presa y ella no podía hacer nada. *«¡Oh, Stuart!»*, pensó desesperada. Manteniendo su cuerpo rígido, Delancy hizo un esfuerzo para no responder a su beso, aunque dejó libres sus muñecas y la abrazó estrechamente.

Cuando él consiguió que ella abriese los labios, el beso se volvió más apasionado y mucho más intenso. Después de una larga lucha interior, la joven decidió entregarse a él una vez más, y corresponder

a sus caricias como lo había hecho poco tiempo después de conocerle.

Él gimió y la estrechó aún con más fuerza, exclamando con voz atormentada:

—¡Delancy! ¿Por qué hiciste eso? Podía haber jurado que eras sincera, que realmente te importaba.

Confundida por su extraño comportamiento, Delancy se agarró a las solapas de su chaqueta. Intentó emitir algún sonido, pero él la rechazó de nuevo, esta vez aún con más fuerza.

—No debo estar bien… —musitó él contemplando a Delancy, que tenía las mejillas llenas de lágrimas—. Estoy loco desde el primer día en que te conocí. Es gracioso ¿no?

—Stuart —exclamó ella limpiándose el rostro con el dorso de su mano—, te amo más que a nadie en el mundo.

Él lanzó una carcajada y dijo:

—¿Otra de tus tácticas para calmar mi ego herido? Olvídalo, Delancy, y regresa con el hombre por quien te has vendido.

—Stuart, escúchame, por favor…

—Creo que ya no tenemos nada más que hablar. Adiós, Delancy —Stuart hizo una pausa y luego añadió—: Quiero que te vayas.

Él se dirigió hacia la ventana y allí se paró dándole la espalda; metió las manos en sus bolsillos y se encogió de hombros en un gesto de rechazo total.

La joven se tapó la boca con su mano para contener un sollozo, luego salió corriendo de la habitación.

Capítulo 9

Cuando salió, Delancy vio que Chet estaba esperándola junto al automóvil.

Ignorándole empezó a buscar la parada del autobús.

—Vamos Dee, te llevo a casa.

Le puso la mano en su brazo, pero ella se retiró hacía atrás.

—No me toques, egoísta, canalla…

Él se paró frente a ella, bloqueándola.

—Insúltame si eso te hace sentirte mejor, Delancy; pero cuando te calmes admitirás que lo que he hecho ha sido lo mejor para ambos.

—¡Le has mentido a Stuart acerca de nosotros!

—¿Y qué? No tenías ningún futuro con ese hombre. Tú misma me lo dijiste ayer. Míralo bien, querida, tu futuro está conmigo, no con él. Él ya se ha divertido bastante y ahora tendrá que pagar por eso.

—¡Se acabó, Chet! Si hay algo que he aprendido de todo esto, es que no quiero seguir contigo. Puedes continuar conspirando todo lo que quieras, pero de ahora en adelante déjame fuera de tus planes.

—¡Mira, Delancy…!

—No. Mira tú, Chet. Haré un trato contigo. Cumpliré con el acuerdo que habéis hecho tú y Stuart… —tuvo que detenerse y respirar profundamente para poder seguir hablando—. Pero a cambio de eso, te pido que me dejes libre del contrato de nuestro trabajo, y quiero que me prometas que no volverás a llevar a Jamie a la escuela pública, y que no le enviarás de regreso con tu familia en Tennessee. Deja que me responsabilice de él. De hecho, creo que lo mejor sería que te fueras del apartamento. Desde luego que podrás ver a Jamie cuando quieras. No es mi intención quitártelo.

Chet frunció el ceño.

—¿Y cómo esperas vivir y mantener a Jamie si dejas la farándula?

—Lograré trabajar en lo que a mí me gusta, no te preocupes. Además, tú debes contribuir a mantener a tu hijo. Es un arreglo que te conviene, pues así podrás dedicarte a lo que verdaderamente siempre te ha importado: Tu carrera.

Él la miró con gesto calculador, se metió las manos en los bolsillos y la miró con seriedad.

—No podré mantener a mi hijo si Patrick me despide. Él quiere que los dos trabajemos juntos.

—Cumpliré con mi contrato y trabajaré las próximas dos semanas, pero tendrás que buscar a otra persona o convencer a Patrick para que te deje actuar solo.

—Tardaré mucho tiempo en encontrarla. Tendré que pensarlo.

—Deberás hacer algo más que pensarlo. Hablo en serio, Chet, no permitiré que me sigas manipulando, y quiero que las cosas queden claras acerca de Jamie. Si deseas que te acompañe en ese *show* de televisión dentro de dos semanas…

—Ya te he oído.

Chet se frotó la barbilla, pensativo. Delancy se movió inquieta y él prosiguió con más entusiasmo:

—De acuerdo. Vamos a casa a empezar a ensayar el guión de Gable-Lombard.

Lo adaptaremos al tiempo que nos concedan.

La joven empezó a subir al coche. Chet puso su mano sobre la de ella y la muchacha volvió a mirarlo entristecida.

—Mira Delancy… Respecto a Thorne… —los ojos de Chet mostraban cautela mientras la miraba con fijeza—. Sé que he llevado demasiado lejos las cosas, pero estaba convencido de que algo iba mal entre vosotros dos —hizo una pausa y continuó hablando—. Sin embargo, no debes preocuparte, volverás a verle en Nueva York y quizás allí se solucione todo.

Delancy empezó a reírse a carcajadas y dijo:

—Ya es tarde para eso, Chet. Además el hecho de aparecer contigo en el *show* de Brannon sólo confirmará las peores sospechas de Stuart acerca de mí.

Chet sonrió con ironía y movió la cabeza.

—Dios sabe que tú eres la única persona que puede hacerme que me sienta culpable, al menos desde que murió Penny. Quizás sea mejor que nos separemos. No quiero que me estén recordando constantemente que tengo una conciencia.

Delancy le miró a la cara y frunció el ceño. Sabía muy bien que si su cuñado se sentía culpable en ese momento, sus remordimientos se desvanecerían nada más sugerirle que fuera a contarle la verdad a Stuart.

—No te preocupes —musitó ella esbozando una sonrisa—. No creo que tu conciencia te moleste durante mucho tiempo.

Sonriendo, se acercó a Delancy y le rodeó el cuello.

—¿Sabes? Nunca lo hemos intentado. Deberíamos comprobar qué experimentamos realmente el uno por el otro.

—Olvídalo, Chet —respondió ella con brusquedad alejándose un poco de él—.

No pierdas el tiempo. Si me vas a llevar a casa hazlo ahora mismo.

Dos pisos más arriba, Stuart desde una de las ventanas, contempló durante un momento a los dos que estaban en el coche, y comenzó a sentirse mal. No podía soportar verles tan felices después de lo que acababa de suceder. ¿Por qué no había golpeado a Tanner cuando apareció esa mañana? Debería haberlo hecho, pero quizá su orgullo no

se lo había impedido.

Stuart hizo un gesto de disgusto. Se merecía ese castigo por haber sido un tonto, pues había tropezado dos veces en la misma piedra. Primero Cara, ahora Delancy. El comportamiento de Cara le había causado muchos problemas e incluso le había humillado, pero esto apenas había tenido trascendencia alguna, sin embargo, ahora las cosas eran completamente distintas.

Stuart cerró los ojos y comenzó a pensar en Delancy, a pesar de que era a la única persona a la que quería olvidar y no acordarse jamás de ella.

Los ensayos le dejaban poco tiempo para pensar a Delancy. Chet se mudó del apartamento, pero no dijo dónde se instalaba, sólo le dio un número de teléfono donde podría localizarle. La joven sospechó que se alojaba con una amiga, probablemente la misma mujer a la que él había obligado a telefonear a Parini, pero no sabía nada con seguridad.

Se pasaba la mayor parte del tiempo libre haciendo llamadas y enviando su curriculum a las compañías a las que podía vender sus trabajos. Recibió varias cartas y empezó a abrigar la esperanza de que no tardaría mucho tiempo en conseguir el trabajo que realmente le gustaba.

Si Chet le había dicho algo a Patrick acerca de dejar la representación, Delancy no sabía nada, pero la verdad era que no le importaba demasiado, pues pasadas dos semanas se marcharía de allí definitivamente.

Sin embargo, mientras tanto, hacía todo lo que estaba de su parte por cumplir bien con sus obligaciones a pesar de que interiormente la invadía un gran sufrimiento. Era por las noches, después de que Chet la dejaba en el apartamento, cuando la sensación de pérdida se convertía en un dolor casi insoportable dentro de su pecho. Incapaz de poder dormir, adelgazó bastante, tenía ojeras, y se encontraba más nerviosa a medida que se acercaba la fecha en que debería partir a Nueva York.

En el momento en el que se registraron en el hotel de Manhattan, Delancy estaba arrepentida acerca de su decisión de cooperar por última vez con Chet.

Intentó convencerse a sí misma de que cuando todo quedara atrás, podría comenzar una nueva vida con Jamie.

Delancy volvió a la realidad cuando oyó que el encargado del hotel confirmaba la reserva que Chet había hecho desde California.

—No, Chet —intervino ella—. No quiero una habitación con dos camas. Deseo instalarme en un dormitorio separado.

El empleado fue a buscar otro juego de llaves, y Chet empezó a protestar enfadado.

—¡Maldición! ¿Por qué hemos de pagar por dos habitaciones cuando una es suficiente?

Delancy no se tomó la molestia de responder, sino que recogió su pequeña maleta y se dirigió hacia unas escaleras que había enfrente de donde habitualmente estaba el recepcionista.

—Yo subiré mientras rellenas tu ficha —señaló ella—. Voy a enterarme de si el coordinador del programa de Brannon quiere que ensayemos una vez más, y si me dice que no es necesario te pido que me dejes en paz.

Él la miró fijamente con expresión amenazadora, y contestó:

—Será mejor que trates de dormir. No ensayaremos hasta mañana, antes debo saber cuánto tiempo nos sacarán en pantalla. Me imagino que no veremos a Thorne hasta el *show* mañana por la noche.

Delancy se alejó para ocultar el dolor que le provocaba el recuerdo de Stuart, intentando mantenerse serena para no desmoronarse allí mismo. Ya podía sentir la humillación al imaginar la mirada de desprecio del orgulloso productor cuando ambos apareciesen en el estudio para *«cobrar»* el favor que éste le había prometido.

¿Qué le diría él a ella? ¿Era posible que se hubiese ablandado su corazón y que hubiese empezado a poner en duda las mentiras que Chet le había contado? ¿O quizá se había olvidado de ella, ignorándola por completo? No, no podía ser. Mientras estuvieran en el escenario juntos, tendría al menos que hablarle frente al anfitrión y al público.

Delancy dejó el equipaje en el suelo del ascensor y pulsó el botón de su piso. En ese momento sintió un ligero temblor al pensar en el público al que tendría que enfrentarse. Se llevó la mano a la garganta para tocar su collar de perlas que solía darle buena suerte, y se dio cuenta de que no lo llevaba.

—¡Oh, Penny! —pensó en voz alta—. Espero no haberlo perdido, es el mejor regalo que he tenido en mi vida.

La noche siguiente, mientras trataba con dificultad de mantener firme la mano al aplicarse el maquillaje en su camerino del estudio de televisión, Delancy reconoció que iba a pasar por la prueba más dura de su vida. Sabía que tendría que enfrentarse no sólo a Stuart, sino a su propia timidez, a su propia necesidad de ellos.

Por último, cerró la caja del maquillaje sabiendo que había hecho todo lo posible para crear su última ilusión. Al mirar al espejo, vio a la mujer sofisticada y atractiva que ella representaría esa noche: Carole Lombard.

El carmín de su boca, la línea negra de sus ojos y el rímel de sus pestañas, daban a su rostro el toque de dureza que iba de acuerdo con su personaje.

Se puso de pie y se dio la vuelta frente al espejo para comprobar si

el vestido caía ligeramente sobre sus caderas debido a la pérdida de peso, sin embargo, vio que le quedaba muy bien, y que el color azul la hacía parecer mucho más atractiva.

Debido a los finos tirantes y su acentuado escote, Delancy no había podido ponerse sujetador y de no haber sido por las medias y los zapatos de tacón alto se habría sentido completamente desnuda.

—¿Lista señorita O'Brien? —preguntó la voz del coordinador, golpeando suavemente la puerta—. Puede ver la primera parte del *show* desde un lado del escenario, si quiere.

Delancy cerró los ojos por un momento. La única forma de la que podría sobrevivir esa noche era *«convirtiéndose»* en Lombard. Esa dama no había tenido miedo de nadie ni de nada. Abriendo de nuevo los ojos ensayó una sonrisa de reto, una sonrisa que le hiciera sentirse segura de sí misma. De pronto, echó la cabeza hacia atrás con aire desafiante, y sonrió de nuevo.

—¡Qué diablos! —exclamó en voz alta—. Yo también soy capaz de enfrentarme al público.

Paul Brannon, el entrevistador del programa nocturno de más audiencia en televisión, *La Hora de Brannon*, se expresó con la sonrisa cautivadora que lo distinguía, y preguntó a su principal invitado de la noche:

—Stuart, háblanos más acerca de tu nueva película, *La Abandonada*. Creo que es muy diferente a tus dos últimas producciones.

Stuart, con una asombrosa tranquilidad, le devolvió la sonrisa. Delancy, que estaba al lado de Chet, vio cómo Stuart hacía alarde de ingenio e inteligencia ante las preguntas de Brannon, aprovechando la oportunidad de promocionar su última película.

—*La Abandonada* representa un nuevo rumbo para mí, Paul. En el reparto aparecen sólo dos adolescentes.

Sonrió irónicamente en respuesta al murmullo del público que había en el estudio.

—La historia es dramática —continuó—, con mucha acción y acontece en diferentes lugares de Norteamérica. Trata sobre la persecución del protagonista que busca al hombre que abandonó a su madre después de enterarse de que estaba embarazada, treinta años atrás. Durante esta búsqueda, él pasa a ser blanco de una venganza, con lo cual se convierte en perseguido y perseguidor al mismo tiempo. No te contaré el final. Es emocionante, de verdad.

—Vaya forma de despertar el apetito… —señaló Brannon—. Me imagino que tendremos que esperar a que se estrene la película para saber algo más. Pero dinos, Stuart, ¿qué hay acerca del rumor de que no sólo vas a dirigir y producir esta película, sino que también vas a actuar en ella?

Stuart negó con la cabeza.

—Hemos tenido la buena fortuna de poder contratar a Jason Kilpatrick y a Cara Chasen para los principales papeles; estaré demasiado ocupado produciendo y dirigiendo como para pensar en actuar. Empezamos a filmar mañana, de modo que las cosas van a estar bastante animadas en Thorne Productions —dijo mirando su reloj—. De hecho tengo que tomar el avión esta noche y por eso no puedo quedarme más tiempo.

El corazón de Delancy dio un vuelco. ¿Entonces Stuart no la vería actuar? Hasta ese momento no había intercambiado ni una palabra con él, pero lo que menos deseaba era que ese hombre se alejara de ella sin haberle contado toda la verdad.

—Antes de que te vayas, Stuart —dijo el entrevistador—, hay algo más que quiere saber nuestro público. Cara Chasen es una dama que tiene una reputación de ser muy difícil de dominar. De hecho todo el mundo sabe que no cumplió el contrato de la última película que se suponía ibais a hacer juntos. ¿Qué ocurrirá esta vez?

—Cara y yo hemos arreglado nuestros problemas, así que ya no me preocupa lo que pueda suceder.

Brannon sonrió con ironía.

—¿Es que el hecho de que la hayas estado acompañando por todos lados en Hollywood tiene algo que ver con su cambio de actitud?

—De ningún modo. Recientemente he llevado a Cara a una recepción, pero su prometido, Buck Caverhill, se opondría si yo tratase de conquistarla.

El público comenzó a hacer comentarios en voz baja y Brannon parecía también sorprendido.

—Entrevisté a Cara la semana pasada, pero no dijo que estuviera comprometida.

—Se ha comprometido hace un par de días —dijo Stuart con calma —, Buck ha estado volando desde Boston cada fin de semana para verla. Estoy seguro de que a ella no le importará que te hable de esto; saldrá en los periódicos mañana.

—Bien, bien —comentó Brannon jugando con las hojas de papel que estaban sobre la mesa—. Eso pone fin al rumor de que tú eras el hombre de su vida —se aclaró la garganta y cambió de tema rápidamente—. ¿Y ahora qué hay de ese dúo de impresionistas que has traído esta noche, Stuart? He oído que los viste por primera vez en un club, en el área de Los Ángeles. ¿Crees que son realmente buenos?

Stuart movió la cabeza afirmando, y dirigió una mirada a Delancy, que se puso rígida al darse cuenta de que Stuart había sido consciente durante toda la entrevista de su presencia.

—Créeme, Paul… —dijo él cargando sus palabras con un énfasis que Delancy entendía demasiado bien—. Esta pareja es formidable

para crear ilusiones y hacer creer a los demás lo que no existe. Merecen lo que han conseguido con tantos esfuerzos: Una oportunidad en el programa más importante de televisión.

Chet tiró a Delancy del brazo, y ella asombrada, volvió la mirada hacia él.

—Ahora, Delancy… —le susurró—. ¡Haz todo lo que puedas!

La empujó hacia la cortina que separaba parte del escenario de las cámaras. La voz del entrevistador llegaba hasta ellos.

—¡…De modo que aquí están, desde California, el dúo de impresionistas Tanner y O'Brien, por esta noche mejor conocidos como Clark Gable y Carole Lombard!

La cortina se abrió y ellos aparecieron en el escenario. De lo único que Delancy se dio cuenta en ese momento, fue de que la silla de Stuart se encontraba ya vacía.

El público les dio la bienvenida con un fuerte aplauso. Chet empezó con las primeras frases del acto. El preludio a una disputa que llevaría a un enfrentamiento apasionado entre los famosos amantes, en el que se mezclaban el amor y el odio.

El amor y la ira que Delancy sentía por Stuart, contribuyó a que la escena fuera mucho más emotiva. Chet se aprovechó de ello y él respondió con una actitud igualmente inspirada, de modo que el breve guión se convirtió en un maravilloso espectáculo cómico y trágico al mismo tiempo.

Delancy debía dar una bofetada en la mejilla a Gable, y después besarle arrepentida. Su angustia personal hizo que todo pareciera demasiado real, y el público permaneció callado admirando la magnífica interpretación. Cuando la representación terminó, Brannon y la mitad del público se levantaron para aplaudir con un gesto de aprobación.

—¡Formidable! —Brannon avanzó hacia el centro del escenario aún aplaudiendo, y estiró su mano hacia Delancy—. Vengan aquí, por favor. Hablemos acerca de su actuación.

La gente siguió aplaudiendo hasta que se sentaron frente a Brannon para ser entrevistados. Agotada y exhausta por el súbito despliegue de sus sentimientos más íntimos, Delancy ya no tenía energía para sentirse nerviosa cuando uno de los cámaras se aproximó para tomarle un primer plano. Chet, que se acomodó a su lado, sonreía alegremente. Branon se dirigió a ella.

—Debo decirles que forman una pareja formidable y que son dos personas de mucho talento. Y les aseguro que esto no suelo decírselo a nadie. ¡Felicidades! Stuart me ha asegurado que ustedes eran excelentes y no ha exagerado —miró al público y preguntó—: ¿Están de acuerdo, señores?

El público respondió sin dudar y Chet sonrió agradecido. Sacó el

pañuelo y se limpió el sudor de la frente, e imitando a Gable dijo:

—Les doy las gracias por este recibimiento tan agradable. ¿Estás de acuerdo, querida?

Y guiñó un ojo a Delancy, pasándole el brazo alrededor de sus hombros con familiaridad.

La joven intentó evitarle, pero entonces se dio cuenta de que Brannon la miraba de reojo, y poniéndose inmediatamente en su papel, acarició suavemente la barbilla de Chet.

—Por supuesto que sí, querido.

Él le dirigió a ella la famosa mirada de Gable y la abrazó de nuevo.

—Ustedes dan la impresión de que su relación es igual que la de Gable y Lombard. ¿Son pareja también fuera del escenario?

Las palabras resonaron en los oídos de Delancy, que recordó que Stuart había hecho una vez la misma pregunta. Antes de que pudiese responder, Chet, aún sonriente, comenzó a hablar de sus próximas actuaciones juntos, añadiendo al final algo que a ella le molestó:

—Delancy es la pareja más dulce que puede desear un hombre, Paul. Tan pronto como consiga persuadirla para que me diga sí, legalizaremos nuestra situación. Supongo que sabe a qué me refiero. Vamos, querida, ¿qué dices? ¿No es ya hora de formalizar las relaciones?

Él levantó su mano hasta sus labios y ella sintió una ira impotente ante su imperdonable comportamiento. Brannon, que parecía estar disfrutando de la situación, preguntó:

—Bien, Delancy, ¿qué dices? Cien millones de personas acaban de presenciar la primera proposición que se ha hecho hasta ahora en *La Hora de Brannon*.

Delancy sin poder soportar por más tiempo oírles hablar de ese modo, estalló completamente indignada, pues ya no le importaba lo que los millones de espectadores pudieran pensar de ella y mucho menos lo que pudieran pensar de Chet.

—Con mucho gusto contestaré a la pregunta, pero primero tengo que decirle que Chet les ha estado gastando una broma —le dirigió a su cuñado una amenazadora mirada—. En realidad la actuación de esta noche ha sido la última representación de la pareja de Tanner y O'Brien.

—¿De veras? —preguntó Brannon confundido—. Pensé…

—Chet trabajará solo desde ahora en adelante, ¿no es así, Chet?

—Bueno, este…

—En lo que a mí se refiere, pienso que he estado caminando con los zapatos de otra persona durante demasiado tiempo…

Lentamente Delancy se despojó de ellos.

En ese momento el público comenzó a murmurar mientras el director exclamaba:

—¡Cámara dos! Hombre, no tome el escote, no, mejor déjelo allí. ¡Wow!

Delancy se incorporó con una deslumbrante sonrisa, sin ocultar los zapatos que llevaba en la mano.

—Acerca de la proposición…

El público y millones de personas contuvieron la respiración. Con un rápido movimiento tiró los zapatos en dirección a Chet, quien los agarró contra su pecho abriendo la boca en estupor.

—¡Puedes irte a pasear con ellos! —exclamó Delancy, enfurecida —. Esta pareja acaba de romperse.

Moviendo la mano ligeramente abandonó el escenario.

Mientras el público seguía haciendo comentarios en voz baja, Brannon intentó salvar la situación:

—Bien, amigos, todos sabemos lo impredecible que siempre fue Carole Lombard.

En la oficina privada de Brannon, muy cerca de allí, estaba Stuart Thorne, viendo cómo el director del programa pasaba rápidamente a la publicidad. Stuart sacudía la cabeza y sonreía irónicamente mientras decía:

—Delancy O'Brien, ¿qué has hecho ahora? Y ¿por qué lo has hecho?

Salió corriendo de la oficina y cuando llegó a la puerta de los estudios, sólo pudo ver a Delancy que se alejaba en un taxi en medio del tráfico de Manhattan.

Capítulo 10

Cuando Delancy llegó a la habitación del hotel, se quitó inmediatamente el vestido de seda y se limpió todo el maquillaje de la cara. Se cepilló el pelo y lo dejó caer alrededor de su rostro, sonriendo ante la sensación de libertad que la invadía desde el momento que había empezado a hablar ante las cámaras.

Apenas se había puesto la bata cuando oyó que alguien entraba en la habitación vecina. Un segundo después, estaban llamando a la puerta que comunicaba los dos dormitorios.

—Abre, Delancy… Sé que estás ahí.

Ella reconoció la voz de Chet y sonrió. Se abrochó el cinturón y abrió el pestillo para que él entrara.

—Pasa, Chet, y deja de armar escándalo.

—¿Sabes lo que has hecho esta noche? —preguntó con el ceño fruncido sin dejar de moverse por la habitación—. ¿Qué demonios te ha pasado? ¡Me has dejado solo mientras me arrojaban huevos podridos a la cara!

—Creí que te había dejado con mis zapatos en la mano… —replicó ella con cinismo.

Puso su maleta sobre la cama y la abrió.

—¿Por qué lo has hecho, Delancy? —repitió él acalorado.

—Creo que lo sabes muy bien —contestó la joven metiendo su ropa interior en la maleta—. No has debido atreverte a tratarme así en público, Chet. ¿Pensabas que iba a permitirte que te salieras con la tuya? *«Legalizaremos nuestra situación…»* —le imitó con desprecio—. Te merecías eso y más.

—¡Maldición! ¡Nos convenía seguirle la broma a Brannon! Todos se lo habían creído; ¿no te has dado cuenta? La publicidad significaba…

—Pues si es publicidad lo que pretendías conseguir, te aseguro que puedes sentirte satisfecho.

Abrió el armario y sacó el traje que había llevado puesto en el avión.

—¿Quieres estarte quieta y escucharme? —Chet cerró la maleta de un golpe—.

He tenido que aclarar las cosas con Brannon lo más rápidamente que he podido. Te aseguro que no le ha hecho ninguna gracia que abandonaras el escenario de ese modo, sin embargo, creo que aún podemos sacar algo de todo esto si simulamos una disputa entre enamorados. Él está dispuesto a decir eso si le aseguramos que ya nos hemos reconciliado —Chet la cogió del brazo—. Lo vas a hacer, Delancy. Vas a llamarle y te disculparás, y luego le anunciarás que nuestra boda tendrá lugar la semana que viene.

—Suéltame, Chet Tanner. Eres un imbécil si crees que yo haría tal cosa. No asociaría mi nombre con el tuyo ni siquiera para salir de una situación comprometida, por lo que me niego rotundamente a hablar de matrimonio.

—¿Tampoco lo harías por el bien de Jamie? —preguntó con un gesto de desprecio—. Hicimos un trato, ¿recuerdas?

—Y yo he cumplido con mi parte. Tú prometiste que me cederías toda la responsabilidad sobre él si yo aparecía contigo en el *show*. Ya lo he hecho, y espero que cumplas lo prometido.

—Tú misma has roto el acuerdo en el momento en que has abandonado el escenario. O me ayudas a arreglar este lío, o enviaré a Jamie a Tennessee rápidamente. No volverás a verle jamás.

—¡No puedes hacer eso! —exclamó la chica, dejando de forcejear para separarse de Chet—. Has hecho una promesa. Después de haber inventado todas esas mentiras y hacer creer a Stuart que tú y yo éramos amantes, no puedes también quitarme a Jamie.

—¡Entonces llama por teléfono!

Chet la empujó hacia el teléfono doblándole el brazo tras la

espalda y ella lanzó un grito de dolor.

—¡Suéltala, Tanner!

—¿Qué…?

Stuart entró apresuradamente por la habitación de al lado, cogió a Chet de los hombros y lo lanzó contra la pared.

—¡Si vuelves a tocarla, Tañer…! —gritó con exasperación Stuart—. ¡Tendrás que vértelas conmigo!

—¿De dónde has salido? ¿Cómo has entrado aquí? —logró balbucear Chet.

—Tenías tanta prisa por hablar con Delancy que ni siquiera te has molestado en cerrar la puerta de tu habitación —dijo Stuart con desesperación—. Tampoco te has dado cuenta de que te venía siguiendo.

Volvió a mirar a la chica y preguntó:

—¿Estás bien, Delancy?

Delancy estaba tan pasmada de ver a Stuart como Chet, y se limitó a asentir con la cabeza.

—¿Tú… Tú has seguido a Chet desde el estudio? ¿Por qué?

—Para encontrarte, claro. No he conseguido alcanzar a tu taxi y por eso he seguido a Chet.

Delancy se quedó todavía más sorprendida al oír lo que Stuart acababa de decir.

—¿Nos has oído, ahora?

—Sí, lo he oído todo —Stuart miró a Chet de reojo—. Y creo que he descubierto toda la verdad.

—No tienes ningún derecho a entrometerte, Thorne —estalló Chet —. Éste es un asunto de familia entre Delancy y yo.

—¿Un asunto de familia? —Stuart apretó los puños—. Me pareció más bien una amenaza.

—Estás muy equivocado…

—Lo estaba antes, pero ya no, ¿verdad? Es obvio que tú y Delancy nunca habéis sido amantes como me hiciste creer aquel día en mi oficina. Y lo demás también fue mentira, ¿o no? Delancy nunca telefoneó al periódico, ni trató de aprovecharse de mí.

Fuiste tú quien nos manipulaste a los dos.

Se acercó con un gesto amenazador hacia Chet, y Delancy levantó una mano para detenerle.

—Todo está aclarado, Stuart… ¡No…!

—¿Y todavía le defiendes? —volvió a mirarla enfurecido—. ¿Después de lo que te ha hecho?

—No he querido hacerle ningún daño —exclamó Chet, intentando defenderse

—. ¡Yo pensaba casarme con ella, que es más de lo que tú le puedes ofrecer!

—Me parece que Delancy ya te ha dicho que no frente a un montón de testigos, Tanner —Stuart le miró mientras Chet echaba un vistazo hacia la puerta—. Anda…

No vales la pena. Sal de aquí y desaparece; quiero hablar con Delancy a solas.

—¿Quieres que obedezca, Delancy? —al ver que ella guardaba silencio, añadió

—: Está bien, me voy. ¿Quieres que le diga algo a Jamie?

—¡No, espera Chet! —exclamó ella—. ¿Qué es lo que vas a hacer?

—Ahora que te has desentendido de mis asuntos, tendré que volver a organizar mi situación familiar, ¿no crees? No te preocupes —dijo guiñándole un ojo—. Te daré la dirección de Jamie en Tennessee… Algún día. Puede ser que quieras escribirle.

En ese momento Delancy se quedó muy pálida. Sabía que no podría hacer nada para impedir que se vengara de ella utilizando a Jamie, a menos que accediese a todas sus exigencias. Sintiendo que el corazón le daba un vuelco, susurró decepcionada:

—Está bien, Chet… Tú ganas —entonces ella se dio cuenta de que Stuart hizo un movimiento de protesta, y que Chet sonreía con alivio, como si sintiera una profunda satisfacción—. Si consideras un triunfo poner en peligro el futuro y la salud mental de tu hijo, lo siento mucho, pero no puedo seguir luchando contra ti, sólo te pido que le dejes terminar el año en la escuela antes de mandarlo tan lejos. Sólo faltan dos semanas.

—¿Le vas a abandonar?

Chet no salía de su asombro.

—¿Qué otra alternativa me dejas? —replicó ella angustiada—. He sido su madre durante casi cinco años; le he enseñado a respetar a los demás y a sí mismo.

Ahora ya tiene la edad suficiente para ver la diferencia entre lo que digo y lo que hago.

—Delancy…

Stuart la tocó en el brazo, y la joven se alejó llorando desesperadamente, como si pensara que él también tenía parte de culpa en lo que a ella le estaba sucediendo.

—Por favor, salid los dos de aquí enseguida para que pueda seguir haciendo mi equipaje. Voy a tomar el avión hoy en lugar de mañana por la mañana.

Con dificultad, Stuart pudo controlarse para no abrazar a Delancy, pues aunque no podía soportar más esa situación, antes debía enfrentarse con Chet Tanner.

—Me parece que existe una forma más ventajosa de arreglar el problema.

—¿Sí? ¿Cuál?

—Me parece que lo que más te preocupa es que lo sucedido esta noche te haga más difícil progresar en tu carrera.

—Tengo motivos para ello ¿no crees?

—¿Por qué no intentas trabajar en otra área que no sea impresionismo? Tienes que aceptar que ese es un campo muy limitado.

—Vamos, Thorne… —gruñó Chet—. Sabes muy bien que sin una oferta de trabajo, no puedo entrar ni de extra, y sin tener experiencia, nadie me ofrecerá trabajo. ¿Crees que existe alguna posibilidad de que me ofrezcas participar en *La Abandonada*?

—Existe —Stuart se inclinó sobre el armario, cruzó los brazos y miró a Chet—.

Te puedo ofrecer un papel, no es muy importante, pero es crucial. Si haces una buena actuación, podrás labrarte una carrera por ti mismo sin la ayuda de Delancy.

—¿Por qué? —se apresuró Chet a preguntar—. ¿Por qué habrías de ofrecerme una oportunidad como esa?

—Porque pretendo pedirte algo a cambio, claro está.

—¿Y qué es lo que vas a pedirme?

Chet miró a Delancy.

—Que le des la custodia legal de Jamie a Delancy.

—¿Qué? —exclamó Delancy, volviéndose a mirar a Stuart.

Estaba realmente sorprendida.

—Si piensas aceptar el papel en la película estarás fuera durante meses —

prosiguió Stuart—. Será un trabajo pesado, pero creo que merecerá la pena. ¿Por qué no dejas a Jamie con la única madre que ha conocido estos últimos cinco años? Con derechos legales, claro. Darle la custodia a otra persona no significa que deje de ser tu hijo, pero esa persona, en este caso Delancy, tendrá la seguridad de que no podrás quitárselo cuando desees.

Delancy contuvo la respiración mientras contemplaba fijamente a Chet, que al ver su mirada clavada en la de él le sonrió.

—¡Qué suerte has tenido, querida! Ahora eres tú quien manda — exclamó volviendo la vista hacia Stuart—. De acuerdo Thorne. Hagamos el trato. Tú te quedas con el niño y con Delancy. Te seré franco… Creo que estás cometiendo un error creándote esa responsabilidad.

—Mi abogado se pondrá de acuerdo contigo y podréis discutir los detalles —la expresión de Stuart era una advertencia para que Chet dejara de hacer alusiones personales. Sacó una tarjeta, escribió algo en la parte de atrás y se la entregó a Chet

—. ¿Por qué no tomas el vuelo de regreso a Los Ángeles esta noche? Puedes ver a mi ayudante mañana temprano, y él conseguirá

que te entrevistes con el director.

—Buena idea… —murmuró Chet mirando la tarjeta—. Nada es demasiado pronto para mí.

Delancy sintió compasión por ese hombre que nunca llegaría a darse cuenta de lo que estaba perdiendo.

—Chet… Podrás venir a ver a Jamie cuando quieras. Y espero que vengas.

—Claro, claro… —y al reconocer que su respuesta era demasiado fría, añadió

—: Sé que estará mejor contigo. Yo no nací para ser padre.

—Le cuidaré como a mi propio hijo.

Chet se quedó parado un momento en la puerta, jugueteando distraído con la tarjeta en la mano.

—Bueno, nos veremos en Los Ángeles.

Le dirigió una sonrisa y desapareció.

Delancy suspiró aliviada y volvió la vista hacia el hombre que estaba apoyado en el armario, mirándola con una extraña expresión en los ojos. En ese momento ella se percató de que las barreras que los había separado hasta entonces ya no existían.

Deseaba correr a sus brazos y llorar de felicidad, pero en vez de eso bajó la cabeza sin comprender por qué se sentía tan nerviosa. ¿Qué pretendía ese hombre?

—Delancy…

Su voz era profunda, resonante. Por el rabillo del ojo Delancy le vio caminar hacia ella.

—Este lugar está tan desordenado… —murmuró la chica—. Me disponía a hacer el equipaje.

Recogió el camisón que estaba encima de la cama, y luego empezó a doblarlo con manos temblorosas.

Él le puso los brazos sobre los hombros, y dejando que las lágrimas inundaran su rostro, ella se volvió a abrazarle estrechándole con todas sus fuerzas.

Después de unos minutos de silencio, Stuart dijo al fin:

—¿Ya estás bien?

Ella dio unos pasos hacia atrás y se limpió los ojos con el camisón.

—Estoy bien. ¡Oh Stuart! ¿Cómo puedo agradecerte todo esto? No te imaginas lo que significa para mí poder tener a Jamie bajo mi cuidado… Nunca te lo he dicho, pero él necesita una educación especial, y Chet me amenazaba con mandarlo a vivir con unos parientes a quienes no les interesa el niño para nada. Hubiera sido una tragedia. Yo…

No pudo continuar.

—No tienes que explicarme nada, Delancy —él sonrió, y colocó un mechón de su pelo tras la oreja—. He oído lo que ha dicho Tanner

acerca de que no volverías a ver al niño. Ahora comprendo por qué estabas tan insegura cuando te pedí que vinieses a vivir conmigo y dejaras a Jamie al cuidado de ese desgraciado.

—No podía hacerlo, Stuart. Yo… Quería vivir contigo, sin embargo no podía abandonar a Jamie, lo quiero como si fuese mi propio hijo.

Stuart acarició la barbilla de Delancy y le levantó el rostro para limpiarle las lágrimas.

—Conociéndote como te conozco, comprendo que era lo único que podía hacer.

Por eso me enamoré de ti, Delancy. Tienes una capacidad asombrosa para amar, y yo sin embargo, lo quería todo para mí. He sido un poco egoísta.

Delancy abrió los ojos sorprendida, y una amplia sonrisa apareció en sus labios.

—¿Es cierto lo que acabo de oír o estoy soñando?

—¿Que te quiero? Sí. Es lo que debí decirte aquella mañana en mi casa.

—¿Por qué no lo hiciste?

—Porque aún no estaba seguro. Empecé a convencerme de ello cuando Tanner me dijo que erais amantes.

—¡Mintió!

—Ya lo sé, sin embargo, entonces sentí que todo se hundía a mi alrededor. Tú eras la persona a quien más quería en el mundo, y en ese momento habría hecho cualquier cosa para que aquello no fuera cierto.

—Ojalá lo hubiese sabido antes —le miró con tristeza—. Pero yo también me sentía muy mal cuando me pediste que viviera contigo para probar…

—Delancy, no soy el mismo de antes —añadió, emitiendo un profundo suspiro

—. Hasta ahora siempre había logrado fácilmente todo lo que deseaba, y sin embargo, esta vez no ha sido así, debo reconocerlo, y por eso he decidido cambiar.

—No es necesario que cambies, desde el primer momento en que nos conocimos me sentí atraída por ti.

—Me di cuenta de ello… —murmuró sonriendo irónicamente—. Por eso regresaba cada vez buscando más y más. Cuando aceptaste ir a mi casa aquella noche, pensé hacerte el amor con la esperanza de que sintieras algo que jamás hubieras experimentado con ningún otro hombre.

Ella soltó una carcajada de felicidad.

—No gasté tanto dinero en esa prenda de seda sólo para salir huyendo de ti, Stuart, amor mío.

—¿Quieres decir ahora que yo fui el seducido y no el seductor?

Delancy deslizó sus dedos por el pecho de Stuart, y los metió entre los botones de su camisa, por debajo de la corbata.

—Lo que estoy tratando de decirte es que te quiero, Stuart —confesó ella mirándole fijamente a los ojos—. Por eso estaba dispuesta a darte lo que me pidieras esa noche.

Él colocó la mano sobre la de ella estrechándola con fuerza.

—Querida Delancy… —la besó en la boca casi con reverencia—. También tú me hiciste muy feliz, tanto, que lo único que pude pensar fue que te vinieses a vivir conmigo tan pronto como fuese posible. Fue lo más a lo que pude comprometerme en ese momento.

—¿En ese momento?

—No tardé mucho tiempo en darme cuenta de que la razón por la que estaba tan molesto era porque quería algo más que vivir contigo; quería darte más. Cuando te fuiste en el taxi, me di cuenta de que no podía dejarte escapar, pero aún no sabía muy bien por qué.

—Te llamé para explicarte todo sobre Jamie, pero no cogiste el teléfono.

—Querida… Querida… —él posó los labios sobre sus húmedas mejillas y la besó suavemente en la boca—. Tuve que ir urgentemente a mi oficina. Estuve ocupado el resto del día y parte de la noche, y ni tan siquiera me enteré de que habías telefoneado. Me temo que Casey consideró que era un mensaje de poca importancia.

Luego llegó Tanner hablándome de vuestra situación a su modo, y eso me impidió pensar con claridad.

Delancy tembló al recordar aquella terrible tarde.

—Yo tampoco pensaba con claridad, Stuart, estaba tan confundida, que sólo pude pensar en cómo defenderme de las mentiras de Chet y convencerte de que nada de lo que había dicho era cierto.

—Haré que lo olvides, Delancy, te lo juro. Quiero que lo tengas todo: Matrimonio, hogar, familia… Sé que es arriesgado en este loco negocio en que estoy metido tratar de llevar una vida normal. Pero, ¿por qué no intentarlo? Quiero conseguir lo que mis padres tienen.

Stuart hizo una pausa y luego añadió:

—Creo que triunfaremos. Tú eres todo lo que busco en una mujer, y trataré de hacerte feliz y a Jamie también. Tal vez podamos darle un hermanito o una hermanita. ¿Qué dices, Delancy? ¿Te arriesgarás y te casarás conmigo?

Estaba a punto de decir que sí, pero la chica vaciló mordiéndose los labios. Aun sabiendo que él la quería y que aceptaría a Jamie, tenía una duda que le impedía ser completamente feliz.

—Stuart, quiero preguntarte una cosa… Dijiste que te intrigaba con mis diferentes rostros, ¿acaso son importantes para ti? Te advierto que desde ahora en adelante voy a pretender ser yo misma. Lo que he dicho en el programa de Brannon es verdad. He dejado de caminar

con los zapatos de otras personas.

En el rostro de Stuart se dibujó una sonrisa de alivio.

—¿Eso es lo único que te preocupa? Querida, desde un principio no he visto a nadie más que a ti, a pesar de todos tus disfraces.

—¿No te importa que sea una mujer normal?

Stuart sonrió de nuevo, y al mirarle a los ojos ella se sintió muy aliviada.

—No deja de asombrarme que no te des cuenta de lo hermosa que eres. Amor, ninguna reina de Hollywood puede compararse contigo cuando sonríes, cuando tus ojos brillan como luceros en medio de la oscuridad de la noche, y cuando me miras como lo estás haciendo ahora —su voz se hizo aún más ronca—. La palabra

«hermosa» es demasiado pobre para describir tu rostro, querida.

—Stuart… —dijo Delancy, emocionada—. Te amo.

—Lo sé. Trataré de merecer tu amor, Delancy. Y tú tendrás el mío para siempre

—de pronto se produjo un largo silencio mientras sus labios se unieron en un apasionado beso. Después, Stuart le acarició el pelo y le susurró al oído—: Desde el punto de vista técnico, todavía debes contestarme a una pregunta, Delancy…

Ella sonrió mientras le acariciaba la nuca.

—Quisiera hacerlo enseguida, Stuart, pero estoy muy cansada. No he dormido bien últimamente, y no creo que pueda responder a ninguna pregunta hasta que haya descansado.

Miró con expresión irónica hacia la cama.

—¿Es la respuesta tan complicada…? —murmuró él frunciendo el ceño, pero con una amplia sonrisa en los labios.

—No es eso —dijo ella—. Lo que ocurre es que tardaría mucho tiempo en contestar.

Se dejó caer en la cama y se acercó hacia él.

—En ese caso… —añadió Stuart quitándose la corbata—. Será mejor que nos pongamos cómodos.

Delancy desató lánguidamente el cinturón de su bata, y le sonrió mientras se despojaba de la prenda.

—Estaremos muy cómodos, querido. Te lo prometo…

FIN